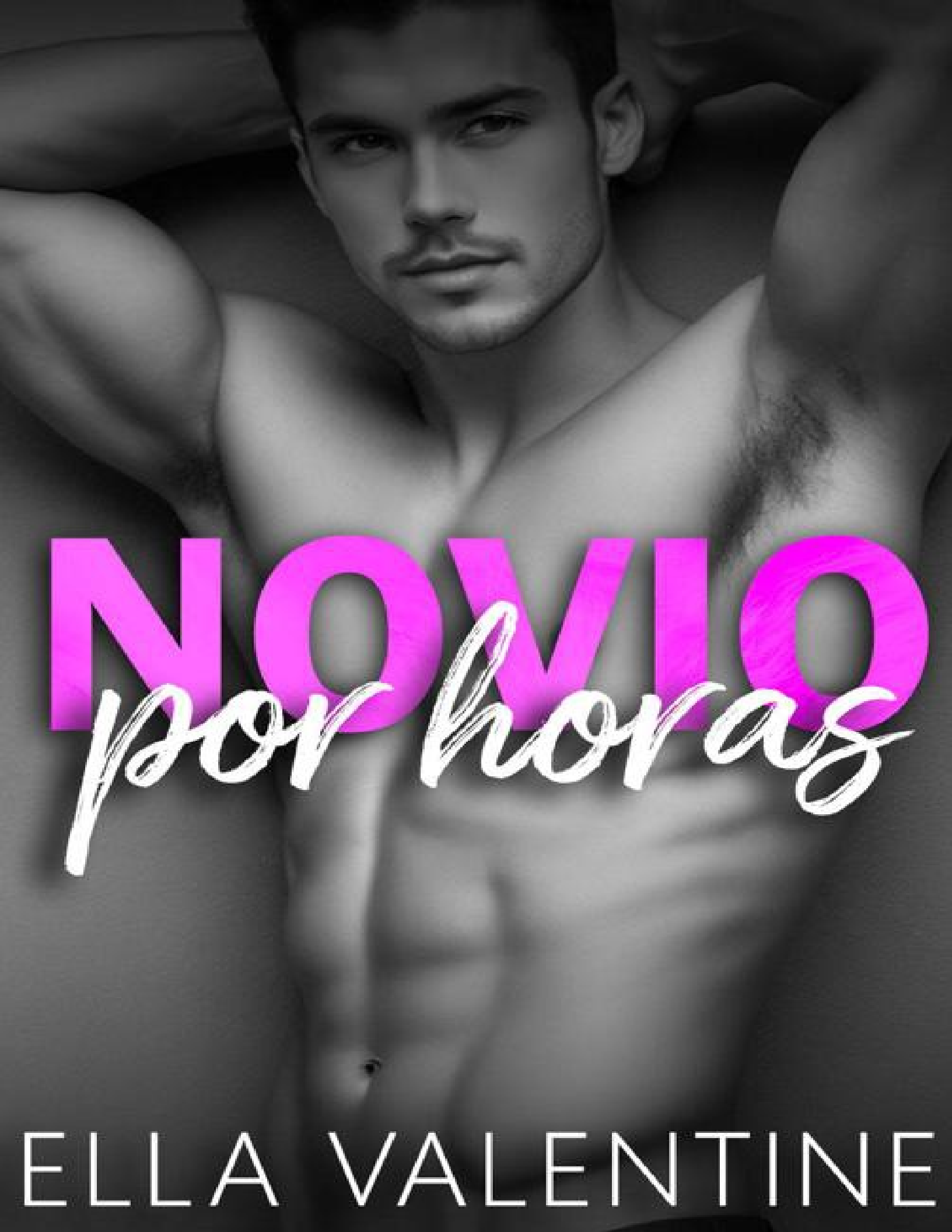

NOVIO
por horas
ELLA VALENTINE

Novio por horas

ELLA VALENTINE

1ª edición abril 2024

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Stockimg

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Extracto de la carta n.º 5

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Extracto de la carta n.º 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Extracto de la carta n.º 18

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Extracto de la carta n.º 21

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Extracto de la carta n.º 26

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Carta n.º 40. Última carta.

Capítulo 32

Epílogo

¡No te pierdas nada!

Novelas anteriores

Prólogo

Trevor

10 años antes

57 son los días que llevo ingresado en este hospital.

Y 57 son los días que llevo sin pronunciar una palabra.

También son 57 las noches que me despierto, empapado en sudor, tras haber revivido en sueños el accidente de coche que me destrozó la pierna y me dejó postrado en esta camilla.

La oscuridad.

El amasijo de hierros encapsulando mi cuerpo como un abrazo mortal.

El humo.

La sensación de asfixia cerrando mi garganta.

El pánico adueñándose de cada fibra de mi ser.

La sangre.

Axel inconsciente a mi lado.

Axel…

Cierro los ojos con fuerza y empiezo a contar. 1, 2, 3. Estos días he descubierto que, al contar, el dolor de la pérdida se amortigua. 4, 5, 6. Dándole a mi mente algo en lo que concentrarse, es más fácil evadirse. 7, 8, 9. Incluso es posible que en medio de este conteo, mi cerebro se apague y vuelva a dormirme. 10, 11, 12.

Pero hoy no parece funcionar. Cuando llego hasta 1.000 decido parar y cambiar de

estrategia. Podría llamar a la enfermera y pedirle un sedante, pero eso significaría tener que comunicarme con ella, lo que no resulta fácil en mi situación actual.

Y es que, no quiero hablar.

O mejor dicho, no puedo hacerlo.

Me siento desconectado de mi propia voz.

Resoplo con desgana y paseo la mirada por la estancia. Mis padres pagaron un plus para que me instalaran en la mejor habitación de todas, pero, aun así, no se diferencia mucho de las demás. Es más grande, sí, pero sigue siendo una habitación de hospital: blanca, aséptica, aburrida. Solo las tarjetas de ánimo que he recibido durante todo este tiempo le dan un poco de color. Bueno, eso y el *norigae* que me regaló mi abuela y que cuelga de mi cama, un amuleto coreano de buena suerte que perteneció a mis ancestros y que debería facilitar mi recuperación.

Aunque, después de 3 operaciones fallidas, la esperanza de recuperar la movilidad de la pierna izquierda parece cada vez más lejana, al igual que mi sueño de convertirme en jugador de fútbol profesional.

Debería sentir lástima de mí mismo por encontrarme en una situación tan penosa, pero no hay espacio en mi vida para la autocompasión. La rabia y la impotencia por lo ocurrido lo llenan todo. No hay ni una sola célula de mi cuerpo que no esté infectada por esos sentimientos sombríos. Lo único que me permite permanecer anclado al presente es el dolor insoportable de mi pierna, recordándome en cada momento que estoy inmerso en un infierno personal.

Me muerdo el labio, frustrado y enfadado, y mis ojos se topan con la carta que la enfermera dejó esta tarde sobre la mesa auxiliar:

—Te he inscrito en un programa llamado «Amigo por correspondencia», pensado para pacientes de larga duración —ha dicho con una sonrisa de lo más molesta—. Es un convenio que tenemos con algunos institutos del país. Ya que no quieres recibir visitas ni hablar con nadie, he pensado que esto te ayudará a distraerte.

Si hubiera podido, le habría dicho que la única persona con la que quería hablar ya no existía. Que había muerto. Y que yo la había matado.

Vuelvo a mirar la carta. El sobre es amarillo y tiene purpurina pegada por todas partes. También hay pegatinas con corazones y estrellas. Es tan alegre que desentona por completo con mi estado de ánimo. La cojo para inspeccionarla. ¿Quién en su sano juicio decoraría una carta así?

En la parte del envío pone «Para *Goyo*» con letra redondeada y cuidada. En el reverso, la dirección del NewYork-Presbyterian Hospital.

¿*Goyo*?

Con curiosidad, abro la carta y desdoblo el papel. La misma letra redondeada me da la bienvenida y empiezo a leer.

Querido *Goyo*:

Para ser sincera estoy un poco nerviosa: ¡es la primera vez que escribo una carta! Hoy en día, con Internet, las cartas escritas a mano parecen algo de otra época, ¿verdad? Como los carruajes tirados por caballos o los televisores en blanco y negro. Muchos de mis compañeros de clase se quejaron cuando el profesor dijo que teníamos que expresarnos por este medio, pero a mí me pareció muy guay. Enviar un correo electrónico o un mensaje en el móvil es algo que hacemos a diario. Esto es especial.

Sé que una de las normas de estas cartas es que no podemos desvelar nuestra identidad ni nuestro nombre verdadero, pero aun así me gustaría hablarte un poco de mí. Vivo en un pequeño pueblecito de Connecticut, tengo 16 años, estoy en décimo grado y me apunté a este programa de intercambio de cartas porque me gustaría entrar en una buena universidad y esto sube nota. Suena feo, sí, sería mucho más bonito decir que lo hice por altruismo, pero odio las mentiras casi tanto como la cebolla cocida (y créeme cuando digo que la cebolla cocida es la cosa más repugnante del planeta, tiene textura de moco cuando te la metes en la boca).

Perdón, ya estoy desvariando. Me pasa con facilidad. Lo de desvariar, quiero decir. Sobre todo cuando hablo con gente desconocida, porque me pone nerviosa. Nunca sé qué decir y qué callar. Es como si mi mente se desconectara y mi boca fuera a su bola. Aunque en este caso sería mi mano la que va a su bola, ya que esto

es una carta. La última vez que hablé de más fue en el salón de belleza de Martha, ¿cómo consiguen las peluqueras que acabes desvelando tus más oscuros secretos? Es un misterio sin resolver.

¿Ves? Ya estoy volviendo a desvariar.

Por cierto, me ha parecido curioso que eligieras el pseudónimo de *Goyo* para cartearnos. Metí la palabra en Google y vi que es una palabra coreana que significa «silencio». ¿Tiene algún significado especial? ¿Eres coreano?

Por último me gustaría pedirte una cosa: ¿podrías elegir un pseudónimo para mí? Soy fatal poniendo nombres. Llamé a mi perro *Manchitas* porque tiene manchas, ¿puede ser más típico?

En fin, para terminar, me gustaría decirte que puedes hablarme de lo que quieras. Si te apetece contarme por qué estás en el hospital, me parecerá bien, pero si lo que necesitas es justamente lo contrario, me parecerá igual de bien.

¡Espero con ansias tu carta!

Tu amiga por correspondencia.

P.D. Porfa, respóndeme. Solo me darán los puntos si consigo una carta de vuelta.

Lo primero que pienso cuando termino de leer esta carta es que yo no elegí el pseudónimo. Imagino que lo hizo la enfermera por mí, y que le pareció gracioso llamarme así porque llevo 57 días sin pronunciar una palabra y porque soy medio coreano. Debería cabrearme, es la tónica de estos últimos días, cabrearme por todo, pero no es así. Me gusta ese nombre para mi yo actual. «Silencio» es lo que soy ahora.

Mi segundo pensamiento va destinado a la chica. ¿Cómo puede ser que una carta suene tan ruidosa? Quizás sea porque la acompañen manchas de purpurina dorada, o por qué su forma de escribir es tan natural que parece que en lugar de leerla la esté escuchando. Incluso puedo imaginarme la voz de la chica: suave, dulce, risueña…

Por primera vez en 57 días, algo dentro de mí cambia.

Un punto de luz, diminuto, casi imperceptible, se abre paso entre la oscuridad.

Durante el tiempo que he pasado leyendo esta carta, he conseguido desconectar de la realidad.

Vuelvo a leer el posdata:

P.D. Porfa, respóndeme. Solo me darán los puntos si consigo una carta de vuelta.

No es mi problema ni mi responsabilidad que la chica consiga esos puntos. Podría simplemente romper la carta y tirarla al cubo de basura que tengo a los pies de la cama. O dejarla donde está e ignorarla. Pero… por primera vez en 57 días decido romper la inercia.

Abro el cajón de la mesa auxiliar, arranco una hoja de un bloc de notas, cojo un bolígrafo y escribo:

Soli. Deberías usar el pseudónimo de *Soli*. Si no sabes lo que significa, puedes buscarlo en Google.

Soli significa «sonido» en coreano. Si yo soy silencio, ella es sonido. Somos dos caras de una misma moneda.

Y con ese pensamiento, dejo todo sobre la mesa auxiliar y vuelvo a contar.

Ojalá consiga dormirme esta vez.

Capítulo 1

Trevor

Actualidad

Debería estar en una reunión decidiendo el *packaging* del próximo plato preparado que va a salir a la venta en la empresa que dirijo, pero en su lugar, me encuentro en el interior del box de un hospital acompañando a un desconocido que me mira con cara de pocos amigos. Huele a desinfectante, y el sonido del día a día de urgencias se cuela entre las cortinas entreabiertas.

—Oye, tú, te llamabas Trevor, ¿verdad? Pues mira, Trevor, no puedo quedarme aquí. Tengo algo importante que hacer —insiste por enésima vez Rhys, el chico al que mi chófer ha atropellado sin querer hace un rato y al que he traído al hospital más cercano para que le hagan las pruebas oportunas por mucho que se queje.

No ha sido un acto premeditado. Lo de atropellarlo, quiero decir. Estábamos circulando por la avenida Lexington cuando un niño pequeño ha aparecido de la nada, corriendo tras una pelota. Boris, mi chófer, ha conseguido salvar la situación dando un volantazo. ¿El problema? Que en la maniobra ha arrollado al ciclista que teníamos delante.

Y ese ciclista ha resultado ser Rhys.

—Ya has oído al doctor. Tienen que hacerte pruebas y descartar traumas internos. Además, a todas luces tu brazo derecho está roto. Tendrán que escayolarlo.

Rhys hace una mueca, no sé si de dolor o de frustración.

—No puedo permitirme pagar la factura del hospital. No tengo seguro.

—Yo cubriré los costes, es lo mínimo que puedo hacer dadas las circunstancias.

El pobre ha quedado hecho un cromo. Tiene la ropa destrozada, por no hablar del estado general de su cuerpo, lleno de contusiones, rascadas y heridas. La caída ha sido algo aparatosa. Suerte que llevaba casco.

—Tío, te lo agradezco, pero de verdad me tengo que ir.

—Aunque no te lo creas, yo tengo más ganas que tú de salir de aquí —musito, y es que, por mucho que haga años desde que estuve ingresado durante meses, los hospitales siguen siendo un lugar hostil.

—Hablo en serio. Hay alguien esperando por un servicio y si no me presento esa persona me valorará de forma negativa y podría perder el trabajo.

Parece realmente desesperado y empatizo con su situación, pero, joder, es imposible que pueda ir a ningún sitio en ese estado. Además, el trabajo no debe ser tan bueno si ni siquiera está asegurado.

—Estoy convencido de que si llamas a la empresa para explicarles lo ocurrido lo entenderán y enviarán a otra persona.

—No es tan fácil. Primero, porque se me ha roto el móvil en el accidente y no sé el número de contacto, y segundo, dudo que puedan encontrar a alguien que me sustituya en tan poco tiempo.

—Si me dices el nombre de tu empresa podría buscar su número en internet y al menos intentarlo.

Una risa entre incrédula e irónica brota de la garganta de Rhys.

—No es el tipo de empresa que tiene su número publicado en internet.

Alzo las cejas con curiosidad.

—¿Estás metido en algo turbio?

—¿Eh? No, no es eso. Pero el servicio que ofrece es exclusivo y… delicado, por así decirlo.

Lo evalúo con la mirada. A pesar del accidente, hay que admitir que el chico tiene buena planta. Pelo rubio, fuerte, atractivo. Va en traje y camisa elegante. Dudo mucho que sea un criminal, pero nunca se sabe. Dicen que no hay que juzgar un libro por su portada.

—¿Y no puedes decirme el nombre de la empresa?

Rhys me mira unos segundos en silencio, como si se estuviera preguntando si puede confiar en mí o no. La respuesta a su pregunta debe ser afirmativa, porque me ofrece una respuesta sincera:

—Trabajo en *Fake Boy*, una agencia de alquiler de novios.

—Espera, ¿qué? —Me quedo en shock—. ¿Eres gigoló?

—¡No soy gigoló! —exclama en medio de una explosión de enfado contenido—. Soy novio de alquiler. Las mujeres me contratan para que finja tener una relación con ellas, pero nada más. Las políticas de la agencia son claras en ese aspecto. Nada de besos, ni sexo, ni contacto de ningún tipo.

—¿De verdad hay mujeres que pagan por eso?

—Te sorprenderías. La cuestión es que ahora mismo hay una chica en alguna parte de esta ciudad esperando mi llegada, y no puedo simplemente no ir. La agencia funciona por la valoración que las clientas dejan en la plataforma, si no aparezco podría puntuarme mal, hundir mi perfil en el ranking y yo dejar de recibir contrataciones. Por eso tengo que largarme de aquí, con escayola o sin ella.

Sigo en shock. No sabía que existían este tipo de agencias en Estados Unidos. En Corea son como una institución porque las mujeres se sienten presionadas a tener pareja a partir de cierta

edad, pero ¿aquí?

—Vale, a ver, ¿y si me desplazo yo hasta ese lugar y le explico a la chica en cuestión lo que ha pasado? Seguro que consigo persuadirla para que no te valore de forma negativa.

—No creo que eso sea buena idea. Este tipo de clientas son muy celosas de su identidad.

Justo entonces, frente a nosotros la cortina se abre con la llegada de un celador. Lleva con él una silla de ruedas y nos mira con una sonrisa alegre.

—¿Rhys Douglas? Tengo que llevarte a Radiología. ¿Puedes moverte solo o te ayudo?

El pánico se adueña del rostro de Rhys. Me mira unos instantes sopesando sus opciones y finalmente resopla y claudica:

—Supongo que situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —bufa, levantándose de la camilla ante la mirada apremiante del celador—. Está bien. Busca a la chica por mí y explícaselo todo.

***

Ellie Woods es el nombre de la chica que busco en la entrada del jardín comunitario de West Side, pero no está aquí. A Rhys solo le dio tiempo de decirme el nombre y la dirección del punto de encuentro antes de que el celador se lo llevara.

Paseo mi mirada por los alrededores, pero no hay nadie esperando cerca. De hecho, este lugar está bastante desierto.

Decido adentrarme un poco en los jardines con la esperanza de que la clienta de Rhys aún no se haya marchado, a pesar de que hayan pasado veinte minutos desde la hora acordada. Si tuviera más tiempo apreciaría la variedad de flores que bordean los caminos o la frondosidad de la vegetación que embellece el lugar, pero voy a contrarreloj.

Estoy a punto de elegir un sendero al azar cuando veo a una chica cerca de la entrada. No la he visto al acceder al jardín. Por la forma en la que mira reiteradamente su teléfono y otea el horizonte, es evidente que está buscando a alguien. ¿Puede que sea ella la chica que ha contratado a Rhys?

Estoy bastante lejos, pero, aun así, su aspecto me confunde. No era el tipo de chica que esperaba encontrar. Es decir, es guapa. O, al menos, en la distancia lo parece. Es menuda, pero tiene un cuerpo esbelto y bonito, y una larga melena de color caramelo que cae como una cascada sobre su espalda . Además, hay algo en ella que me remueve por dentro. Una familiaridad lejana. Es como si la hubiera visto antes, lo que es estadísticamente improbable teniendo en cuenta que en Nueva York viven más de ocho millones de personas.

La miro unos segundos desde donde estoy y decido acercarme sin perder más tiempo. Si ella es la clienta de Rhys, debo explicarle la situación en cuánto antes.

Doy unos pasos en su dirección en el mismo momento en el que ella se pone de cuclillas para recoger un tulipán amarillo tirado en el suelo. Cuando vuelve a ponerse en pie estoy más cerca y puedo ver mejor su rostro. Un momento… conozco ese rostro de rasgos dulces y delicados.

De pronto, una certeza puntiaguda como una daga me atraviesa el pecho de lado a lado.

El pulso se me acelera, mi respiración se vuelve errática y mi corazón se salta un latido.

No hay duda. La chica que tengo delante, sosteniendo un tulipán amarillo, es la misma chica que hace una década sostenía una rosa amarilla para que yo la reconociera.

Soli…

Aún recuerdo aquel día como si fuera ayer. Era verano. El sol arrancaba destellos dorados de su cabello color caramelo, llevaba un vestido corto de color verde a conjunto con sus ojos y unas sandalias blancas de tiras. Sostenía una rosa amarilla en una mano, y esperaba visiblemente

nerviosa mi llegada. La estuve mirando en la distancia mucho rato. Mucho. Pero fui incapaz de acercarme a ella. Por aquel entonces, el miedo a ser rechazado me dominaba. No estaba preparado para aquel encuentro, supongo. Y lo estropeé todo.

Todo…

Hoy lleva una gabardina beige sobre un vestido del que apenas puedo ver nada más que los bajos de color azul oscuro. Sus bonitas piernas se sostienen sobre unos zapatos de tacón de color negro. Está preciosa y yo… siento vértigo en la tripa y un nudo en la garganta.

Es *Soli*. Ella es *Soli*. Mi *Soli*. El sonido que rompió mi silencio en una de las épocas más difíciles de mi vida.

Entonces, ¿*Soli* es Ellie Woods? ¿La Ellie Woods que contrató a Rhys como novio de alquiler?

La perplejidad me dura un parpadeo.

Y antes siquiera de saber lo que estoy haciendo ni de calibrar bien las consecuencias que esto podría acarrear en mi vida, me acerco a ella y pregunto:

—Disculpa… ¿Eres Ellie?

Capítulo 2

Ellie

El pequeño jardín comunitario de West Side es un lugar perfecto para relajarse y disfrutar de la naturaleza, y más ahora en abril, cuando los tulipanes ya han florecido. Hay de todas las variedades, colores y tamaños, además de otros bulbos, y la agradable fragancia de los jacintos y las peonias impregna la brisa primaveral.

Lo cierto es que descubrí este sitio por casualidad, hace ya algunos años, y he perdido la cuenta de las veces que he paseado por sus senderos. Además, venir aquí no solo me ayuda a calmar el estrés, sino que también me va bien para inspirarme. Un beneficio que es vital para mí, teniendo en cuenta que me gano la vida autopublicando novelas románticas por Internet.

Pero hoy no he venido aquí en busca de ideas para mis historias de amor, ni para sentarme a admirar las flores, sino porque es el punto que he elegido para quedar con otra persona. Y esa persona, aunque me dé una vergüenza horrible admitirlo, es mi novio de alquiler.

Sí, has leído bien: mi novio de alquiler. He llegado a un punto de mi vida en el que me he visto con la humillante necesidad de pagar a alguien para que se haga pasar por mi novio. Y la culpa la tienen mis queridos padres, por así decirlo.

Todo empezó hace cosa de un mes. Estaba tan harta de que mis progenitores me presionaran con el asunto de encontrar pareja y formar una familia, que en una de mis visitas a su casa les dije que tenía novio cuando no era así. Que conste que no fue algo premeditado, y, siendo sincera, me siento fatal por haberles engañado. Pero es que era la única forma de que dejaran de agobiarme con el tema. Al menos una temporada. Lo que no esperaba es que a raíz de eso mis padres decidieran que era buen momento para venir a la ciudad a conocer al afortunado. Y todo

de un día para el otro, sin tener en cuenta mi opinión. Con lo cual, ayer, después de recibir su fatídica llamada, no me quedó otra que idear un plan.

Y así fue como, en pleno momento de desesperación, me puse a buscar en Google y acabé dando con la agencia *Fake Boy*. Una empresa de chicos de compañía que se anuncia como la más innovadora del sector por la facilidad y rapidez a la hora de contratar sus servicios. Solo tuve que descargarme la aplicación, rellenar un formulario, y en un visto y no visto ya tenía un chico asignado. La única pega es que no se trata de un servicio barato. Pero llegados a este punto no me queda otra que seguir con la patraña que empecé. Al menos hasta que se me ocurra cómo ponerle fin.

Así que aquí me encuentro esperando a un tal Jake mientras no paro de morderme las uñas en el proceso. Mierda, hablando claro, estoy de los nervios. Es que esto que estoy haciendo es una locura integral y para rematar mi novio falso llega tarde y no consigo contactar con él.

Chasqueo la lengua y vuelvo a mirar el reloj. El chico hace más de veinte minutos que debería haber llegado, su móvil parece apagado o fuera de cobertura, y para más inri los de la agencia no me dan ninguna alternativa que me satisfaga. Por lo visto, no tienen otro chico de compañía disponible hasta mañana, así que la única solución que me ofrecen es un retorno del dinero o cambiar la hora de la cita. ¡Y yo no puedo cambiar la hora de la cita, joder! Mis padres ya están esperándonos en el restaurante. El mensaje de hace unos minutos de mi madre preguntándome donde estoy lo confirma. Y yo aún no le he contestado porque no sé qué demonios decirle. ¿Qué mi novio se ha retrasado? ¿Que no va a venir? ¿O directamente que ni existe ni ha existido nunca?

Dios, todo esto está empezando a superarme.

Inspiro con fuerza e intento pensar en cómo salir del embrollo en que me he metido. Al final me decanto por la opción de esperar a mi cita un poco más. Tal vez simplemente le esté costando encontrar este sitio y en el proceso se haya quedado sin batería o qué sé yo, y por consiguiente

esté a punto de aparecer de un momento a otro.

Imploro en silencio para que así sea y doy unos cuantos pasos inquietos por la parte del jardín que queda más cerca de la entrada. No tardo en percatarme de que hay algo tirado en medio del camino. Un tulipán amarillo que alguien ha arrancado a la altura del tallo. Hasta hace nada había un grupo de niños jugando justo en esta zona, así que imagino que la trastada debe haber sido obra de alguno de ellos.

Lo recojo y me incorporo un poco apenada ante lo efímera que ha sido su vida. Resoplo, miro el móvil por enésima vez, y justo entonces oigo una voz profunda y masculina que aparece de la nada.

—Disculpa… ¿Eres Ellie?

Busco la voz con la mirada y cuando veo a quién pertenece me olvido literalmente de quién soy y qué es lo que he venido a hacer aquí. Porque a pocos metros de mí tengo al hombre más impresionante que he visto nunca. Supera incluso a cualquiera de los personajes masculinos a los que mi desbordada imaginación ha dado vida, y eso es mucho decir. No puedo evitar darle un repaso visual de la cabeza a los pies.

Es alto. Muy alto. Quizás roza el 1,85. Y lleva puesta una chaqueta en color camel que se ajusta a una constitución física perfecta. Piernas torneadas, brazos fuertes, espalda ancha… Todo en él es un prodigio de la creación. Aunque lo que más me llama la atención es lo que tiene de cuello para arriba. Su pelo negro y liso cortado con estilo, y su cara. Oh, Dios, sí… Su cara. Esa es sin duda la parte de su persona que deja más impactada. Ya no solo porque sus labios, mandíbula y nariz parezcan haber sido esculpidos por el mismísimo Miguel Ángel, o por su piel lisa e inmaculada. Sino por sus hermosos ojos oscuros y algo rasgados. Unos ojos que claramente son de ascendencia asiática y que me están observando como si su dueño estuviera igual de sorprendido que yo.

Este último punto me hace regresar a la realidad.

¿Es posible que este hombre de ensueño sea la persona a quien estaba esperando? ¿El chico que he contratado para que se haga pasar por mi novio? Si está preguntando por mí, la respuesta tiene que ser que sí, ¿no?

La verdad es que su apariencia no se ajusta a la descripción que me ofreció la agencia, pero sí a la que solicité inicialmente. Y es que… bueno, puede que tenga una pequeña obsesión con los hombres asiáticos por culpa de los K-Dramas. ¿Al final sí que encontraron a alguien que cumpliera con esas características? No mencionaron nada del cambio en el correo que me enviaron esta mañana.

Parpadeo varias veces y tras aclarar mi garganta encuentro mi voz para contestar.

—Sí, eh… Soy Ellie. Ellie Woods. ¿Tú eres Jake? —Doy un par de pasos hasta quedar enfrente de él y la diferencia de altura entre nosotros vuelve a dejarme algo traspuesta. Él, por su parte, sigue sumido en una especie de trance que tampoco ayuda a aligerar el ambiente.

—¿Jake? —repite al cabo de unos segundos con su incrédula y penetrante mirada clavada en mí.

Por un instante tengo la sensación de que me ruborizo.

Mierda, ¿pero qué diantres le pasa a este chico? Cualquiera diría que se acaba de cruzar con un fantasma. ¿Es que hay algo raro en mí? ¿Acaso no soy el tipo de clienta que esperaba encontrar?

Bajo la vista para echarle un vistazo rápido a mi atuendo y en el proceso reparo en que aún estoy sujetando la flor. Tras un momento de indecisión la dejo junto a las otras y vuelvo a dirigirme a él.

—Vienes de parte de la agencia, ¿no? Creía que te llamabas Jake.

Estas últimas palabras parecen hacerle reaccionar por fin.

—Oh, sí, por supuesto, la agencia. —Hace una pausa y carraspea—. Perdona el momento de lapsus. Es que Jake es el nombre que uso para trabajar y…, bueno, supongo que todavía me estoy acostumbrando a que me llamen así.

Hago un gesto de asentimiento.

—Ya veo…

—Sí. Gajes del oficio. Mejor que me llames por mi nombre real para evitar más confusiones. Soy Trevor. —Esboza una sonrisa de anuncio y extiende su mano hacia mí—. Es un placer conocerte, Ellie.

—Igualmente. —Le devuelvo el gesto, todavía presa de la incomodidad. Es curioso, pero no llevo ni cinco minutos con este chico y hay algo en su forma de comportarse que me hace sentir extraña. Como si yo fuera una persona especial para él en lugar de una completa desconocida. En fin, supongo que porque forma parte del papel que tiene que interpretar. No sé si llevará mucho tiempo trabajando en esto, pero lo que está claro es que se le da bien. Extremadamente bien. Le estrecho la mano de forma fugaz y doy un paso atrás—. Entonces… Trevor.

—Eso es. O si lo prefieres, Trev.

—Vale. Ummm. Trev… ¿Te ha surgido algún problema viniendo hacia aquí?

—¿Problema? —Arruga la frente y me mira como si no comprendiera lo que le estoy diciendo—. ¿Qué problema me podría surgir?

—Bueno… como has llegado más tarde de la hora acordada pensaba que quizá te estaba costando encontrar este sitio. Estos jardines están un poco escondidos. Reconozco que debería haber escogido otro lugar para quedar, pero tampoco tuve mucho tiempo para pensar y como es la primera vez que hago algo así… Quiero decir que esta es la primera vez que contrato a un hombre para que se haga pasar por mi novio, y todo esto es nuevo para mí. De hecho, hasta el día de ayer no sabía ni que este servicio existía. Así que supongo que es comprensible que… —Un

brillo divertido aparece en los ojos del chico y al instante me doy cuenta de por qué. Estoy empezando a desvariar, como no podía ser de otra manera en mí. Suelto un gemido y me tapo la cara muerta de vergüenza—. Dios… Olvida todo lo que te acabo de soltar. Cuando estoy nerviosa tengo la mala costumbre de hablar de más y al final digo de todo menos lo que en realidad quiero decir. Lo siento.

Trev introduce las manos en los bolsillos de su chaqueta al mismo tiempo que esboza una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, te he entendido perfectamente. En realidad, soy yo el que debería disculparme por haberte hecho esperar. He cogido un taxi para venir hacia aquí y nos hemos encontrado un atasco por el camino —confiesa respondiendo a mi pregunta inicial—. En fin. ¿Llegamos tarde a algún sitio?

Me recoloco el pelo y suspiro.

—Por desgracia, sí. Mis padres llevan un rato esperándonos para cenar.

—Oh, vaya. ¿Dónde es la cena? Espero ir vestido de forma adecuada. —Baja la vista y examina su ropa.

—Claro que vas bien —le contesto desconcertada. En serio, ¿cómo puede dudar de su atuendo? Si va vestido con un traje chaqueta que parece elegido por un estilista de moda profesional. Es muy elegante pero informal al mismo tiempo. Una estética que unida a sus encantos físicos resulta más que agradable. Aunque bien mirado, supongo que sus dudas tienen su lógica. A causa de su profesión, debe de estar obligado a acompañar a sus clientes a todo tipo de eventos, muchos con protocolos de vestimenta diferentes a lo que yo estoy acostumbrada—. Es en un restaurante que queda cerca de aquí —continúo explicándole—. Yo nunca he estado, pero imagino que se trata de un sitio sencillo, así que no te preocupes.

Trevor asiente.

—Pues no perdamos más tiempo. La agencia tiene una reputación que mantener.

Capítulo 3

Ellie

—¿*La Casa de la Fertilidad*? —murmura Trev con la vista puesta en el rótulo iluminado que decora parte la fachada del restaurante—. ¿Estás segura de que tus padres están aquí?

—Sí. Me han enviado la ubicación.

Yo también tengo los ojos fijos en el cartel. En concreto en la cigüeña sonriente que transporta un bebé de mejillas sonrosadas. Es obvio que el dibujo fue diseñado con la intención de enternecer, pero a mí me provoca otra serie de reacciones muy diferentes.

Entre ellas unas ganas inhumanas de pegarme un tiro a causa de la vergüenza.

Dios mío, debería haberme preparado psicológicamente para enfrentarme a una situación como esta. Mis padres no son personas corrientes, nunca lo han sido. Con lo cual su forma de actuar tampoco es lo que se dice muy «normal». Y no es que esté en contra de ello. Yo soy la primera defensora de la autenticidad. Pero siempre y cuando esta no implique avergonzar a otras personas. Y por desgracia ya he perdido la cuenta de las veces que he vivido situaciones bochornosas por culpa de la alocada personalidad de mis padres.

—¿Es lo que parece que es? —añade Trev entre sorprendido y divertido al mismo tiempo—. ¿Un restaurante para aumentar la fertilidad?

Suelto un sonoro suspiro.

—Es lo que parece, sí. Pero te agradecería que no hicieras suposiciones al respecto —le pido—. Tú solo concéntrate en tu papel y en lo que te he dicho viniendo hacia aquí.

—Tranquila, lo recuerdo bien. Nos conocimos hace un par de meses en un bar musical en

Greenwich Village, y somos pareja desde entonces.

—Exacto. Pero no digas nada a no ser que sea estrictamente necesario. Es más seguro que yo lleve el peso de la conversación.

Trev asiente y no perdemos ni un segundo más en entrar en el restaurante.

En el vestíbulo nos recibe una mujer de pelo canoso y sonrisa agradable. Empiezo a explicarle que nos esperan en el interior, pero no me hace falta continuar. Mis padres ya nos han visto y nos están saludando de forma efusiva desde una de las mesas del fondo. El vestido floreado de mi madre y la gorra de los New York Jets de mi padre son inconfundibles.

Les devuelvo el saludo mientras hago acopio de energía y atravesamos la estancia de estilo bohemio para reunirnos con ellos.

—Siento la espera —le digo a mi madre que se ha levantado de su silla y está agitando sus brazos llenos de pulseras como si fuera una niña pequeña—. Hemos pillado un atasco viniendo hacia aquí.

—Tranquila, cariño. Las sillas son muy cómodas y hemos aprovechado para ir pidiendo los entrantes.

Nos damos un abrazo y antes de separarnos no puedo evitar preguntarle en susurros qué demonios estamos haciendo aquí.

—¿Tú qué crees? —me contesta ella de forma despreocupada—. Ya sabes lo que nos costó concebirte. Tenéis que empezar a cuidar vuestra fertilidad o de lo contrario…

—¿De lo contrario qué, mamá? —La corto intentando no alzar la voz—. Por el amor de Dios, si ni siquiera vivimos juntos. Esto está totalmente fuera de lugar. —Fuerzo una sonrisa y me separo de ella para abrazar también a mi padre.

—Que conste que yo no he tenido nada que ver en esto —me dice este y asiento con la

cabeza para darle a entender que le creo.

Dentro de su estrambótica forma de ser, mi padre es algo más sensato y comedido que mi madre. Aunque como ella es de armas tomar muy pocas veces consigue pararle los pies.

Acto seguido me doy la vuelta para encarar el momento que mis padres han estado esperando. El momento de presentarles a mi supuesto novio. Pero antes de que llegue a articular palabra me doy cuenta de que no es necesario que haga ningún tipo de presentación. Mi madre ya se ha abalanzado sobre Trev y ahora mismo se está dedicando a decirle lo guapo e impresionante que es.

Tierra trágame.

Resoplo intentando armarme de paciencia. Está claro que la necesitaré.

***

Un cuarto de hora más tarde ya estamos todos sentados alrededor de la mesa sobre la que un camarero ha dejado los entrantes. Yo junto a mi madre y Trev al lado de mi padre. Y, siendo sincera, las ganas de huir de esta situación de pesadilla todavía no me han abandonado. Aunque, para ser precisos, se me hace difícil determinar qué es lo que me incomoda más. Si el pequeño detalle de que los platos tengan forma de ovarios y las copas de trompas de Falopio. El hecho de que mi padre no pare de quejarse ante la poca variedad de comida carnívora. O la permanente sonrisa en los labios de mi madre mientras no deja de mirar a Trev como si fuera lo más extraordinario que ha visto en su vida.

Me acabo el contenido de la copa que, como era de esperar de este sitio, no consiste en nada más que agua, y me acerco a mi madre para susurrarle al oído:

—Mamá, ¿podrías dejar de mirar a Trev tan fijamente? Lo vas a asustar.

—Oh, tienes razón. Lo siento —se disculpa con los ojos todavía puestos en él—. Es que nunca había visto un traje chaqueta que se adaptara tan bien al cuerpo. Es impresionante…

Trev esboza una de sus magnéticas sonrisas.

—Ya puede serlo. Es un Brioni.

Los ojos de mi madre se abren como platos.

—¿Qué? ¿Un Brioni? Pero si dicen que son los trajes más caros del mundo. Lo sé porque la firma creó una de sus colecciones en colaboración con Brad Pitt —explica consiguiendo que mi incomodidad se dispare hasta el infinito—. Dios mío, cómo adoro a ese actor. Sobre todo, en Leyendas de Pasión. Nunca podré olvidar esa cabellera rubia moviéndose con el viento.

—Mamá… —empiezo a decir con la esperanza de que cambie de tema, pero mi padre se me adelanta.

—Pues yo no entiendo qué le ves a ese tipo, Nancy. Es buen actor pero sinceramente, me parece un poco afeminado.

—¿Afeminado? ¿Cómo puedes decir que Brad Pitt es afeminado? Por Dios, si solo su nombre ya es sinónimo de masculinidad —le contesta ella y, antes de que ninguno de los dos pueda añadir nada más, consigo distraerlos con la excusa de que van a venir a pedir el plato principal y todavía no lo hemos elegido.

Gracias a mi intervención volvemos a centrarnos cada uno en nuestra carta. Al poco tiempo regresa el camarero, elegimos los platos y la comida transcurre sin incidentes hasta que mi madre decide que es buen momento para hacerle otra pregunta a mi novio ficticio.

—Por cierto, ¿y a que te dedicas querido?

Mis ojos asustados vuelan a los de Trev. Hemos tenido tan poco tiempo de hablar que esta

parte no la hemos ensayado. ¿Tendrá algo preparado para este tipo de imprevistos?

—Pues en la actualidad soy directivo de una gran empresa —contesta él sin dudar y no puedo evitar lanzarle una mirada cargada de desconcierto.

¿Directivo de una gran empresa? ¿En serio? Ya sé que la imaginación no tiene límites, pero no era necesario que apuntara tan alto. No quiero que las ilusiones de mis padres se eleven más de lo que ya están para luego caer en picado.

—Vaya… —murmura mi madre visiblemente complacida—. Ya imaginaba que debías encargarte de algo importante. Más que nada teniendo en cuenta lo bien que vistes. ¿Y tus padres? ¿Son de aquí?

—Mi madre, sí. Mi padre es surcoreano, pero lleva más de media vida viviendo aquí. Por lo que me explicó, al principio le costó un poco adaptarse. Aunque ahora adora Nueva York y no dejaría su ático en Hudson Yards ni a tiros.

—¿Hudson Yards? —repite mi madre como si de repente le costara hablar. No la culpo. Hudson Yards es uno de los barrios más caros de Nueva York. O al menos eso leí. Mierda, ¿pero este tío está de coña o qué? ¿Cómo se le ocurre seguir aumentando sus expectativas?—. ¿Tú también vives en ese barrio?

—No. En un ático frente a Central Park. A diferencia de mi padre yo necesito estar junto a una zona verde para poder respirar.

—Te entiendo a la perfección, muchacho —interviene mi padre—. Según dicen los expertos, es indispensable ver árboles por la ventana para mantener una buena salud mental. Por eso yo no cambiaría nuestra granja en Bright Valley por nada. ¿Verdad, Nancy? Respirar cada mañana el aire puro de la naturaleza no tiene precio.

Trev asiente y se interesa por la ocupación de mis padres. Y no hay cosa que a Charlie Woods le motive más que hablar de su día a día en la granja. El problema es que cuando empieza

ya no hay quien lo pare y muchas veces puede llegar a cansar. Aunque, a decir verdad, Trev no parece para nada aburrido de sus historias. Todo lo contrario. No deja de animarle haciéndole preguntas de todo tipo. Y yo no puedo evitar sentir curiosidad ante esa actitud.

¿Forma parte del papel que tiene que interpretar? Si es así tengo que reconocer que sus dotes para la actuación son admirables. Incluso podría dedicarse a la interpretación de forma profesional, visto lo visto. Aun así, imagino que en lo que ha dicho tiene que haber algo de verdad, ¿no? Me refiero a sus orígenes. Por sus rasgos es obvio que tiene ascendencia oriental, así que dudo que haya mentido al mencionar que su padre nació en Corea del Sur. Y no puedo negar que este detalle también me tiene bastante intrigada, porque adoro todo lo relacionado con ese país. De hecho, uno de mis mayores sueños es viajar allí y estoy ahorrando para que algún día pueda hacerse realidad. Además, caprichos del destino, resulta que mi primer amor también tenía orígenes coreanos. O, al menos, eso es lo que me dijo, porque nunca llegué a verlo en persona.

Goyo.

Me pregunto qué habrá sido de él.

¿Habrá conseguido prosperar en la vida?

¿Será feliz?

De repente alguien me toca el brazo y regreso de golpe a la realidad. Me topo con el rostro sonriente de mi madre.

—Ay, cariño. Estoy tan contenta de que hayas conocido a un buen chico por fin. La verdad es que estábamos preocupados. Llevabas tanto tiempo soltera por culpa de aquel impresentable… Desde luego lo que Justin te hizo pasar no tiene nombre. ¿Es que como se le ocurrió engañarte de esa manera? Juro que…

—Nancy, no creo que este sea el momento para hablar de esto —le interrumpe mi padre

cogiéndole del brazo.

Un gesto que agradezco, pero que no tiene la capacidad de borrar lo que ha soltado mi madre, ni atenuar el ardor de mis mejillas. Dios… Ya solo faltaba que airearan mis trapos sucios para convertir esta velada en la peor experiencia que he tenido en mucho tiempo. Ahora sí que me quiero morir. Justin es mi exnovio, lo conocí en la universidad y estuve saliendo con él muchos años hasta que me engañó. Nuestra relación fue tóxica y minó mi autoestima hasta límites preocupantes. Y su traición es una de las razones por las que llevo tanto tiempo soltera. Pero eso es personal y mi madre no tenía ningún derecho de sacarlo a relucir aquí.

Trago saliva y suelto el aire lentamente intentando que mis pulsaciones se calmen, pero tampoco me ayuda el hecho de saber que Trev me está observando. Puedo sentir el peso de su mirada sobre mí. Me pregunto qué debe de estar pensando ahora mismo. De buen seguro que soy la mujer más patética que ha solicitado sus servicios hasta la fecha.

—Por cierto, este fin de semana es el Festival de las Ovejas en el pueblo —añade mi padre rompiendo con la tensión del momento—. ¿Qué tal si venís? Se organizan muchas actividades interesantes y así le puedo enseñar a Trev cómo funciona la granja.

El corazón se me salta un latido al mismo tiempo que mi madre se pone a dar palmas.

—Qué buena idea, sí.

—Lo siento, pero no podrá ser —me apresuro a decir y, tras hacer una pausa para pensar en una excusa creíble, añado—: Trev tiene un viaje de trabajo programado para este fin de semana, ¿verdad? —Me vuelvo hacia él y le dedico una mirada cargada de circunstancias con la intención de que me siga el juego.

—Ellie está en lo cierto —murmura al cabo de un momento—. Pero el viaje de trabajo se puede posponer sin ningún tipo de problema. Después de lo bien que me ha hablado tu padre de Bright Valley no me perdería ese festival por nada del mundo.

Mis padres sonríen complacidos y empiezan a hablar de los preparativos. Trev también parece muy emocionado. O al menos finge estarlo porque, si hay algo que me ha quedado claro, es que actuar es lo suyo. Y yo, yo… Yo no me veo capaz de hacer otra cosa que observar la escena en silencio. Es todo tan surrealista que me he quedado sin palabras.

¿A qué demonios está jugando? ¿Por qué ha tenido que aceptar la invitación? Solo tenía que seguirme el juego, joder. Se lo he puesto en bandeja.

¿Será por dinero? ¿Para poder así embolsarse la tarifa de dos días más? ¿O tal vez porque esa es la política de la empresa? Manipular a mujeres desesperadas como yo, para que nos dejemos hasta el último centavo en sus malditos servicios.

En fin. Sea cual sea la respuesta, ahora ya da igual. Estoy atrapada y no me quedará otra que seguir con esta pantomima unos días más.

Extracto de la carta n.º 5

De *Soli* para *Goyo*

¿Sabes una cosa, *Goyo*? Tienes suerte de tener unos padres normales y no dos cabras locas como tengo yo. Hablo en serio.

Sin ir más lejos, el año pasado me hicieron pasar la vergüenza más grande de mi vida cuando Sean Thomas pasó a buscarme a casa para ir juntos al baile de invierno.

No se limitaron a abrir la puerta y tomarnos un par de fotos como el resto de padres, sino que nos dieron una charla sobre la importancia del sexo seguro y nos regalaron a cada uno una caja de preservativos envueltos en papel de regalo. Papel de regalo que, por cierto, tenía penes estampados con caritas sonrientes. Quise morirme ahí mismo, mientras escuchaba hablar a mi madre sobre las precauciones que debíamos tomar en caso de usarlos. Le faltó poco para sacar un plátano del cesto de la fruta y hacernos una demostración. A Sean Thomas le costó semanas volver a mirarme a los ojos sin estallar en carcajadas, por lo que la posibilidad de un romance entre nosotros se esfumó casi de inmediato.

Los quiero mucho, pero son tan distintos a mí… Odio llamar la atención y ellos parecen buscarla a propósito. Puede que pienses que exagero, pero si algún día los conoces me darás la razón: son dos cabras locas.

Capítulo 4

Trevor

Cuando entro en el coche donde Boris me espera desde hace un par de horas, lo hago con el pulso acelerado y la adrenalina recorriendo mis venas a gran velocidad. Aún me cuesta creer que haya conocido a *Soli*, mi *Soli*, la *Soli* que me ayudó a salir del pozo oscuro en el que caí después del accidente.

—Señor Park, hace unos minutos me han llamado del hospital para informar de que Rhys Douglas ya ha sido dado de alta —dice mi chófer, girándose hacia mí.

La mención de Rhys me hace recordar su existencia y, por tanto, las consecuencias inevitables de mis actos. Porque…

- Me he hecho pasar por Rhys, el novio de alquiler de *Soli*. Es decir, de Ellie.
- Y he propiciado un fin de semana en la granja de sus padres alargando inevitablemente esta mentira.

Me gustaría decir que los remordimientos me reconcomen por dentro, pero eso sería mentir. No lamento en absoluto nada de lo que he hecho, incluso si con eso involucro a Rhys.

Algo me dice que todo lo que ha pasado hoy es cosa del destino. Desde el niño salido de la nada hasta el atropello involuntario de Rhys. El destino ha jugado sus cartas, de la forma más macabra posible, para que mi camino y el de *Soli*, quiero decir, Ellie, se cruzaran de nuevo hoy. ¿Cómo no iba a aprovechar mi suerte?

No es que crea en el destino como un ente todopoderoso y nosotros sus marionetas, pero hay momentos en la vida que parecen demasiado oportunos para ser meras coincidencias.

—¿Quiere que lo lleve a casa? —pregunta Boris, sacándome de mis pensamientos.

Niego con un gesto de cabeza.

—Antes me gustaría hacer una visita a Rhys Douglas.

Boris asiente y yo le recito la dirección de Rhys. Mientras nos dirigimos hacia Inwood, el vecindario donde vive y que está situado en la parte norte de Manhattan, me preparo la explicación que le daré sobre lo sucedido hoy. No puedo contarle la verdad. No por ahora. La situación ya es lo suficientemente complicada como para convertir a Rhys en cómplice de mi pasado y mis intenciones actuales.

***

Media hora más tarde, Boris detiene el coche frente a un bloque de apartamentos de ladrillo vista de varios pisos, con escaleras de incendios que trepan por la fachada como una telaraña de metal. Salgo del coche y entro.

El edificio no tiene ascensor, así que subo por las escaleras. Se nota que el mantenimiento de este lugar brilla por su ausencia. Las paredes están descascarilladas y hay humedades y grietas por todas partes. Una vez llego a la planta indicada, busco la puerta de Rhys. Me quedo mirando el hueco vacío en la pared, donde imagino que antes había un timbre, y llamo con los nudillos.

Oigo pasos y, segundos después, alguien me abre la puerta. Pero ese alguien no es Rhys, aunque sí se parece mucho a él. Debe ser su hermano pequeño, porque es idéntico a él solo que mucho más joven. Debe tener unos 15 o 16 años.

—¿Sabías que el queso es uno de los alimentos más antiguos del mundo? Su historia se remonta a aproximadamente 8,000 años antes de Cristo, lo que significa que el queso ha sido parte de la dieta humana desde la prehistoria —dice el chico, con una sonrisa enorme iluminando su cara.

—Um, pues no. No tenía ni idea —murmuro anonadado. Ese dato aleatorio como saludo me deja fuera de lugar.

—Es alucinante, ¿verdad? El queso ha estado presente en la historia de la humanidad desde hace milenios.

—Esto… sí que es alucinante, sí.

—Lo inventaron antes que la escritura. La gente no sabía escribir, pero sí hacer quesos.

—Lo que demuestra que nuestros ancestros tenían sus prioridades claras —digo, y no puedo evitar reírme, porque la conversación es surrealista pero también en parte graciosa.

El chico se contagia con mi risa y antes de que pueda intervenir de nuevo, la voz de Rhys sale proyectada desde el interior de la casa:

—Mike, ¿con quién hablas? —Segundos después, el mismo Rhys aparece en la puerta junto al chico. Sus ojos se agrandan al verme, sorprendido por mi presencia a todas luces inesperada —. ¿Qué haces tú aquí?

—Pensé que querrías saber qué ha pasado con Ellie Woods.

—¿Y de dónde has sacado mi dirección?

—Te ayudé a rellenar el impreso de acceso a urgencias, ¿recuerdas? —Le señalo el brazo escayolado.

Él asiente despacio y se hace a un lado para que pueda pasar. Mientras lo hago, Mike se me queda mirando muy fijamente. Es obvio que le genero una gran curiosidad.

—Eh, colega, ¿por qué no vas a la cocina y terminas la lasaña —sugiere Rhys cerrando la puerta principal tras de mí. La entrada da directamente a un pequeño salón decorado escuetamente con un sofá, una tele y unas estanterías repletas de libros. Es un sitio humilde, pero se nota que se han esmerado para que esté limpio y ordenado.

Los ojos de Mike se iluminan.

—Oh. Es verdad. ¡La lasaña! He hecho de sobras, por cierto. —Me mira—. Puedes quedarte a cenar con nosotros, si quieres.

Sin esperar respuesta, desaparece por una de las tres puertas que comunican con el salón.

Realmente este sitio es diminuto. Mucho más pequeño que mi vestidor.

—Pongámonos cómodos. —Rhys se sienta en el sofá y yo lo imito. Me fijo en él. Se ha cambiado la ropa que llevaba por otra limpia, y su aspecto ha mejorado sustancialmente. La idea de que Ellie haya estado a punto de tener una cita con él me atormenta de pronto. Es el tipo de tío con el que las chicas sueñan a escondidas. Un cruce entre Austin Butler y Chris Hemsworth. ¿Está mal alegrarse de que Boris lo haya atropellado?

—Espero que mi hermano no te haya dicho nada raro, a veces puede llegar a ser un poco… —Rhys se detiene a la búsqueda de la palabra adecuada—, avasallador.

—No te preocupes, no me he sentido avasallado en absoluto. De hecho me ha caído genial. No tenía ni idea de que los quesos fueran tan antiguos.

—Joder, ¿te ha sacado el tema de los quesos? Lleva toda la semana con eso. La semana anterior fue con las zanahorias.

—¿Las zanahorias?

—Sí, por lo visto originalmente no eran naranjas, sino moradas, blancas, amarillas y rojas. Las zanahorias naranjas las desarrollaron en el siglo XVII como tributo a Guillermo Orange en los Países Bajos y… —no termina la frase, pone los ojos en blanco y suspira—. Perdón, no sé por qué te estoy contando esto. Mike ha acabado por fastidiarme el cerebro con tanta información random sobre alimentos. —Vuelve a suspirar—. Centrémonos en lo importante. ¿Has podido hablar con Ellie?

—Sí, he podido.

—¿Y ha sido comprensiva?

Asiento despacio, intentando poner en orden la mentira perfectamente orquestada que estoy a punto de soltarle.

—Bueno, lo cierto es que las cosas no han salido como esperábamos.

Rhys chasquea la lengua contra el paladar, frustrado.

—Va a dejarme una mala puntuación en la plataforma, ¿verdad? Mierda, lo sabía. No tenía que haber confiado en ti, a fin de cuentas por tu culpa tengo el brazo roto.

—Bueno, en honor a la verdad, no ha sido culpa mía que te hayas roto el brazo. El coche lo conducía mi chófer, y tampoco ha sido culpa suya, porque él solo ha intentado evitar un mal mayor. Por otra parte, no tienes que preocuparte por la puntuación que Ellie te deje en la plataforma. Estoy seguro de que será buena.

—No te sigo. Entonces, ¿cuál es el problema?

Finjo un suspiro dramático. Hice teatro un par de años en el instituto y siempre me daban los papeles protagonistas, lo que explica por qué se me da tan bien mentir.

—Cuando he llegado al sitio, Ellie Woods ha dado por hecho que yo era su novio de alquiler y no me ha dejado explicarme… Así que cuando he querido darme cuenta, estaba cenando con ella y sus padres fingiendo ser tú.

—¿Qué? —La voz de Rhys suena como un susurro incrédulo. Abre mucho los ojos y la boca.

—La pobre estaba desesperada, me ha cogido del brazo y me ha arrastrado hasta el restaurante en cuestión mientras parloteaba sin parar sobre lo importante que era aquella cena para ella. No me he visto capaz de contarle la verdad. Y he pensado que podría asumir el papel de novio falso en tu lugar.

—¡¿QUÉ?! —Ahora su pregunta se manifiesta en forma de grito.

—No tienes nada de lo que preocuparte, ha ido muy bien. Sus padres me han adorado, así que diría que he completado la misión con éxito.

—Dios. —Se lleva una mano a la frente—. Si se enteran de esto en la agencia van a demandarme por incumplimiento de contrato. Pero bueno, si todo ha ido bien y ella ha quedado satisfecha, no hay nada que lamentar. Corramos un tupido velo como si no hubiera pasado nada y

listos. Nadie se enterará nunca.

—Ya… , respecto a eso, no creo que sea tan sencillo correr ese velo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… a sus padres les he gustado tanto que me han invitado al festival de las Ovejas de su pueblo el próximo fin de semana, así que me temo que tendremos que alargar un poquito más esta farsa. —Me guardo decirle que Ellie me ha echado una bronca tremenda cuando nos hemos quedado a solas por no haberle seguido el juego. No tiene por qué saberlo todo.

Rhys se ríe en una carcajada amarga e incrédula.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo has podido aceptar algo así en mi lugar? ¿Tienes la menor idea de los problemas que me puede acarrear tu inconsciencia?

—Pero lo haré bien. Y tú ganarás dinero sin moverte del sofá. Piénsalo. Tienes el brazo roto, de igual manera no puedes trabajar mientras estés en ese estado. Al menos, tendrás unos ingresos hasta que te recuperes.

Rhys se queda unos segundos observándome en silencio.

—¿Por qué harías algo así? ¿Acaso eres uno de esos empresarios ricos y afortunados que necesitan dar un poco de emoción a su vida perfecta?

Sus palabras me hacen pensar. No se me había ocurrido esa excusa, pero supongo que sí cumplo con el estereotipo del empresario rico promedio con la vida resuelta.

—Bueno, podría decirse que sí. Que lo soy.

Rhys se muerde el labio y entorna los ojos.

—Es una locura, pero… admito que me iría bien ese dinero hasta que pueda trabajar de nuevo. Como has podido ver, no es que nos sobre. Y ya voy retrasado con el pago del instituto privado de Mike. No quiero que lo echen de allí por mi culpa y tenga que volver al público donde lo acosaban.

—¿Lo acosaban? —Miro hacia la puerta de la cocina, por donde Mike ha desaparecido.

—Supongo que habrás notado que es un poco… diferente. —Asiento y él sonríe, con tristeza—. Mike está dentro del trastorno del espectro autista. Es asperger, aunque bueno, hoy en día ya no se usa ese término. El neuropsicólogo dijo que ahora lo llaman TEA nivel 1. Su interés profundo es la comida, de ahí a que encuentre fascinante el mundo de los quesos y las zanahorias. Le gusta aprender sobre los alimentos y cocinarlos. Y es un chico genial, de verdad. Yo lo adoro, y la mayoría de gente que le da una oportunidad y lo conoce de verdad, también lo adora. Pero le cuesta relacionarse y desde fuera lo ven como un rarito. Y ya se sabe que lo raro no suele gustar.

—¿Y te encargas de él tú solo?

Asiente.

—Mis padres murieron. Yo soy su tutor legal. Quiero darle un buen futuro, por eso he buscado un instituto adaptado en la zona, y desde que va allí tiene amigos y está feliz, pero es muy caro. Por eso empecé en *Fake Boy*. Y por eso no puedo perder mi trabajo. Entiendes por qué te cuento todo esto, ¿verdad?

La admiración por este chico desconocido me sobreviene de pronto. El objetivo vital de Rhys es conseguir que su hermano tenga una buena vida, y eso lo honra. También entiendo lo que está pidiéndome de forma velada a través de su explicación. Que no la cague. Que si la cago, el futuro de Mike estará en peligro.

Por primera vez desde que he tramado este plan, la culpabilidad aparece en escena. Puede que meter a Rhys de por medio no haya sido, a fin de cuentas, una buena idea. He actuado movido por el egoísmo de volver a ver a *Soli*, digo, Ellie. Tengo que acostumbrarme a su verdadero nombre si no quiero cagarla llamándola así. La cuestión es que no he pensado en este chico ni en sus circunstancias antes de dejarme llevar por el deseo de pasar más tiempo con ella.

Hay tantos vacíos que necesito llenar de estos últimos diez años… ¿Qué ha sido de ella? ¿A

qué se dedica? ¿Por qué en lugar de salir con un hombre de verdad contrata uno falso? Es muy guapa, pensé que a estas alturas ya se habría casado y tendría hijos. Una vez me dijo que quería tener una familia numerosa. Preguntas, preguntas, preguntas… y ninguna respuesta. He querido quedarme a charlar un rato con ella al terminar la cena con sus padres, pero Ellie estaba tan cabreada por tener que alargar aquella farsa un fin de semana entero que se ha ido echando humo por las orejas antes de que se lo propusiera.

Tampoco sé hasta qué punto podré enmendar los errores del pasado acercándome a ella fingiendo ser otro, pero las cosas se han dado así. Yo solo he seguido su inercia. Decirle la verdad en ese momento tampoco era una opción. No podía acercarme a ella y soltarle: «Hola, ¿te acuerdas de *Goyo*? Pues soy yo. ¡Ah! Y el novio de alquiler que contrataste para hoy está en un hospital a la espera de que le escayolen un brazo. Así que, dime, ¿qué tal te va la vida?».

Por ahora, lo único que puedo hacer es enfocarme en aprovechar esta segunda oportunidad que tengo con *Soli*, e intentar compensarla por haber sido un cobarde en el pasado. Esta vez pienso ser valiente. Por mí. Por ella. Por los dos.

Capítulo 5

Ellie

—Entonces, ¿tu novio de alquiler es coreano? —Aria, mi mejor amiga y compañera de piso, me mira boquiabierta, como si acabara de salirme un tercer brazo en la cabeza y la estuviera saludando con él.

Estamos sentadas en el sofá color marfil que Aria y yo compramos al mudarnos a este pequeño apartamento de dos habitaciones, de Chelsea, después de mi ruptura con Justin. Aria y yo nos conocimos en la universidad. Fuimos compañeras de cuarto en la residencia de estudiantes y desde entonces, somos inseparables. Ella fue mi primera amiga de verdad. Para una persona introvertida como yo, hacer amigos no siempre resulta fácil. Por eso Aria es tan importante para mí.

Hace un rato que he llegado a casa después de la cena con mis padres y mi novio falso y necesito compartir los pormenores con ella.

—Solo por parte de padre —explico, evocando su rostro de facciones asiáticas—. Según dijo, nació aquí y su madre es estadounidense, pero está claro que los genes coreanos ganaron la partida. Se parece a Cha Eun Woo.

—¿En serio? —Mi amiga se ríe, haciendo bailar su larga melena negra azabache que lleva cortada a la altura de los hombros. Aria es guapísima, aunque a veces tenga un poco de complejo por tener una constitución ósea grande y fuerte, alejada de los cánones de belleza. Yo siempre le digo que es hermosa como una guerrera vikinga—. Ya es curioso que te haya tocado un coreano, siendo tú una fanática total de todo lo que tiene que ver con Corea.

—Bueno, en realidad tiene sentido. —Desvío la mirada hacia mis manos, que ahora retuerzo

avergonzada sobre mi regazo—. En *Fake Boy* puedes elegir las características físicas de tu novio de alquiler. Yo solicité uno con rasgos asiáticos, pero como fue de un día para el otro me dijeron que no había ninguno disponible. De hecho, solo pudieron ofrecerme los servicios de un chico, y se suponía que era rubio con los ojos azules. Imagino que tuvieron una baja de última hora y me lo cambiaron.

—Vaya, vaya… qué suertuda. —Siento su mirada incisiva puesta sobre mí, y eso que ni siquiera mantenemos el contacto ocular—. ¿No crees que has llevado tu obsesión por los tíos coreanos demasiado lejos?

—¿Por qué? Puestos a pagar por un novio, qué menos que sea mi hombre ideal.

—Y tan ideal si se parece a tu *crush* Cha Eun Woo.

Mis mejillas se tiñen de rojo. Dicho en voz alta suena de lo más infantil. Y ya no soy una niña. Tengo 27 años.

—Puede que usar la palabra «*crush*» sea excesivo.

—Excesivo es que tengas fotos suyas en el fondo de pantalla del portátil como una quinceañera.

—Eso es porque me inspira para escribir —me excuso con la boca pequeña, aunque, en realidad, ni la perfección de mi coreano favorito me ha inspirado demasiado estas últimas semanas. Estoy atravesando un bloqueo creativo, qué es lo peor que le puede pasar a una escritora autopublicada como yo.

Aunque tengo la suerte de ganarme la vida con mi pasión, que es escribir, el trabajo de escritora es muy inestable. Es necesario publicar novelas de forma regular para mantenerse y no caer en el olvido, y yo llevo cuatro meses ya desde la última. Mis ingresos aún no han bajado demasiado, y tengo ahorros en el banco, pero me preocupa que este maldito bloqueo se cronifique y mi sueño de seguir viviendo de esto se vaya al garete.

Sacudo la cabeza enviando esos pensamientos al fondo de mi mente y acabo de contarle a Aria todos los acontecimientos de la noche. Ella se ríe con ganas en varias ocasiones. No es para menos. Desde la elección del restaurante hasta la improvisada invitación a la granja para el Festival de las Ovejas es un esperpento.

—Aún no entiendo por qué Trev ha aceptado ir, la verdad. Me he visto tan superada por las circunstancias que no he podido detener el desastre.

—Siempre puedes llamarles mañana y decir que ha surgido un contratiempo —sugiere Aria, limpiándose las lágrimas de los ojos de lo mucho que se ha llegado a reír. Me alegro de que mi desgracia sirva para que ella haya podido disfrutar de una sesión gratuita de risoterapia.

—Eso no va a funcionar —suelto en un gemido ansioso—. Ya conoces a mis padres. Si quieren que vayamos al maldito Festival de las Ovejas, no pararán hasta conseguirlo. Si Trev no se hubiera presentado como el maldito novio perfecto, quizás no se habrían mostrado tan entusiastas. Pero claro… les ha dicho que vive frente a Central Park y que es directivo de una gran empresa. He visto brillar la emoción en los ojos de mi madre. Seguro que ya está mirando invitaciones de boda y acumulando revistas de vestidos de novia.

—Pues cuidado ese fin de semana, que Nancy Woods es mucha Nancy Woods. A la que os despistéis, os ha vestido con ropa elegante y os ha arrastrado hasta la capilla de pueblo para una boda improvisada.

—Ay, Dios. Acabas de desbloquear un miedo nuevo. —Me llevo una mano al pecho por pura ansiedad, pero enseguida me tranquilizo, porque mi madre está loca, pero tampoco tanto, ¿verdad? Quiero pensar que nunca haría algo así.

—En fin, míralo por el lado bueno. Podrás pasar el fin de semana acompañada de un hombre que se parece al protagonista de tus sueños húmedos.

Me muerdo el labio con nerviosismo. Eso va a ser lo peor. Pasar el fin de semana con Trev y fingir que somos pareja frente a todo el mundo. Porque ya no es solo interpretar un papel frente a

mis padres, sino también frente a mis vecinos de Bright Valley, que no se caracterizan precisamente por ser respetuosos con la privacidad ajena.

—Y cuéntame, ¿qué tal ha ido tu día? —pregunto, con la necesidad de entretener a mi mente, que no para de imaginar posibles catástrofes.

—Tranquilo, la verdad. He estado diseñando las bolsas para una nueva variedad de Ramen y luego como nos han anulado la reunión de la tarde, he salido antes. —Aria trabaja en el departamento de diseño de una multinacional especializada en la venta de platos preparados coreanos.

No es casualidad que Aria trabaje en una empresa que comercializa comida coreana. Como buena friki de Corea, me encanta su gastronomía, y sigo a varias empresas afincadas en Estados Unidos que venden productos importados o de fabricación propia. *Daebak* es una de las empresas líderes en el sector de la comida preparada y sus platos, a pesar de ser precocinados, son de una calidad excelente. La cuestión es que un día anunciaron en sus redes que iban a renovar el departamento de diseño y le dije a Aria que probara suerte, ya que en la empresa donde estaba no la trataban demasiado bien.

Desde entonces nunca falta comida coreana en casa.

—¿Te refieres a la reunión esa que te tenía tan nerviosa? ¿La del packaging para el *Japchae*? —Según me contó mi amiga, *Daebak* sacará próximamente este nuevo plato típico de la comida coreana, basado en verduras mixtas y fideos de cristal.

Aria asiente.

—El señor Park llamó para decir que había sufrido un contratiempo. Es raro que él anule una reunión. Todo el mundo sabe que vive para trabajar. —Se frota la barbilla y luego me mira —. Ahora que lo menciono, también está muy bueno. La próxima vez que pases a visitarme, te lo presentaré. Quién sabe, a lo mejor surge la chispa entre vosotros.

No puedo evitar reírme.

—¿No me dijiste que era muy serio y estirado?

—Lo es, pero en plan *chaebol*, como en las series esas que me obligas a ver. Es muy exigente, siempre está serio, solo viste trajes caros y odia el transporte público. Y sus abuelos están deseando que siente cabeza según sé. —Me guiña un ojo con intención.

Chaebol es una palabra que se usa para referirse a esos protagonistas masculinos en los K-Dramas que pertenecen a familias adineradas y ricas de Corea del Sur.

—Vaya, con esa presentación es difícil resistirse, pero paso, gracias. Lo último que necesito en mi vida es un *chaebol*.

La conversación con Aria se alarga un poco más y luego le digo que estoy cansada y que me marcho a la cama. Antes de eso, me pongo el pijama y sigo mi *skincare*. Soy una apasionada del K-Beauty (¡cómo no!), así que sigo el ritual de 10 pasos en el cuidado de la piel coreano. Me gusta este ritual de autocuidado. Es relajante.

Una vez lista, con la piel limpia e hidratada, me tumbo en la cama, cierro la luz y me pongo los auriculares con mis canciones de K-Pop preferidas. Me gusta escuchar música para dormirme. Como me cuesta tanto acallar la mente, esto me ayuda. La primera canción es *Spring Day* de BTS y enseguida un anhelo profundo me sacude de arriba a abajo. Esta canción me recuerda a *Goyo*.

Goyo…

Empecé a interesarme por la cultura coreana cuando lo conocí, y aunque hayan pasado tantos años desde que dejamos de hablar, de alguna forma extraña y curiosa, hoy ha aparecido en mi mente en muchas ocasiones.

De nuevo, me pregunto qué habrá sido de él y si estará bien.

Ojalá así sea. Porque, a pesar de que me rompió el corazón muchos años atrás, sigue siendo

importante para mí.

Y con este deseo latiendo fuerte en el fondo de mi corazón, cierro los ojos y me dejo arrastrar por el sueño.

Capítulo 6

Trevor

Me encuentro frente al edificio de Rhys esperando que llegue Ellie para dirigirnos al pueblo de sus padres. Tengo que decir que el hecho que haber quedado aquí me ha supuesto más inconvenientes que otra cosa. Pero es que era la única manera de que Ellie no sospechara. Ella cree que soy uno de los chicos de la empresa *Fake Boy* y que todo lo que digo y hago forma parte de un papel. Así que por mucho que en la cena soltara que vivo en un ático de Central Park no podía decirle que me recogiera allí.

Cambio el peso de un pie al otro y miro a ambos lados de la calle con impaciencia. No es que Ellie llegue tarde, aún faltan cinco minutos para la hora señalada, pero aun así me siento alterado. Llevo así desde que descubrí que nuestros caminos se habían vuelto a cruzar. Nervioso e inquieto, pero en el buen sentido. Supongo a causa de la expectación que me genera el hecho de volverla a ver.

Repaso mentalmente la lista de cosas que le quiero preguntar hasta que veo un coche detenerse junto a la acera de enfrente. Se trata de un pequeño Chevrolet desde el que Ellie me envía un saludo a través de la ventana. Cruzo la calle, guardo mi maleta de mano en el diminuto espacio que queda libre del maletero y entro en el vehículo.

Al instante un aroma fresco y afrutado impregna mis sentidos y no tardo en comprender que Ellie es su dueña. Todavía tiene el pelo mojado así que no sé si el olor proviene de su champú, de su ropa o algún tipo de colonia. Pero sea como sea me resulta muy agradable y al mismo tiempo perfecto para alguien tan lleno de vida como ella.

Cierro la puerta, me acomodo como puedo teniendo en cuenta que la longitud de mis piernas

no está hecha para este tipo de coches y, antes de que haya llegado a ponerme el cinturón, Ellie reanuda la marcha.

Es obvio que sigue mosqueada por el asunto de que aceptara la invitación de sus padres. Su escueta forma de responder cuando le pregunto a qué distancia está Bright Valley es una prueba irrefutable de ello.

Está claro que necesito decir algo al respecto para enmendar mi supuesto error. O al menos intentarlo.

Me pongo a pensar en cómo debería abordar el tema para no resultar demasiado impertinente, y después de darle varias vueltas, digo:

—Oye…, ya sé que pasar este fin de semana conmigo no es lo que tenías previsto, pero…

—Oh. En eso llevas razón —me interrumpe ella con la vista puesta en la calzada—. Todavía no me acabo de creer que haya acabado metida en este berenjenal…

Hago un gesto de asentimiento para darle a entender que la comprendo y, como no dice nada más, decido continuar con mi discurso.

—Lo que intento decir es que cuando acepté la invitación de tus padres lo hice porque creí que era lo mejor.

—¿Ah sí? Pues explícame cual es la parte positiva de todo esto porque ahora mismo soy incapaz de verla.

—Bueno, de camino al restaurante me contaste que querías convencer a tus padres de que eras feliz para que te dejaran tranquila —le recuerdo—, así que pensé que un fin de semana con ellos sería lo ideal para que no dudaran de tu felicidad.

Ellie asiente mientras cambia de carril.

—Todo esto que dices suena muy bien, no te lo negaré. ¿Pero por cuánto me saldrá?

La miro sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no sé si alguien te lo había dicho, pero disfrutar de tu compañía no es precisamente barato.

—Oh, te refieres a eso —murmuro en cuanto entiendo el motivo de su preocupación. *Fake Boy* es un servicio de pago y de ahí es donde salen los ingresos de Rhys. Pero como es lógico no le pienso cobrar nada a Ellie por algo que no ha pedido, ni tampoco he notificado nada de esto en la aplicación. Yo seré quien me encargue de pagarle a Rhys de mi propio bolsillo y con un suplemento extra por las molestias—. Tranquila que no te cobraré de más. Ya viene incluido con la tarifa que pagaste.

Ellie me dirige una mirada escéptica.

—¿No hay un coste diario?

—Sí, pero justo esta semana acaba de empezar una promoción de primavera—miento—. Son tres días por el precio de uno.

Le regalo una de mis mejores sonrisas con la esperanza de que me crea y cuando veo que su expresión se suaviza respiro aliviado.

—¿Hablas en serio? La verdad es que no vi nada de ninguna oferta en la app.

—Bueno, porque siempre suelen tardar unos días en actualizarla. Cosas del equipo de informática.

Ellie asiente con calma.

—Vale. Pues entonces, en ese sentido, genial… —murmura, y al cabo de un momento se vuelve hacia mí y añade—: Pero hazme un favor e intenta moderarte con las cosas que les cuentas a mis padres. No es necesario que se generen tantas expectativas. Lo mejor es que si te

preguntan algo respondas de manera ambigua.

—De acuerdo, eso intentaré —prometo, y cuando constato que ya hemos salido de la ciudad y estamos a punto de coger la autopista interestatal desconecto de la conversación.

Siendo sincero hacía tiempo que no iba en coche con alguien que no fuera mi chofer al volante, por lo que no puedo evitar que todo mi cuerpo se ponga en tensión. Y no es que Ellie conduzca mal ni mucho menos. Al contrario. Sus movimientos denotan seguridad y hasta el momento no la he visto cometer ninguna infracción. El problema no es ella, sino yo. Yo y los malditos traumas que me acompañan desde que sufrí aquel terrible accidente de circulación.

Me centro en respirar tal y como el terapeuta me enseñó. Inspiro, aguanto, espiro. Una vez y luego otra. Y para mi alivio no tardo en volver a mi estado anterior, lo que me permite reanudar la conversación con Ellie.

—Por cierto, deberíamos aprovechar el viaje para hablar un poco de nosotros mismos —le comento—. Ya sabes, para resultar convincentes como pareja.

Ellie me dirige una mirada fugaz.

—Me parece bien, sí. Lo que sea con tal de evitar que mis padres descubran el pastel. ¿Qué quieres saber? Tu eres el experto, así que empieza tú.

—Vale, ummm. Pues vamos a ver… ¿Dónde vives?

—En un apartamento en el barrio de Chelsea.

—Ajá. ¿Vives sola?

—No con una amiga de la universidad. Se llama Aria.

Asiento mientras pienso en la siguiente pregunta.

—¿Y qué estudiaste?

—Periodismo.

—Muy bien. ¿Y ahora cuál es tu ocupación?

Ellie hace una pausa antes de contestar.

—Pues lo cierto es que me dedico a escribir.

Alzo las cejas con interés.

—¿En serio? ¿Qué es lo que escribes?

—Ficción literaria.

—Vaya… ¿De qué género? —pregunto intentando no relevar mi entusiasmo. A la Ellie que conocí le apasionaban las letras así que al final haya acabado dedicándose a escribir me llena de alegría.

Niega con la cabeza.

—La temática no es relevante.

—¿Por qué no? Lo tengo que saber o de lo contrario tus padres podrían…

—Mis padres tampoco lo saben.

La miro arrugando la frente.

—¿No saben qué tipo de novelas escribes?

—No. De hecho, ni siquiera están al corriente de que me gano la vida escribiendo. Solo que trabajo como freelance —confiesa—. Y me gustaría que siguiera siendo así. Ten cuidado con eso, por favor.

—Tranquila, así será —le aseguro algo traspuesto.

Joder… ¿Por qué no les habrá dicho la verdad? ¿Es que acaso se avergüenza de lo que

hace? ¿O quizá la culpa la tienen ellos por su disparatada forma de ser?

Me guardo esas preguntas para analizarlas más tarde y sigo con el interrogatorio un poco más. Gracias a esto descubro cosas de Ellie que todavía no sabía, cómo por ejemplo que adora la cultura coreana en todas sus formas y que una de sus mayores ilusiones es viajar allí, que le dan un miedo atroz las arañas o que se ha vuelto adicta al café. También me maravillo cuando compruebo que en otros aspectos continúa siendo la misma persona que conocí. Dormilona, amante de los dulces y la comida basura. Muy casera, elegiría quedarse en casa viendo la tele antes que cualquier otro plan. Empática, humilde, generosa. Y por supuesto, muy habladora.

—Bueno, pues con todo lo que he te he dicho creo que ya tienes información más que de sobras —constata ella cuando he perdido la cuenta del rato que lleva hablando—. Ahora te toca desembuchar a ti. Vamos a ver… Teniendo en cuenta que dijiste que Trev es un directivo de una gran empresa… ¿Qué es lo que se supone que estudió? Porque me imagino que no llegaría a ocupar ese puesto como por arte de magia.

Sonrío y tras meditarlo un poco decido decirle la verdad.

—Estudió Administración y Dirección de Empresas.

—¿En qué universidad?

—En la de Columbia. Se graduó con honores.

—Trev es un chico listo, entonces.

—Por supuesto que lo es.

—Muy bien. ¿Y qué más le gusta hacer a Trev aparte de estudiar y dirigir grandes empresas?

No puedo evitar esbozar otra sonrisa. Que estemos hablando de mí en tercera persona tiene su parte cómica.

—Ummm. Pues el orden, leer, escuchar música clásica —Todo esto también es verdad—. Cocinar. Le encanta cocinar.

—Vaya…

—Sí, es capaz de preparar cualquier cosa que se proponga. Cocina internacional incluida.

—Genial. Pero te aconsejo que no menciones ese dato en casa de mis padres o te encerraran en la cocina hasta el fin de los días.

—Lo tendré en cuenta, sí. Gracias por avisar.

—De nada. A ver… Siguiente pregunta. ¿Qué es lo que más le gusta a Ellie de Trev?

En mi rostro aparece una sonrisa juguetona.

—¿No es obvio? Que está como un tren.

Ellie rueda los ojos.

—No me refiero al físico sino a cosas más profundas. Lo que de verdad hace que te enamores de una persona.

—Lo sé, solo estaba bromeando. —Hago una pausa y tras pensar un poco en ello digo—: Pues diría que los puntos fuertes de Trev son su inteligencia, su irónico sentido del humor, su paciencia y que trata a Ellie como una reina. Ah, y no nos olvidemos del sexo. Trev es un hacha en la cama y su novia está más que satisfecha. Los polvos que echan son…

—Vale, para el carro —me corta Ellie—. No necesitamos profundizar tanto.

—Como quieras.

La miro de reojo y al ver que se ha ruborizado ligeramente no puedo evitar pensar que sigue siendo igual de adorable que en su época de adolescente. Y eso que nunca la vi ruborizarse en persona, pero puedo imaginármela perfectamente.

—¿Y de Ellie? —pregunta de nuevo—. ¿Qué es lo que le enamoró a Trev de Ellie? Y no vuelvas a mencionar lo del aspecto físico.

Sonrío sin dejar de mirarla. No necesito pararme a pensar para responder a eso.

—Su carácter alegre y su forma de ver la vida. También que cuando habla con ella Trev siente que puede ser él mismo. Sin máscaras. Sin temor a ser juzgado. ¿Existe algo mejor que compartir esa complicidad con alguien?

Ellie se vuelve hacia mí y por unos segundos me mira con desconcierto. Como si no estuviera preparada para lo que le acabo de soltar. Luego vuelve la vista al frente y murmura:

—Buena respuesta… ¿Forma parte de un curso que os imparte la empresa o algo así?

—Para nada… Es cien por cien cosecha propia. Ya te he dicho que Trev era un chico listo.

Mis palabras la hacen sonreír.

—Desde luego inventiva no te falta, no. Ahora solo queda que la pongas en práctica.

—Cuenta con ello.

Las siguientes preguntas las destinamos a inventarnos una historia creíble de cómo nos conocimos en aquel bar del Greenwich Village y nos enamoramos, lo que hace resoplar a Ellie varias veces por mi exceso de creatividad según ella. Cuando quiero darme cuenta el paisaje a nuestro alrededor cambia. Hace un rato que hemos dejado la autopista y ahora estamos circulando por una carretera enmarcada de vegetación. Al parecer ya no nos queda mucho para llegar a nuestro destino.

El pulso se me acelera pero esta vez por algo bueno. Todavía no me acabo de creer que vaya a conocer el pueblo donde creció Ellie. Me habló tanto de él en sus cartas y de forma tan vívida que me era fácil imaginar que estaba allí con ella. Y, teniendo en cuenta que mi realidad en el hospital era muy distinta, eso me insufló vida. El sendero bordeado de flores silvestres que Ellie

recorría cuando salía del instituto. El olor a heno fresco y a animales de granja, que se colaba a través de su ventana. El bullicio en la plaza los días de mercado. De alguna manera, sus vivencias se convirtieron en las mías y ahora forman parte de mí. Por eso, aunque sueñe extraño decirlo, no es solo el pueblo de Ellie el que voy a visitar. Es el lugar que en los momentos más oscuros de mi vida, también se convirtió en mi hogar.

Capítulo 7

Ellie

El Festival de Ovejas, Lanas y Fibras de Bright Valley se lleva celebrando desde hace más de 100 años. Empezó como una iniciativa para promover la cría de ovejas, pero con el paso del tiempo fue evolucionando hasta convertirse en un evento con un programa de actividades muy diversas: concursos y talleres de lana y esquilado, cata de Quesos, exhibiciones, conciertos… Aunque lo que más atrae a los visitantes son las paradas que instalan en el centro del pueblo con productos derivados de la oveja, como lana, queso, yogures y otro tipo de artesanías.

Para mí, como antigua residente del Bright Valley, esta fiesta no representa ninguna novedad, pero aun así siempre me ha encantado pasear entre los puestos y empaparme del ambiente festivo. Pero hoy daría lo que fuera por no tener que estar aquí. Tengo la sensación de que todas las miradas están puestas en mí. En mí y en Trev. Y no puedo desprenderme de la incomodidad. Él, por el contrario, no parece afectado por ser el centro de atención. Y eso que ya he perdido la cuenta de las personas que se han acercado a hablar con nosotros. O más bien dicho, a interesarse por nuestra futura boda.

Ay, Dios… Aria tenía razón. Mi madre está convencida de que me voy a casar de forma inminente y no ha perdido ni un segundo en esparcir ese rumor por todo el pueblo.

Arghh.

¿Cómo puede ser tan bocazas?

En serio, no entiendo que es lo que quiere. ¿Qué me dé un ataque al corazón? Porque si sigue así es lo que me va a pasar. Y si me muero entonces sí que no podrá llegar a verme vestida de blanco, ni oírme decir el maldito sí quiero.

En fin. La única parte buena de todo esto es que mis padres van a estar ocupados la mayor parte del día. Mi madre junto a sus trabajadores en un puesto de venta de vellón, obtenido de nuestra granja, y mi padre en los talleres de esquilado. Sí que hemos pasado un rato con ellos a primera hora, en el que mi padre ha aprovechado para enseñarle las instalaciones de la granja a Trev, pero luego nos hemos separado.

Así que aquí estamos paseando entre los puestos mientras no dejamos de ser abordados por los vecinos más cotillas del pueblo.

—¡Mira! —La voz de Trev me arranca de mis pensamientos—. Una parada de tartas de queso.

Suelto un resoplido mientras le observo alejarse y le sigo arrastrando los pies. Ya he perdido la cuenta de los puestos en los que mi querido novio falso ha probado y comprado comida. De hecho, está tan entusiasmado que no deja de acribillar a los vendedores con preguntas sobre la elaboración e ingredientes de todos sus productos.

Y ahora está haciendo lo mismo. Me pongo a su lado mientras escucho a la vendedora decirle que el truco de sus tartas de queso está en la temperatura y antes de que llegue a servirle un trozo, detecto que alguien se acerca.

Es Charlotte Hill, alias la mujer más chismosa de todo Bright Valley. Y cuando me envía un saludo no me cabe ninguna duda de que viene a por mí.

Mierda, no estoy de humor para volver a mantener otra conversación sobre mi supuesta boda y menos con ella. Está claro que tengo que huir. Activo el modo supervivencia y sin pensármelo dos veces, rodeo el puesto y no dejo de caminar hasta que creo que la he perdido de vista. Es posible que Trev también se acabe preguntando donde me he metido, pero estaba tan abstraído con las tartas que supongo que tengo tiempo de sobras hasta entonces. Doy un par de vueltas mientras me fijo en las paradas que tengo a mi alrededor cuando de repente una en particular llama mi atención.

Es de peluches. Peluches con forma de oveja. E imagino que debe ser de las primeras veces que participa en el festival porque nunca la había visto. Tampoco conozco a la vendedora.

Ahora soy yo la que sonrío con entusiasmo.

—Están hechas a mano, ¿verdad? —le pregunto a la chica sin poder apartar la vista de las ovejas de peluche.

Son de aspecto esponjoso y su carita me parece lo más adorable que he visto en mucho tiempo. Dios, necesito hacerme con una ya.

—Sí. Las hago yo misma a partir de lana y fieltro—me contesta—. Por eso no hay ninguna que sea del todo igual. Fíjate en sus caras.

Asiento.

—Tienes razón. La verdad es que son una monada. ¿Cuánto cuestan?

—150 dólares.

La sonrisa se me queda helada en la cara.

¿150 dólares? ¿Por un peluche? Soy consciente de que las cosas hechas a mano conllevan trabajo, pero ese precio me parece desorbitado. Además, quién sabe cuánto tiempo me va a durar el bloqueo creativo. Podría llegar a verme apurada económicamente, con lo cual no creo que ahora sea el mejor momento para gastar esa suma de dinero. Y más en algo de lo que puedo prescindir, por muy fascinante y bonito que me parezca.

—Oh, eh… Pues lo tendré en cuenta para la próxima vez —titubeo a modo de excusa y antes de que llegue a añadir nada más, una voz fuerte y masculina se mete en nuestra conversación.

—Nos quedamos una.

Me giro en dirección a la voz y cuando veo a Trev frunzo el ceño.

—¿Qué estás haciendo? —inquiero.

—Comprarte una oveja de peluche.

—Ya, pero ¿por qué?

Trev se encoge de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo hacerle un regalo a mi novia?

—Si, pero…

—Sí, pero ¿qué? —Me dedica una sonrisa juguetona y por un momento giro el cuello hacia la vendedora. Por su expresión divertida no tengo dudas de que se lo está pasando en grande a nuestra costa.

Suspiro y me vuelvo de nuevo hacia Trev.

—Cuesta 150 dólares —susurro para disuadirlo.

—¿Y qué? 150 dólares no son nada comparados con verte feliz, cariño.

—Estoy de acuerdo —concuerda la vendedora, y el estómago se me cuaja a causa de la vergüenza—. ¿Efectivo o tarjeta?

Trev saca la cartera del bolsillo.

—Tarjeta.

Maldigo para mí misma y me doy la vuelta incapaz de seguir observando la escena.

¿Pero qué mosca le ha picado a este hombre? Soy consciente de que está aquí para fingir ser mi pareja, pero no era necesario que llevara su actuación hasta tal extremo.

Doy unos pasos en dirección opuesta a la parada de peluches y a los pocos minutos Trev aparece a mi lado con su compra en mano. Aprieto la mandíbula con fuerza y no puedo evitar darle voz a los pensamientos que me reconcomen por dentro.

—No lo entiendo Trev. ¿A qué demonios estás jugando? ¿Cómo se te ocurre gastarte ese dinero en mí?

—Creía que el peluche gustaba —me responde sin más.

—Sí, pero lo nuestro es una farsa, ¿recuerdas? No tenemos que llevar las cosas hasta el punto de hacernos regalos. Y menos regalos de 150 dólares.

Sigo caminando hasta que encuentro un banco libre y me dejo caer en él. Trev no tarda en hacer lo mismo.

—Entonces… ¿Quieres que devuelva tu regalo? —me pregunta al cabo de un momento—. Si te soy sincero no creo que Dolly se sienta muy bien con eso.

Le dirijo una mirada extrañada.

—¿Dolly? ¿Quién es Dolly?

—Dolly la oveja. —Me pone el peluche delante de la cara y no puedo evitar sonreír con incredulidad.

—Ah, ¿así que ya la has bautizado?

—Pues sí.

—Menudo nombre más original.

—¿Qué pasa? A mí me gusta —espeta—. Y tienes que saber que le va a doler mucho sentirse rechazada.

—¡Oh! ¿En serio? Pues dile a tu amiga Dolly que no se lo tome a mal. Porque el problema no lo tengo con ella sino contigo.

Trev suspira de forma teatral y le dedica una mirada apesadumbrada a la oveja.

—Muy bien, pues qué se le va a hacer, Dolly. Estoy seguro de que pronto encontrarás otro

dueño que sí te valore como mereces.

Dicho esto, se levanta con la oveja en mano y cuando me doy cuenta de que tiene intención de devolverla, me levanto también y le pido que se detenga. Acto seguido, salvo la distancia que nos separa y se la quito de las manos.

—Creía que habías repudiado a Dolly—apunta Trev.

No tengo que mirarle para saber qué está sonriendo.

Yo también sonrío con la vista del peluche. Dolly la oveja es tan adorable que no voy a dejar que nadie nos separe en la vida.

—Ya te he dicho que el problema no lo tengo con ella, sino contigo.

—¿Eso significa que no me vas a dar las gracias?

Ignoro la pregunta de Trev y seguimos paseando sin rumbo fijo hasta que pasamos por delante de otra parada que me llama la atención.

En ella venden ropa y complementos tejidos con lana gruesa. Me fijo en las bufandas de colores variados que hay expuestas sobre el mostrador y al instante tengo una idea.

—Toma, sujeta a Dolly un momento —le pido a Trev y me acerco al puesto para examinar las bufandas.

Me las quedo mirando y tras dudarlo unos segundos decido comprar la blanca. Se lo digo al vendedor, pago, y regreso junto a Trev.

—¿Has comprado una bufanda? —me pregunta él con la vista puesta en la bolsa.

—Sí. De hecho es para ti.

—¿Para mí?

—Sí. Como pago por el peluche.

Trev sonríe con picardía.

—Vaya… ¿Así que las bufandas también valen 150 dólares? Desde luego en este pueblo saben cómo generar beneficios.

—Bueno, en realidad no era tan cara, pero ya es suficiente para que mi conciencia se quede tranquila. —Saco la bufanda de la bolsa, la doblo por la mitad y me pongo de puntillas para colocarla sobre el cuello de Trev.

A continuación, introduzco los extremos por el orificio que queda y hago un nudo francés. Como ya esperaba el blanco es el color de Trev. Contrasta con su pelo oscuro y eleva al infinito la luminosidad de su piel.

—¿Qué tal me queda? —me pregunta él al cabo de unos segundos.

Tiene sus ojos rasgados fijos en los míos y me resultan tan fascinantes que se me hace difícil apartar la vista de ellos. Hasta que me doy cuenta de que mis manos todavía están sujetando los extremos de la bufanda y doy un paso atrás.

—No está mal —me limito a decir, con la esperanza de no haberme ruborizado, y recupero el peluche—. Vamos a comer. Me muero de hambre.

Capítulo 8

Ellie

Llevo a Trev a uno de los bares menos concurridos del pueblo donde nos preparan un bocadillo ligero, y después de descansar un rato nos dirigimos a las afueras. Allí es donde se imparten la mayoría de actividades. Además Trev me ha dicho que le hacía ilusión ver la demostración de esquilado y no he podido negarme. Nos acercamos al cercado improvisado, donde mi padre está realizando la exhibición junto a otros voluntarios, y nos colocamos en un hueco libre.

Tengo que reconocer que siempre me ha maravillado la rapidez con la que los ganaderos les cortan el pelaje a las ovejas. Una eficiencia que es muy necesaria teniendo en cuenta que en la época de esquilado suelen pasar por sus manos cientos de animales. Primero nos hacen una demostración con las máquinas de corte que se usan ahora y luego con unas tijeras grandes a la antigua usanza. A continuación, nos dan unas cuantas nociones sobre el proceso al que se somete la lana. Y para terminar responden a unas cuantas preguntas del público.

Una vez acaba la demostración le pregunto a Trev que más quiere hacer y para mi sorpresa elige ir a pasear por las inmediaciones de mi antiguo instituto.

—¿Por la zona de mi instituto? —repito incapaz de esconder mi asombro—. ¿Qué quieres ver allí? No hay nada que salga fuera de lo común.

—Ya me imagino, pero ya que he venido de turismo a Bright Valley quiero tener la estampa completa. Además, no es nada raro que me haga ilusión ver los lugares que frecuentaba la mujer que amo.

Ruedo los ojos y cuando me quiero dar cuenta Trev ha entrelazado los dedos de nuestras manos.

Arrugo la frente en respuesta.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? Tu padre nos está mirando. Tenemos que demostrar afecto o de lo contrario sospechará. —Sigo la dirección de su mirada para comprobar que, en efecto, mi padre nos está observando.

—Ay, Dios —murmuro saludando a mi padre con una sonrisa impostada—. No sabes las ganas que tengo de que acabe este fin de semana.

Trev también sonríe y le envía un saludo.

—Créeme, lo sé

Diez minutos más tarde ya estamos recorriendo el camino que conecta el pueblo con mi instituto. También se puede llegar bordeando la carretera principal, pero siempre he preferido venir por este sendero porque es mucho más tranquilo. Además, no recordaba que por estas fechas las plantas y los arbustos están en plena floración y resulta muy agradable pasear por aquí. En un momento dado me fijo en Trev parece muy concentrado. Como si se estuviera empapando de todo lo que nos rodea, lo cual no deja de sorprenderme. También me resulta un poco extraño que siga llevando la bufanda que le he regalado. Hoy no hace frío, además que ya llevamos un rato caminando y a mí me está empezando a sobrar la chaqueta.

Decido preguntarle al respecto.

—Oye, ¿qué diantres haces todavía con la bufanda puesta? ¿No tienes calor?

Trev se encoge de hombros.

—Pues la verdad es que sí, pero no me quitaría esta bufanda tan valiosa por nada del mundo. ¿Cuánto has dicho que costaba? ¿150 dólares?

Le miro frunciendo el ceño.

—Ey, pero si ya te he dicho que era tan cara.

En los labios de Trev aparece una sonrisa que no consigo descifrar.

—Lo sé. No me refería al valor monetario, de hecho.

Le dirijo una mirada interrogativa, pero él no dice nada más al respecto y al final decido dejar el tema. Seguimos avanzando hasta que llegamos al recinto de mi antiguo instituto. Imagino que deben estar a punto de celebrar algún partido de fútbol porque hay coches aparcados por todos sitios y nos llegan sonidos desde el campo. Aunque no creo que se trate de un partido oficial porque ya no estamos en temporada de fútbol colegial.

—Bueno…, ¿ya has visto todo lo que querías ver? —le pregunto a Trev que ahora mismo parece abstraído mirando hacia al punto de donde provienen los sonidos. Y para mi desconcierto me ignora completamente. Suspiro con fuerza—. ¿Hola? Tierra llamando a Trev —insisto.

Estas últimas palabras parecen hacerle reaccionar por fin, porque parpadea y se vuelve hacia mí.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Te preguntaba si ya has visto todo lo que querías ver. Como puedes observar no hay mucho más que hacer aquí. —Señalo a nuestro alrededor—. A no ser que quieras ir a ver qué están haciendo en el campo.

Vuelve a echar otra mirada rápida en dirección a las instalaciones de fútbol y niega con la cabeza.

—No. Ya podemos volver.

—Genial.

Nos damos la vuelta y empezamos a regresar por donde hemos venido. Pero justo antes de dejar el camino que bordea la carretera principal, un coche que circula en sentido contrario se

detiene a nuestra altura. Enseguida oigo a alguien llamarme por mi nombre.

Por un instante me tenso ante la posibilidad de encontrarme con otro de los cotillas del pueblo, pero cuando descubro que no es el caso respiro aliviada.

Las ocupantes del vehículo son Tiffany Harrington y Sarah Baker, dos antiguas compañeras de clase. Cruzo la calle emocionada y me acerco a la ventana del copiloto para saludarlas. Hacía tiempo que no sabía nada de ellas y nos llevamos muy bien.

Intercambiamos unas cuantas palabras rápidas para ponernos al día y al final, como era de esperar, sus miradas van dirigidas al impresionante espécimen masculino que tengo a mi lado. Así que no me queda otra que seguir con el engaño y presentarlo como mi novio. Pero antes de que hagan más preguntas al respecto me aseguro de cambiar el tema de conversación.

—¿Os dirigís al campo de fútbol?

—Sí. Desde hace algunos años se incluye un partido benéfico en el programa del festival —me explica Sarah—. El de este año es para recaudar fondos para restaurar la antigua iglesia del pueblo. El problema es que todavía no es seguro que se vaya a disputar.

Alzo las cejas.

—¿Por qué?

—Al parecer uno de los jugadores se ha puesto enfermo en el último momento —interviene Tiffany.

—¿Y no han encontrado a nadie más que pueda jugar? —pregunto.

Sarah niega con la cabeza.

—No, precisamente por el festival los pocos que podrían hacerlo no tienen disponibilidad, y ha sido muy repentino como para ponerse a buscar a alguien de fuera.

—Oh. Pues qué lástima —murmuro con un suspiro.

Dicho esto, nos prometemos seguir en contacto y justo cuando nos estamos despidiendo, Trev interviene en la conversación.

—Esperad —dice alzando demasiado la voz y cuando las tres dirigimos nuestras miradas extrañadas hacia él, añade—: Yo puedo jugar.

***

Unas horas más tarde el árbitro señala el fin del partido. Al final se ha disputado según lo previsto y todo gracias a Trev. Madre mía, todavía no puedo creer que se haya ofrecido como jugador. Aunque lo que más me ha sorprendido es lo bien que lo ha hecho. Bueno, en realidad todos los espectadores del partido han quedado impactados ante la destreza de Trev. Su forma de moverse y de atrapar el balón era comparable a la de un jugador profesional y gracias a él su equipo no ha dejado de anotar touchdowns. Tal ha sido el furor que ha despertado entre el público que han acabado vitoreando su nombre y la verdad es que ha sido un espectáculo digno de ver.

Todavía estoy en estado de shock cuando me dirijo a la salida de los vestuarios. Trev no tarda mucho en salir y después de despedirnos de todo el mundo ponemos rumbo hacia casa de mis padres. Como es lógico lo primero que hago es preguntarle por sus habilidades.

—Oye, ¿dónde has aprendido a jugar así? Me he quedado alucinada.

Trev sonríe con la vista puesta al frente.

—En el instituto. Formaba parte del equipo de fútbol.

—Vaya, y ¿por qué lo dejaste? Podrías haberte dedicado profesionalmente. ¿Tú sabes la pasta que gana esa gente?

Trev asiente.

—Lo sé. Pero por circunstancias de la vida tuve que abandonar —me explica y cuando damos unos cuantos pasos más no tardo en percatarme de algo que me hace arrugar la frente.

¿Está cojeando? ¿O solo me lo parece a mí?

Aminoro el paso para poner distancia entre los dos y poder verlo mejor. Entonces no me queda duda alguna de que tiene problemas para caminar.

Regreso a su lado y le pregunto por ello.

—Oye, ¿te has hecho daño durante el partido?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, me ha parecido que estabas cojeando un poco. —Vuelvo a mirar disimuladamente sus piernas y cuando alzo la mirada me doy cuenta de que su semblante se ha ensombrecido.

Traga saliva de forma visible y cuando vuelve a hablar noto que el tono de su voz también ha cambiado.

—La cojera que ves no tiene nada que ver con el partido. Es fruto de una antigua lesión.

—Oh… —musito algo desconcertada por su cambio de actitud y antes de que tenga tiempo de decir nada más nos sobresalta el bocinazo de un coche.

Cuando pasa por nuestro lado reduce la velocidad y sus ocupantes se asoman por la ventana para aclamar a Trev. Este les responde vitoreando al mismo compás y alzando el brazo en señal de victoria.

Sonrío agradecida de que haya vuelto a su estado alegre y despreocupado. No sé qué tipo de lesión debió sufrir en el pasado, ni si esa es la causa de que dejara de jugar al fútbol, pero está visto que lo mejor es que no le pregunte más por ello. Además, Trev y yo solo estamos unidos por una relación comercial y compartir nuestras intimidades queda totalmente fuera de lugar,

¿verdad?

Extracto de la carta n.º 8

De *Goyo* para *Soli*

¿Y dices que sueñas en ser escritora? Ojalá algún día tu sueño se haga realidad. Desde luego, talento no te falta.

Respecto a mis sueños, lamento decir que poco puedo contarte sobre ellos, *Soli*.

No es porque no quiera, es que no los tengo. Me he quedado sin ellos.

Si me hubieras preguntado hace unos meses, antes de que mi mundo se viniera abajo, te hubiera dicho que mi gran sueño era el de convertirme en jugador de fútbol profesional. Tenía el talento y algunas ofertas de universidades importantes para que jugara en sus equipos.

Pero ahora, es imposible que pueda volver a practicar este deporte que tanto amo. Ni siquiera es seguro que pueda volver a caminar con normalidad.

Así que, lo siento, no puedo hablarte de mis sueños.

Aunque, ¿sabes una cosa? Tus cartas hacen que la ausencia de sueños sea más fácil de sobrellevar.

Quién hubiera dicho que una carta pudiera ser tan íntima como un abrazo.

Capítulo 9

Trevor

—¿En serio vas a dormir en el suelo? —pregunta Ellie agrandando los ojos mientras me observa coger un cojín y acomodarme sobre la alfombra rosa de su habitación, al lado de la cama.

Guiñándole un ojo, respondo a su pregunta:

—Bueno, no es que tenga muchas más opciones, ¿o es que prefieres que duerma contigo? A mí no me importa.

Las mejillas de Ellie se tiñen de rojo y niega con vehemencia, en un gesto tímido y adorable que me hace sonreír.

—Puedo pedirles a mis padres que te preparen la habitación de invitados —musita, desviando sus ojos hacia la ventana, a través de la cual se ve la oscuridad total de la noche. Está sentada en el tocador, con un turbante con orejitas de gato en la cabeza, la cara limpia de maquillaje y un neceser enorme entre las manos.

Hace rato que ha anochecido y que nos hemos despedido del señor y la señora Woods después de una agradable cena donde Nancy ha sacado a colación la palabra «boda» un total de once veces. Ellie no sabía dónde meterse, pero a mí me ha hecho gracia el deseo ferviente que tiene esa mujer de casar a su hija. Se llevaría bien con mi abuela, que desde que cumplí los 25 no hace más que preparar encuentros fortuitos con las nietas de sus amigas para ver si me consigue una esposa.

—Eso les haría sospechar, ¿no te parece? Sería raro que siendo pareja durmiéramos por separado. Además, no somos unos niños. Y tu madre ha dicho: «Si hacéis ruido esta noche, no os

preocupéis, nosotros dormimos como dos lirones y no nos enteraremos de nada».

—Ay, Dios. Calla, no me lo recuerdes. —Ellie se tapa la cara, con las mejillas aún más rojas —. Siento que tengas que pasar por esto. Mis padres pueden ser un poco…

—¿Cabras locas? —Acabo yo por ella, acordándome de un término que Ellie usó una vez en una de sus cartas. Ellie asiente y yo hago un movimiento con la mano para restarle importancia —. Tus padres son geniales.

—Eso lo dices porque te pago para que los aguantes.

—Cierto. Aunque pensaría lo mismo si no lo hicieras.

Ellie hace una mueca con los labios, como si dudara de mis palabras, y luego procede a abrir el neceser y sacar el contenido: un montón de botecitos de todo tipo de formas y tamaños que alinea con dedicación sobre el tocador. Veo su reflejo a través del espejo.

—Puedo bajar al salón, dormir en el sofá y regresar antes de que mis padres despierten —propone, abriendo uno de los frascos. Deja caer unas gotas de líquido en la palma de la mano y empieza a darse pequeños toques en la cara.

—No es necesario. En Corea es común que la gente duerma en el suelo, así que no te preocupes por mí.

—Es verdad. Cuando lo veo en las series me explota la cabeza. Si yo durmiera en el suelo me pasaría tres semanas sin poder moverme. —Cambia de frasco y repite la operación.

—Es cuestión de costumbre. Según mi abuela, es beneficioso para la espalda y la postura. Por eso siempre que me quedo a dormir en su casa me obliga a hacerlo en el suelo.

—No debes gustarle mucho a tu abuela —bromea.

—Para nada. Soy su nieto favorito. Aunque también soy el único.

Ellie se ríe un poco mientras sigue aplicándose productos en el rostro. Me quedo fascinado

mirándola masajear frente y mejillas.

—¿También eres fanática del K-Beauty?

—Por supuesto. Nunca me voy a dormir sin hacerme antes un *skincare* siguiendo la rutina coreana.

—¿Y son necesarias tantas cosas para eso?

—¿Bromeas? —Se gira para mirarme con los ojos entrecerrados—. Este solo es el kit de emergencia. En casa tengo muchas más. ¿Acaso tú no usas?

—No, más allá de la crema hidratante.

—¿Qué? —Sus labios se fruncen en un mohín—. Te odio. ¿Cómo puedes tener un cutis tan perfecto sin esfuerzo?

—Supongo que he sido bendecido con una genética impecable.

Ellie rueda los ojos reprimiendo una sonrisa y vuelve a sentarse bien. Sigue aplicándose cremas un rato, y cuando termina, lo guarda todo, saca una carpeta de la maleta, se sienta con las piernas cruzadas en la cama y pregunta:

—¿Te importa si trabajo un rato?

—No, para nada —digo mirando con interés el fajo de hojas que saca de la carpeta.

—Me imprimí la novela que estoy escribiendo —explica al percibir mi mirada curiosa—. Estoy en un bloqueo creativo y quiero ver si releyéndola me inspiro de nuevo.

Asiento con un movimiento de cabeza, preguntándome una vez más que tipo de novela debe escribir. Quiero preguntarle, pero algo me dice que no soltará prenda. Estiro el cuello para ver si consigo leer algo en las hojas impresas, pero al percibir mi movimiento, Ellie las aparta y me lanza una mirada de advertencia.

Dándome por vencido, suelto un suspiro y paseo mi mirada por la habitación. Este sitio es como siempre imaginé: dulce, cálido, y un poco caótico. Caótico porque hay muchas cosas en él, no porque esté desordenado. Siempre pensé que Ellie era ese tipo de chica que acumula las cosas que le gustan como tesoros. No me equivoqué. Posters de K-Pop en las paredes, fotos en un corcho y un montón de material de papelería ordenado en cubetas sobre el escritorio. También tiene dos estanterías repletas de libros, estanterías que llaman mi atención.

—¿Puedo coger uno? —Señalo las estanterías y ella sigue mi mirada hasta ellas—. Me refiero a un libro. Me gusta leer antes de dormir.

—Claro, aunque no sé si encontrarás nada que te sirva. La mayoría de libros son de cuándo iba al instituto.

Me levanto del suelo y procedo a analizar el contenido de las estanterías. Hay muchos clásicos: *El guardián entre el centeno* de Salinger, *1984* de George Orwell o *Moby Dick* de Herman Melville.

Finalmente, opto por *A sangre fría* de Truman Capote, una obra que he deseado leer desde que vi su adaptación cinematográfica. Al sacar el libro del estante, golpeo por accidente una caja de latón que cae al suelo con un estruendo metálico, esparciendo todo su contenido.

Me pongo de cuclillas para recogerlo y la disculpa se queda atascada en mi garganta cuando reconozco los sobres amarillentos que se amontonan sobre el viejo parqué. Mi sistema se congela y mi mirada se encuentra en la distancia con la de Ellie, que tarda alrededor de tres segundos en reaccionar. Sale de la cama de un salto apresurado, dejando caer los folios que sostenía, y corre a mi lado.

—Lo… lo siento —consigo decir, con la voz algo tomada por la emoción. Porque las cartas amarillentas que aguardaban en esa caja de latón son las que yo le escribí hace ya una década.

—No pasa nada, estas cosas pasan.

Nuestras manos chocan al intentar recoger la misma carta. Mis dedos atrapan los suyos, y el tacto cálido de su piel me provoca una sacudida eléctrica. Aparto mi mano al instante y nuestros ojos se encuentran de nuevo. ¿Ella también lo ha notado? Algo me dice que sí, pero enseguida vuelve a su tarea, sin detenerse hasta tener todas las cartas a buen resguardo.

Nos levantamos del suelo a la vez. Ella deja la caja de nuevo en su sitio y yo soy incapaz de mantener la pregunta que me late en la boca guardada:

—¿Quién es *Goyo*?

Los ojos de Ellie tiemblan un poco, desvía su mirada de la mía y se muerde el labio, claro indicativo de que mi pregunta la ha incomodado. Y sí, sé que soy un cabrón por preguntarle algo así sabiendo la respuesta. Pero el hecho de que haya conservado las cartas ha despertado en mí un sentimiento nuevo. Algo parecido a la esperanza. La esperanza de que, a pesar de lo que hice, no me odie.

—*Goyo* fue mi primer amor.

Sus palabras me azotan de una manera tan intensa que me cuesta mantenerme imperturbable a pesar de que dentro de mí se ha desatado un festival de fuegos artificiales. ¿Yo fui su primer amor? Nunca me lo dijo. ¿Cómo se sentiría al saber que ella también fue el mío? Mi primer amor.

—Vaya, ese es un título importante —musito, con la boca seca.

Ella vuelve a sentarse en la cama. Agrupa los folios esparcidos y habla sin mirarme.

—Supongo que lo es, aunque ha pasado mucho tiempo desde que nos enviamos la última carta. —Hace una mueca—. No llegamos a conocernos en persona. Aunque, ¿sabes una cosa? Era de ascendencia mixta como tú, coreano y estadounidense. Por eso el nombre de *Goyo*, es la romanización de la palabra «silencio» en coreano. —Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa triste—. Es raro, ¿no? Que mi primer amor sea alguien al que nunca llegué a ver ni tocar.

—¿Importa eso? Una carta puede ser tan íntima como un abrazo.

El ceño de Ellie se frunce.

—Vaya. *Goyo* dijo exactamente lo mismo en una de sus cartas.

Mierda, ¿dije eso? Nervioso, vuelvo a sentarme sobre la alfombra, a los pies de la cama, con el libro que he elegido de la estantería. Hablar con ella es igual de peligroso que caminar por un campo de minas. Es lo malo de no recordar todo lo que conté y dije hace diez años.

—¿Y qué pasó entre *Goyo* y tú? ¿Por qué dejasteis de escribiros cartas? —Cambio de tema.

Ellie encoge los hombros con suavidad. La melancolía se adueña de su rostro y los fuegos artificiales cesan al instante. El tiempo de pirotecnia ha terminado. Está claro que hablar de esto le remueve por dentro tanto como a mí.

—Preferiría no entrar en detalles. Supongo que lo nuestro nunca fue destino.

Quiero gritar que se equivoca, que sí lo fue. Que lo fue entonces y que lo es ahora. Que solo el destino explica porque un niño cruzó sin mirar una carretera en busca de una pelota, obligando a Boris a dar un volantazo y llevarse por delante a Rhys. Que solo el destino es culpable de que yo fuera a buscarla en su nombre y acabara convertido en su novio de alquiler. Pero me muerdo la lengua porque yo no soy *Goyo*. Para ella solo soy un hombre al que paga por horas para que finja ser un novio perfecto frente a sus padres.

Capítulo 10

Trevor

Con el humor cambiado, me tumbo en el suelo y empiezo a leer el libro, aunque, no me concentro una mierda. Ellie está con lo suyo y parece tan tranquila que me molesta. ¿De verdad puede ponerse a trabajar después de lo que hemos hablado? ¿Después de haber hablado de *Goyo* y las cartas?

Tras haber leído la primera página de *A sangre fría* un total de cinco veces sin éxito alguno, resoplo, dejo el libro a un lado y me dispongo a jugar al Candy Crush en el móvil. No sé cuántas pantallas he conseguido pasar cuando algo llama mi atención debajo de la cama. Es una hoja. Debe habérsele caído a Ellie antes, cuando ha saltado de la cama para ayudarme a recoger las cartas.

¿Es de su novela?

No puedo evitar ceder a la tentación y empezar a leer. La curiosidad me mata.

Cuando los ojos rasgados de Min Ho me atrapan, sé que ya no podré escapar. Estoy rendida a él y a esta pasión desbordante que me quema las entrañas. Min Ho me besa con pasión, metiéndome la lengua hasta el fondo de la boca como si quisiera devorarme entera. Mi espalda choca contra la pared y enredo una mano tras su nuca mientras que la otra se cuela por debajo de la camiseta y le acaricia la espalda.

Min Ho me aprieta contra él, haciéndome consciente de su miembro generoso, duro y preparado para mí. Quiero metérmelo en la boca. Quiero lamer su erección hasta que…

—Pero ¿qué? —exclamo, agrandando los ojos y llevándome una mano a la boca.

Mi voz sorprendida ha retumbado en la habitación llamando la atención de Ellie, que al ver lo que tengo entre las manos suelta un grito ahogado. Antes de que pueda reaccionar, se acerca al borde la cama para intentar quitarme el papel, pero como yo muevo el brazo esquivando su mano, ella pierde el equilibrio y cae sobre mí .

A plomo.

Se me escapa un grito de dolor, a ella otro de frustración, y nos miramos a los ojos unos segundos. Estamos muy cerca, sus labios y los míos prácticamente se rozan y respiramos el mismo aire.

No sé cuánto rato nos quedamos así, pero me parece una eternidad. Y para muestra, la forma en la que noto tensarse mi entrepierna dentro del pantalón de deporte ante este contacto sostenido. Porque Ellie es cálida, pequeña y mi cuerpo la recibe con entusiasmo. Mierda, a este paso va a empezar a notar la misma dureza que la protagonista de su historia con Min Ho.

—Creo que… deberías moverte —sugiero.

—Ah… Sí. —Se levanta con torpeza, evitando mirarme. Se ha sonrojado tanto que el rubor le sube hasta por las orejas. Aprovechándose de mi descuido, me quita la hoja de la mano y se sienta de nuevo en la cama—. No debiste leerlo. —Le echa un ojo y al ver lo que está escrito suelta otro grito, esta vez uno histérico que probablemente haya despertado a todos los seres vivos presentes a 1 kilómetro a la redonda.

—¿Ese Min Ho está basado en una persona real o solo es un producto de tu imaginación? —pregunto, incapaz de aguantarme más rato la sonrisa.

Ellie me lanza una mirada asesina, enrolla el papel que tiene entre las manos y empieza a golpearme con él en la cabeza. Me deshago en carcajadas mientras ella me llama entrometido, chismoso y traidor.

Me cuesta un poco calmarla, pero cuando lo consigo, me mira con ojos acusadores.

—Así que escribes porno —suelto sin más—. Por eso tanto secretismo.

La mano de Ellie vuela hacia mi cabeza asestándome un nuevo golpe en la cabeza con el papel enrollado.

—¡No escribo porno! Escribo novela romántica.

—Pues la forma en la que Min Ho besaba a la chica no me ha parecido demasiado romántica.

—¿Puedes dejar de mencionar al protagonista de mi historia? Me estás haciendo sentir incómoda.

—Lo siento, es que ha causado un gran impacto en mí leer algo así.

—En ese caso, debiste haber dejado de leer antes.

—¿Qué? Ni de coña. Lo único que lamento es no haber podido terminar, tenía curiosidad por ver lo que hacía la protagonista a continuación. —Cuando veo a Ellie levantar el brazo con intención de volver a asestarme con la hoja, levanto las manos en son de paz—. ¡Era broma! No es necesario que te pongas violenta.

—Ni se te ocurra contarles nada de esto a mis padres —me advierte muy seria.

—¿Por qué? ¿Te avergüenzas de lo que escribes?

—No es eso… —suspira con un movimiento negativo de cabeza—. No se trata de lo que escribo. Pero a estas alturas ya los conoces lo suficiente como para saber que, de enterarse de que escribo novelas, lo gritarían a los cuatro vientos. Son incapaces de guardar un secreto. Incluso si yo les pidiera por favor que no dijeran nada a nadie, en dos días ya lo sabría todo el pueblo. Y mi anonimato se iría a la mierda, cosa que no quiero.

—Entonces, ¿escribes desde el anonimato?

Ellie asiente con vehemencia.

—Y es un privilegio que no quiero perder.

—No lo entiendo, creí que todos los autores querían darse a conocer para conseguir fama y reconocimiento. O para alimentar su ego.

—Ese es el caso de muchos, pero no el mío. Me gusta estar en casa tranquila, escribiendo sin presiones y sin tener que rendir cuentas a nadie. Veo a algunos compañeros agobiados con firmas y presentaciones y me doy cuenta de lo afortunada que soy. Y no es que me hayan faltado oportunidades, he recibido ofertas de editoriales prestigiosas para publicar mis novelas, pero… no todos tenemos delirios de grandeza.

Ellie parece muy segura con su postura, pero algo me dice que detrás de sus palabras se esconde algo más. Indago un poco.

—¿No será que tienes miedo?

—¿Miedo?

—De salir de tu zona de confort.

Ellie lo piensa unos segundos y se limita a encogerse de hombros, con suavidad.

—Quizás en parte. Pero ¿y qué? Salir de la zona de confort está sobrevalorado. Es como todo ese positivismo tóxico que tan de moda se ha puesto hoy en día: «si quieres puedes» o «si puedes soñarlo, puedes hacerlo». Pues mira, no. Por mucho que quiera medir 10 centímetros más, eso es algo que no va a pasar nunca. ¿Y qué me dices de mi viaje soñado a Seúl? Sueño con él todo el tiempo y nunca sucede. Pues lo mismo ocurre con todo eso de que salir de tu zona de confort es bueno y blablablá. —Mueve la mano como si espantara un mosquito—. Tonterías. ¿Quién te asegura de que no te acabas dando un batacazo si lo haces?

No insisto más sobre el tema, es obvio que tanta resistencia tiene como origen algo profundo

e íntimo que no vamos a tratar aquí en dos minutos de conversación.

—Entonces, ¿esa es la historia con la que estás bloqueada? —pregunto, cambiando de tema.

Ella asiente, haciendo un mohín.

—Creo que es por mi falta de inspiración en la vida real. Hace demasiado que no tengo una cita. Desde que rompí con mi ex, no he vuelto a salir con un hombre, y supongo que al final eso me está pasando factura. ¿Cómo voy a escribir sobre algo que hace tanto que no experimento? Por no hablar del sexo. El pobre Min Ho está teniendo el sexo más mediocre jamás escrito en una novela romántica. —Al darse cuenta de lo que ha dicho, se lleva una mano a la boca avergonzada—. Perdón, he vuelto a hablar demasiado. Seré bocazas. Creo que los genes de mis padres están más presentes de lo que yo creo.

Hago un gran esfuerzo para no reírme.

—¿Y desde cuándo estás con este bloqueo?

—Desde hace un mes, más o menos. Antes me inspiraba un montón viendo K-Dramas, pero ahora ni eso. Lo único que consigo con esas series es que mis expectativas en el amor y los hombres sean inasumibles.

—¿Y no has probado a tener citas para ver si te desbloqueas? Hay muchas aplicaciones para eso hoy en día.

Ella hace una mueca de disgusto.

—Paso. Mi amiga Aria las usa a menudo y solo se cruza con bichos raros. Además, no estoy interesada en conocer hombres ahora mismo. Estoy bien como estoy.

Después de eso, vuelve a sumergirse en la lectura de su historia, como dando por zanjada la conversación, y yo me quedo con las ganas de preguntarle si fue por eso por lo que contrató a Rhys en lugar de buscar un novio real con el que formar una relación sólida y verdadera. ¿Tendrá

algo que ver su ex con todo esto? Recuerdo que durante la cena del otro día su madre lo mencionó y Ellie se negó a hablar de él.

Siempre pensé que Ellie, a estas alturas, ya estaría con alguien que la mereciera. Era impensable que una mujer tan extraordinaria pudiera estar soltera, escondiéndose entre las sombras para que nadie la viera brillar. Sin embargo, yo sé algo que ella aún no sabe. Y es que por mucho que intente quedarse escondida en esa cómoda oscuridad, llegará un momento en el que su luz se volverá tan fuerte y potente que será imposible seguir ocultándola.

Lo sé porque las personas como Ellie no pueden mantenerse ocultas. Las personas como Ellie han nacido para destacar.

Capítulo 11

Ellie

El lunes, después del fin de semana en casa de mis padres, me encuentro en casa, sentada en el sofá, con el portátil entre mis piernas cruzadas, el pijama puesto y las ganas de deshacerme de la historia que estoy escribiendo a base de control + alt + suprimir.

El bloqueo creativo sigue activo, y a este se ha sumado un nuevo motivo de dispersión mental: Trev.

No entiendo como algo que tenía que servirme para aliviar la presión constante que mis padres ejercían para que encontrase novio se ha acabado convirtiendo en una preocupación adicional.

Está claro que pasar el fin de semana junto a Trev en Bright Valley ha sido una de las peores decisiones que he tomado en los últimos tiempos. He ido demasiado lejos en una mentira que no tiene recorrido y estoy pagando las consecuencias.

¿En qué consisten estas consecuencias? En que mi mente se ha dejado confundir y cada vez que intento concentrarme en mi trabajo la imagen de Trev aparece en mi cabeza.

Trev mirando puestos del mercado en el festival. Trev regalándome la ovejita adorable. Trev enlazando sus dedos con los míos. Trev jugando al fútbol como un profesional. Trev tumbado sobre la alfombra de mi habitación. Trev hablando de *Goyo* y del primer amor. Trev riéndose de mí después de leer la página de mi historia. Trev hablándome de sus viajes a Seúl. Fueron tantos los momentos en los que mi corazón empezó a bombear como loco en su presencia. ¿Por qué? Pues no tengo la menor idea. Sé que toda esa química que he notado entre nosotros este fin de semana es impostada, que forma parte de la transacción comercial que nos une, pero parece que

ni esa certeza puede mantener a raya mis divagaciones mentales.

En vistas de que hoy va a ser un día improductivo, decido ducharme, arreglarme y salir a dar una vuelta. No hay mejor antídoto para desconectar que dar pasear y respirar aire puro, aunque esto último es bastante difícil viviendo en Manhattan.

Pido un Uber y me dirijo a High Line, un parque elevado en West Side que fue construido sobre una antigua línea de ferrocarril. Ofrece vistas panorámicas de la ciudad y cuenta con jardines, arte público y senderos para caminar. Es un lugar perfecto para disfrutar de un paseo tranquilo mientras desconectas.

En algún punto del camino me detengo a comprar un café en un puesto callejero, y es entonces cuando me encuentro con la sorpresa. Al meter la mano en el bolso me encuentro las gafas de Trev. Me pidió que se las guardara mientras dábamos una vuelta antes de regresar a la ciudad y olvidé devolvérselas. Elevo la mirada al cielo. Con la llegada de la primavera los días son más soleados, lo que me lleva a pensar que Trev seguro que las necesita. Además, tienen pinta de caras. Todo lo que lleva Trev lo parece, la verdad. Me imagino que la agencia sufragará esos gastos para que su apariencia sea óptima para las citas.

Doy un par de sorbos al café y tras un breve debate interno, decido que es buena idea acercarme donde Trev vive y devolverle las gafas de sol. Ayer cuando nos despedimos frente a su casa me dijo que hoy no trabajaba y no me cuesta nada ir hasta allí. Le mando un mensaje al móvil informándole de mis intenciones y me pongo en marcha.

Cojo otro Uber y al cabo de media hora estoy en Inwood, enfrente del edificio de Trev. La puerta está abierta, así que entro con la esperanza de encontrar su nombre en el buzón ya que no sé en qué piso vive. Para mi desgracia, no hay nombres visibles, así que me quedo indecisa sin saber qué hacer a continuación.

Trev no me ha respondido el mensaje. Pruebo de llamarlo, pero tampoco responde. Entonces, alguien entra en el portal. Se trata de una mujer voluptuosa y afroamericana, de unos

50 años, con el pelo negro enrollado en un moño y cara de pocos amigos. Al verme me mira con desconfianza.

—Si has venido a dejar propaganda, déjame decirte que no se acepta correo comercial en esta escalera. —Me señala un cartel que hay en la pared y yo me apresuro a negar con la cabeza.

—Oh, no, no estoy aquí por eso. Estoy buscando a alguien, pero no sé en qué piso vive.

Me evalúa desde la distancia unos instantes, hasta determinar que he dicho la verdad.

—Si buscas al bombón que vive en este edificio, su piso es el segundo primera. Imagino que estás aquí por él. Los demás pisos están ocupados por octogenarios que apenas pueden moverse. —La mujer se despide de mí con un movimiento rudo de la mano y empieza a subir las escaleras. Yo voy detrás. Si tiene razón, el segundo primera debe ser el piso de Trev.

Cuando llego al vestíbulo, me sitúo frente a la puerta y llamo con los nudillos, ya que no hay timbre. Tras unos segundos de espera, la puerta se abre, pero no es Trev el que está al otro lado. Me quedo cohibida ante la presencia repentina de este extraño. Extraño que, dicho sea de paso, está casi tan bueno como Trev, solo que sin sus ojos rasgados y su cabello moreno. Este hombre tiene el cabello rubio, los ojos azules y un cuerpo de infarto, según puedo adivinar por la forma en la que los abdominales se le marcan en la camiseta. Lleva un cabestrillo y el brazo derecho enyesado.

El chico carraspea y yo salgo de mi mutismo, un poco cortada.

—Estoy buscando a Trev.

—¿Trev?

—Trevor. —El chico me mira unos segundos lleno de confusión y yo decido ser un poco más específica—Soy Ellie, y conozco a Trev del trabajo. ¿Vive aquí? Sé que este es su edificio, pero no me dijo el piso.

—¿Tú eres Ellie? —pregunta sin responder, en lo que parece ser en medio de una gran conmoción.

Yo asiento y enseguida alguien aparece tras este chico. Se trata de un adolescente que se parece al hombre que me mira como si yo fuera una aparición.

—¡Hola! ¿Te gusta cocinar?

—Eh…. —Está claro que el surrealismo aún no ha hecho más que empezar—. No mucho, la verdad. No me desempeño muy bien con los fogones. Estoy buscando a Trevor, ¿le conoces? —pregunto ante el silencio del otro.

—¿Trevor? ¡Oh! Pues claro. A Trevor le gusta mucho la lasaña. El otro día le puse una ración y repitió. ¿Sabías que la lasaña tiene sus orígenes en los antiguos griegos? ¿Y que la lasaña más grande del mundo fue cocinada en el 2012 por un grupo de gente de Polonia y que medía más de 100 metros de longitud?

—Ummmm… —Me quedo sin saber qué decir.

¿Hola? ¿Acabo de caer en una película de David Lynch?

—Pues claro que no lo sabe, y seguro que no le importa. —El chico que ha abierto sale de su mutismo de pronto, aunque parece extrañamiento ansioso—. Perdona, Ellie. Yo soy Rhys, este de aquí es mi hermano Mike —señala al chico que se le parece—, y sí, claro, conocemos a Trevor en esta casa, porque…

—¿Porque le gusta la lasaña? —pregunta Mike.

—¿Qué? ¡No! Oh, Dios, Mike. Déjame hablar, por favor —le pide sulfurado. Luego se gira hacia mí—. Lo que quería decir es que conocemos a Trevor porque vive aquí, claro.

—¡Ah! —exclamo aliviada.

Mike mira a su hermano conmocionado.

—¿Qué? ¿Trevor vive aquí? ¿Desde cuándo? ¿Es por qué quiere comer lasaña a diario?

Yo no entiendo nada y Rhys creo que tampoco, porque coge a su hermano por el brazo, se aleja con él y cuando regresa lo hace solo, visiblemente agobiado. Una gota de sudor le cae por su frente.

—Perdona, a veces a mi hermano le gusta gastar bromas pesadas. —Se tira del cuello de la camiseta, como si esta le estuviera apretando y fuerza una sonrisa—. Pues eso, Ellie, Trevor vive aquí, sí, somos sus compañeros de piso, pero él no está disponible ahora mismo.

—Oh. —Hago un mohín apenado—. ¿Y eso? Me dijo que hoy no trabajaba. ¿Ha salido?

—¿Qué? No, es que… está durmiendo. Sí, eso es. Está durmiendo ahora mismo.

—¿A estas horas? —Miro el reloj, son pasadas las cinco.

—Es que no ha pasado buena noche y se ha echado una siesta.

—Ya…

—¿Quieres que le diga algo cuando despierte?

—Mejor no. —Lo medito unos segundos. Rhys parece majo, pero también está teniendo una actitud de lo más rara. No sé hasta qué punto puedo fiarme de él y darle las gafas de sol de Trev. Además, quiero verlo. Es así de triste y real: me muero ganas de ver a Trev. La idea de irme aquí sin hacerlo me parece desoladora. Así que, tomo una determinación. Sonrío, aleteo mis pestañas y pregunto—: ¿Te parece bien que os haga compañía mientras espero a que Trev despierte?

Capítulo 12

Trevor

Estoy en una reunión con el equipo de investigación alimentaria, cuando el móvil suena en mi bolsillo por enésima vez. Lo tengo en silencio, pero su vibración no ha hecho más que incordiarme desde hace un rato. David, el coordinador, está mostrándome en la pantalla una propuesta de ingredientes para mejorar el sabor de uno de nuestros productos. De hecho, esta mejora continua es uno de los valores con la que se identifica *Daebak*, la empresa que fundó mi padre. Y cuando yo tomé el relevo decidí seguir la misma línea, pero aportando mi toque personal e implementando nuevas estrategias.

Tengo que admitir que no ha sido un camino fácil. Para empezar porque me costó mucho desprenderme del pensamiento de que ser directivo de una compañía de alimentación, no podía compararse con mi sueño de jugar en la Liga Nacional de Fútbol. Pero poco a poco fui perseverando hasta que acabé adorando lo que hago, y podría decirse que ahora no vivo para nada más que no sea ayudar a mi empresa a crecer.

Aunque también tengo que decir que hoy me está costando la vida concentrarme en esa misión. Los acontecimientos de este fin de semana con Ellie no dejan de revolotear en mi cabeza, y por supuesto tampoco me ayuda que mi teléfono no pare de vibrar como un descosido en mi bolsillo.

Joder… ¿Pero qué diablos pasa?

Bajo la cabeza para echarle un vistazo rápido a la pantalla. Tengo varias llamadas perdidas de Rhys y un mensaje sin leer de Ellie. Y algo me dice que ambas notificaciones están relacionadas cuando no deberían estarlo de ninguna manera. Por eso cuando la vibración se

reanuda, pido perdón y contesto al primer tono.

La alterada voz de Rhys me llega en susurros desde el otro lado de la línea.

Y en cuanto comprendo lo que me está diciendo, me excuso ante el resto de asistentes y salgo escopeteado de la oficina.

***

Media hora de reloj es lo que tardo en llegar al barrio de Rhys. Pero esta vez no me dirijo hacia el portal como lo haría una persona normal, sino al pie de la escalera de incendios. Porque en eso consiste el improvisado plan de Rhys. En que trepe por esta escalera oxidada y me cuele por la ventana de su habitación como si fuera un ladrón de pacotilla.

Y como yo no estoy en condiciones de poner objeciones enseguida me pongo por la labor. Subo hasta el segundo piso, me dirijo a la última ventana a mano izquierda, que según las directrices está medio abierta, y entro por ella.

La supuesta habitación de Rhys me recibe con el mismo aspecto austero y pulcro que el resto de su piso. Lo único que sobresale un poco es un espejo con soporte que me encuentro de camino hacia la puerta. Y en cuanto me veo reflejado en él me doy cuenta de que no puedo recibir a Ellie vestido con mi atuendo de ejecutivo. No cuando en teoría acabo de levantarme de la cama…

Maldigo para mí mismo y tras un momento de indecisión me pongo a rebuscar en el armario. Abro varios cajones hasta que doy con lo que parecen pijamas. A continuación, cojo el primer conjunto del montón y no pierdo ni un segundo más en cambiarme de ropa.

Como ya suponía Rhys y yo compartimos talla y altura, pero en cuanto a gustos de

vestimenta no se puede decir lo mismo.

Demonios… ¿Dónde coño habrá comprado este pijama? Es tan ajustado que no deja nada a la imaginación.

Me vuelvo a echar un vistazo rápido con el pensamiento de que ni en un millón de años me habría puesto algo así, y menos para exhibirme delante de la gente. Y después de revolverme el pelo para que mi aspecto quede más convincente, salgo de la habitación.

Tal y como recordaba el dormitorio conecta directamente con el salón, así que al instante dos pares de ojos van dirigidos hacia mí desde el sofá. En los de Rhys percibo alivio que no tarda en ser sustituido por la diversión de verme vestido con su ropa. Y en los de Ellie una expresión difícil de descifrar. No podría precisar si le gusta lo que ve o por el contrario siente vergüenza ajena. Sea como sea, lo que es seguro es que tengo unas ganas inmensas de desaparecer. Pero como ahora mismo esa opción no está disponible, regreso a mi papel y saludo a Ellie con una sonrisa:

—Hola, menuda sorpresa… ¿Qué haces aquí?

Ella continúa observándome con los ojos agrandados hasta que se percata de que le estoy hablando y se levanta de un bote.

—Hola, sí, eh… Lo cierto es que he venido a traerte tus gafas de sol. —Se acerca a mí y tras rebuscar en su bolso las encuentra y me las pasa—. Al final se quedaron dentro de mi bolso. Me preocupaba que las pudieras necesitar.

—¡Oh! Genial, gracias. —Cojo las gafas con el pensamiento de que no las había echado en falta. Tengo varios modelos que suelo dejar almacenados sobre el mueble del recibidor y esta mañana me he puesto otras sin prever lo que estaba a punto de pasar. Me regaño mentalmente por ser tan descuidado—. Me sabe mal que hayas tenido que interrumpir tu trabajo por mi culpa. Si me hubieras dado una dirección podía haber ido yo a recogerlas.

—Tranquilo, no me ha supuesto ninguna molestia. Hoy me he tomado el día libre por falta de actividad.

Ellie esboza una sonrisa irónica e intuyo que su bloqueo creativo no ha mejorado. Me gustaría preguntarle al respecto, pero no puedo hacerlo delante de Rhys. Así que me limito a darle de nuevo las gracias.

—¿Ya te encuentras mejor? —me pregunta entonces. La miro sin comprender y ella se vuelve un momento hacia Rhys—. Tu compañero de piso me ha dicho que has pasado mala noche.

Yo también miro a Rhys en busca de ayuda porque esa parte no me la ha detallado, pero como no dice nada al final no me queda otra que improvisar.

—¡Ah! Cierto. —Me llevo la mano a la boca y finjo que me sobreviene un ataque de tos—. La verdad es que creo he pillado un resfriado. Llevo desde ayer noche con tos, frío y el cuerpo entumecido.

—Vaya, ¿en serio?

—Sí, pero ya me encuentro un poco mejor. —Estiro los brazos para enfatizar mis palabras y antes de que tenga tiempo de preguntarme lo qué está haciendo, Ellie salva la escasa distancia que nos separa y pone una de sus manos sobre mi frente. Luego se lleva la otra a la suya y se queda quieta mientras compara nuestras temperaturas.

—Parece que ahora no tienes fiebre —musita todavía sin moverse y su forma de arrugar la frente me hace preguntarme si es preocupación lo que veo en su rostro. Preocupación dirigida hacia mí.

Porque preocuparse por alguien implica cierto interés. Es decir, que la persona en cuestión te importa, aunque sea un poco. Y si ese es nuestro caso es una buena noticia. Ya no estoy en el

punto de partida.

Una sonrisa se abre paso a través de mi rostro cuando murmuro:

—Supongo que la siesta me ha venido bien.

Ellie me mira y cuando se da cuenta de lo que está haciendo parpadea y baja las manos.

—Lo siento. Ha sido un acto reflejo.

—Tranquila. Agradezco tu preocupación. —Mi sonrisa se amplía a medida que veo como se sonroja—. De hecho, ya que estás aquí, ¿me podrías recomendar algo para la tos?

—¿Para la tos?

Asiento y vuelvo a fingir un tosido para llamar su atención.

—Ummm. Pues a mí lo que me va muy bien es tomar té con miel. Y dejar una cebolla cortada por la mitad cerca de la cama también ayuda mucho. Eso si no te molesta el olor, claro.

—Ajá. ¿Y para el dolor de huesos? —vuelvo a preguntar, pero esta vez no es Ellie la que responde sino Rhys.

—Para el dolor de huesos te tomas un calmante y listo. Joder, tío, deja de hacerte la víctima que solo tienes un resfriado. —Me vuelvo hacia él y entrecierro los ojos con la intención de taladrarlo con ellos, pero ahora su atención está puesta en los sonidos que provienen de la cocina —. ¿Mike cómo van esas hamburguesas? Me muero de hambre.

El mundo se detiene ante mis ojos.

Espera… ¿Mike?

Mierda, es cierto. Estaba tan ensimismado hablando con Ellie que se me ha ido de la cabeza que Rhys vive con su hermano. Y teniendo en cuenta su condición no sé hasta qué punto su presencia puede complicar todavía más las cosas.

—Ya casi están. Solo falta tostar el pan —no tarda en contestar Mike asomándose por la puerta y cuando repara en mi presencia sus ojos se iluminan—. ¡Ey! ¡Hola, Trevor! Me alegro de que tú también te quedes a cenar. Tranquilo que he preparado comida suficiente para los cuatro. Podrás repetir si te apetece. Aunque hoy no he hecho lasaña, lo siento.

¿Los cuatro? ¿Así que Ellie también se queda a cenar? ¿Qué más me he perdido?

—¡Oh! Os ayudaré a poner la mesa —comenta Ellie en tono despreocupado y cuando desaparece por la puerta de la cocina vuelo junto a Rhys.

—¿Cómo es que se queda a cenar? —Mi voz suena como un susurro desesperado.

Rhys se pone de pie y suspira con fuerza.

—¿Tú qué crees? La ha invitado Mike.

—Joder, y si a tu hermano le da por irse de la lengua. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer? Que vas a hacer tú, dirás —gruñe Rhys clavándome un dedo en el pecho—. Todo esto es culpa tuya, así que espabílate solo. Y pobre de ti si la vuelves a cagar. —Me dirige una mirada asesina a modo de advertencia y no tardamos en oír pasos que se acercan.

Pertenecen a Ellie que regresa al salón portando una pila de platos. Nos separamos en el acto y cuando ella vuelve la vista hacia nosotros, nos encuentra interpretando el papel de nuestras vidas.

—Vamos. Te ayudaré a lavarte las manos —le digo a Rhys con una sonrisa impostada mientras le empujo con suavidad por la espalda.

—Gracias amigo mío. ¿Qué haría yo sin ti? —Rhys me devuelve la sonrisa y tras colocarme su brazo sano sobre los hombros, damos unos cuantos pasos y desaparecemos por la puerta que conecta con el lavabo.

Capítulo 13

Trevor

Desde que Ellie se volvió a cruzar en mi camino he vivido muchas situaciones disparatadas, pero sin duda la cena en casa de Rhys se ha llevado la palma. Dios, es que ha sido tan surrealista que por un momento he tenido la sensación de que estábamos jugando al suelo es lava. Me refiero al juego ese en que el suelo se convierte en lava o alguna otra sustancia letal, y si lo pisas, pierdes. Aunque en nuestro caso la lava han sido los temas de conversación en los que no podíamos entrar por el peligro de que Ellie descubriera la verdad. Y con el agravante de que uno de los jugadores de nuestro equipo desconocía las normas del juego, es decir Mike. Con lo cual Rhys y yo nos hemos pasado parte de la cena intercambiando miradas cargadas de tensión hasta que Ellie se ha interesado por la afición a la cocina de Mike. Y a partir de ahí, el chico ya no ha parado de iluminarnos con sus conocimientos culinarios y por fin hemos podido relajarnos. O al menos lo suficiente para no sufrir una indigestión a causa del estrés.

Sea como sea, todo se resume a que estaba deseando sacar a Ellie de ese piso y no he podido respirar tranquilo hasta que hemos salido al rellano y la puerta se ha cerrado detrás de nosotros.

Ella es la primera en hablar en nuestro camino hacia las escaleras.

—Ey, ya te he dicho que no hacía falta que me acompañaras abajo. No te conviene salir a la calle con el resfriado.

—Tranquila, que voy abrigado. —Me ajusto el cuello de la chaqueta de Rhys que me he puesto sobre el pijama—. Es lo menos que puedo hacer teniendo en cuenta que tú me has hecho el favor de traerme las gafas.

Ellie se ríe.

—Uy sí, cualquiera diría que me ha supuesto una tortura. Pero si me habéis invitado a cenar y todo. Y unas hamburguesas muy ricas, por cierto. Tengo que reconocer que ese chico tiene un don para la cocina.

—Pues sí y para memorizar datos curiosos también. Gracias a él estoy aprendiendo más que nunca.

Bajamos y salimos a la calle donde nos colocamos en un sitio visible junto a una farola. Ellie ha pedido un Uber hace cosa de cinco minutos así que no creo que tarde mucho en aparecer.

—Bueno… pues quien iba a decir que al final acabaría disfrutando de la compañía de dos chicos de la agencia *Fake Boy* al precio de uno —bromea Ellie en referencia a una de las cosas que le he dicho durante la cena. Ha sido una manera improvisada de explicar mi relación con Rhys y no es del todo mentira. A fin de cuentas, él sí trabaja en la agencia—. ¿Soy una privilegiada verdad?

Ellie se ríe y me arranca una sonrisa a mí también.

—Totalmente.

—Aunque, ¿sabes que creo? Que quien fuera que decidiera llamar a la empresa con ese nombre no acertó.

—¿Ah, no?

—No. Está claro que debería haberse llamado *Flower Boy* en lugar de *Fake Boy*.

Me rio entre dientes.

—¿*Flower Boy*? ¿De dónde sale eso?

Sus ojos me enfocan con sorpresa.

—¿En serio me estás haciendo esa pregunta? ¿Es que no sabes de donde viene la expresión

Flower Boy?

—Pues no.

—Madre mía, ¿y tú dices que tienes genes coreanos? —Ellie se ríe al mismo tiempo que mi desconcierto aumenta—. Pero si no tienes ni idea de la jerga que usan allí.

—Oye, la jerga que usáis las frikis como tú, dirás. Porque nunca he oído a nadie de mi familia usar la expresión *Flower Boy*. —Me cruzo de brazos y reprimo una sonrisa sin mucho éxito—. A ver… ¿Qué coño significa?

Me quedo mirando a Ellie a la espera de que conteste a mi pregunta.

—Pues… —Se muerde el labio como si estuviera buscando las palabras adecuadas. Tiene la boca en forma de arco y su aspecto es tan rosado y perfecto que me cuesta apartar la vista de ahí —. En resumidas cuentas, la expresión «*Flower Boy*» se usa para referirse a los hombres que son igual de bonitos que una flor. Es decir, guapos, de rasgos suaves y con una piel luminosa y cuidada.

Parpadeo y cuando proceso lo que acabo de oír le dedico una mirada incrédula.

—Ah… Así que, Rhys y yo nos parecemos a una flor. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Básicamente, sí.

—¿Y se supone que eso es un cumplido?

—De los mejores. En Corea se valora mucho la masculinidad suave.

—¿Masculinidad suave? —Alzo las cejas y resoplo—. Pues que quieres que te diga, puestos a alagarme hubiera preferido que usaras otros calificativos más varoniles. Por ejemplo… —Un pitito interrumpe mis palabras y volvemos la cabeza en su dirección.

—¡Oh! Ya está aquí el Uber —dice Ellie—. En fin, me voy a casa a ver si consigo escribir algo de una vez.

—¿Sigues con el bloqueo creativo? —le pregunto antes de que llegue a darse la vuelta.

—Por desgracia, sí. Pero perseveraré, no me queda otra. —Da un par de pasos en dirección contraria y vuelve el cuello hacia mí—. Y tú cuídate esa tos de perro que tienes. Necesitas estar bien para satisfacer a tus nuevas clientas. —Suelta una risita y tras despedirse con la mano se da la vuelta.

Me quedo plantado en el sitio mientras la veo caminar hacia el Uber. Y me embarga una sensación extraña. La certeza de que, si no hago o digo algo ahora, no voy a tener más excusas para verla otra vez. Y no voy a tirar la toalla justo ahora que hemos vuelto a conectar. No puedo permitírmelo. Por eso tengo que encontrar la manera de seguir a su lado. Cueste lo que cueste.

—¡Ellie, espera! —la llamo justo en el momento en el que se dispone a abrir la puerta y mientras voy hacia ella mi mente no deja de trabajar. Tengo que encontrar una nueva excusa para volver a verla y tengo que hacerlo ya.

—¿Qué pasa? —pregunta ella en cuanto me planto a su lado.

—Pues verás… Es que hay algo que quiero decirte. —Cambio el peso de un pie al otro y me paso la mano por la parte posterior de la cabeza.

—Vale, pues dilo rápido porque el Uber está esperando.

—Sí, eh… La cosa está en que… —Sigo pensando de forma frenética y de repente veo la luz—. Se me ha ocurrido una idea para ayudarte a salir de tu bloqueo creativo.

Ellie pega un respingo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Lo único que tienes que hacer es seguir saliendo conmigo. —Sonrío con satisfacción al mismo tiempo que las cejas de Ellie se elevan hasta el infinito.

—¿Salir contigo?

Hago un gesto afirmativo.

—Tranquila que solo me refiero a unas cuantas citas. Ya sabes, para potenciar tu inspiración, documentarte, o como sea que lo llaméis los escritores. ¿No dicen que la experiencia es el motor de la escritura?

—Sí, pero… ¿Qué hay del dinero? Porque me imagino que no me estás ofreciendo tus servicios gratis.

Agito la cabeza.

—No… Quiero decir, sí. ¿Cómo te iba a cobrar?

—¿No vives de eso?

—Bueno, sí. Pero esto lo haría de forma extraoficial.

Ellie se cruza de brazos y me dirige una mirada escéptica.

—¿Extraoficial?

—Sí.

—¿Entonces qué ganas tú con esto?

—Pues… —Hago una pausa mientras pienso en una respuesta creíble y cuando doy con ella la suelto de golpe—. Experiencia. No sé si te dije que no llevo mucho tiempo trabajando como chico de compañía y aunque no te lo creas es un trabajo duro y se espera mucho de nosotros. Por eso a mí también me iría bien tener unas cuantas citas contigo para mejorar. —Ellie se me queda mirando en silencio como si estuviera considerando mis palabras, y para reforzar mi teoría añado —: Es un win—win como dicen los hombres de negocios. Una estrategia en beneficio mutuo. ¿Qué me dices? ¿Me aceptas como muso?

Capítulo 14

Trevor

Después de despedirme de Ellie, regreso al piso de Rhys con una sonrisa impresa en la cara. Todavía no es seguro que ella vaya a aceptar seguir saliendo conmigo, pero me ha dicho que lo meditará. Así que creo que es una buena señal. O al menos es lo que quiero pensar.

Me planto delante de la puerta del apartamento y me dispongo a llamar con los nudillos. Pero antes de que llegue a hacerlo esta se abre de golpe y me encuentro a Rhys con cara de pocos amigos. Es obvio que me estaba esperando y no precisamente para darme una palmadita de enhorabuena en la espalda.

Bajo la cabeza como si fuera un niño al que están a punto de echarle la bronca y cruzo el umbral.

—¿Y Mike? —pregunto en cuanto veo que estamos solos en el salón.

—Viendo un documental en su cuarto —contesta Rhys cerrando la puerta.

Cuelgo la chaqueta en el perchero y al ver que Rhys se deja caer en el sofá arrastro una silla y me siento frente a él. Está claro que tengo que darle una explicación sobre lo que ha pasado, el problema es que no sé cómo empezar.

—Esto… Verás… —empiezo a decir, pero Rhys me interrumpe.

—¿Sabes qué es lo primero que nos enseñan cuando entramos a trabajar en *Fake Boy*? —Niego con la cabeza y él continúa hablando con expresión inescrutable—. Que nunca debemos facilitar nuestros datos personales a las clientas. Y tú no solo le has dado mi dirección a una, sino que…

—Lo sé, puedo explicarlo…

—Espera déjame terminar —me corta él extendiendo el brazo que tiene sano en mi dirección—. Estaba diciendo que no solo le has dado mi dirección a esa tal Ellie Woods, sino que por lo que parece sois mucho más que novios ficticios. ¿Estoy en lo cierto? —Clava su mirada inquisitiva en mí y no me queda otra que darle la razón. A estas alturas ya no puedo esconder que siento algo por Ellie.

—Sí —contesto.

—Muy bien. Entonces reconoces que hay algo entre vosotros.

—Bueno, todavía no. Pero no puedo negar que Ellie me genera curiosidad.

—Oh, ya veo. Te genera curiosidad —repite Rhys y a continuación suelta una carcajada de incredulidad—. Perdona que me ría, tío, pero no sé si sabes hasta qué punto me puede perjudicar tu jodida curiosidad. En *Fake Boy* no tenemos permitido tener relaciones personales con las clientas, ¿lo entiendes? Y, ¿sabes que va a pasar si los de arriba se enteran de esto? Que perderé el trabajo y con él la mayor fuente de ingresos que he tenido en mucho tiempo. —Rhys echa la cabeza hacia atrás y se frota la cara con frustración—. Ya sabía yo que esto no iba a funcionar.

—Pues yo creo que sí está funcionando —le contradigo—. A ver, ya sé que lo de hoy se me ha ido un poco de las manos, y que no debería haberle dado tu dirección a Ellie. Pero insistió en pasar a recogerme para ir al pueblo y pensé que lo más creíble era decirle que vivía aquí —le explico—. Si dejamos de lado este punto todo lo demás ha salido bien, ¿no?

—Oh, sí... Todo ha salido de puta madre —espeta Rhys y señalándose a sí mismo añade—: ¿Sabías que gracias a ti he estado a punto de sufrir un infarto?

—Te creo. Mi corazón ha estado a punto de correr la misma suerte, y varias veces en lo que va de día. —Me echo hacia atrás en la silla y hago una mueca—. Dios, ¿quién iba a decir que llegaría un momento en mi vida en que me vería obligado a colarme por la ventana de un

edificio? Esas escaleras de ahí fuera no son muy seguras. Deberían revisarlas. —Me vuelvo hacia la ventana y cuando regreso a la posición inicial me encuentro a Rhys observándome con una expresión extraña—. ¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿He dicho algo malo?

—No, para nada. Solo me sorprende el concepto que tienes acerca de la seguridad. ¿Qué tal si pruebas a ponerte delante de un coche en marcha? Porque entonces sí que sabrás de verdad lo que es…

—Vale, para el carro. Ya te he entendido. —Chasqueo la lengua y tras echarle una mirada de culpabilidad a su brazo accidentado pregunto—: ¿Cómo llevas la fractura? ¿Te sigue molestando el yeso?

Rhys baja la vista hacia su brazo y toca la escayola sobre la que alguien ha escrito un mensaje. Imagino que Mike.

—Sí, pero no tanto como los primeros días. Supongo que porque la inflamación ha bajado y ya no tengo el brazo tan aprisionado —constata ladeando la cabeza—. Pero no nos desviemos del tema porque todavía tienes que responderme a varias preguntas. Como, por ejemplo, ¿qué va a pasar con el asunto de Ellie a partir de ahora? Porque si te gusta, imagino que tarde o temprano vas a contarle la verdad. Es decir, que no trabajas para la agencia. Y eso nos lleva a la cuestión que más me preocupa. —Entrecierra los ojos y los fija en mí—. ¿Cómo vas a evitar que todo esto me acabe jodiendo?

Inspiro con fuerza mientras intento poner un poco de orden a mis pensamientos.

—Tienes razón, Ellie necesita saber la verdad —musito más para mí que otra cosa. Toda la verdad para ser precisos, pero este último pensamiento me lo guardo para mí. Todavía no estoy preparado para hablarle a Rhys sobre mi pasado con Ellie y no sé si algún día lo estaré—. Pero aún no he encontrado el momento indicado para ello. Sea como sea, quiero que sepas que no dejaré que nada de esto te afecte.

Rhys me dirige una mirada escéptica.

—¿Estás seguro de que puedo confiar en ti? Ya sabes que está en juego la educación de Mike.

—Sí, te lo juro. Ni tú ni Mike saldréis salpicados por esto, y pronto podréis continuar con vuestra vida como si nada hubiera pasado.

Un breve silencio se apodera de la habitación hasta que Rhys asiente con un suspiro.

—Está bien, pero te aconsejo que por el bien de todos, no tardes mucho en decirle a esa chica la verdad.

—Lo sé —contesto aliviado de que hayamos llegado a un entendimiento y cuando me quiero dar cuenta veo que Rhys tiene su mirada puesta en mi ropa. O más bien dicho, en la suya.

—Por cierto, ese pijama que llevas es mi favorito, así que ya puedes ir desvistiéndote.

Me rio entre dientes.

—Tranquilo, que no me lo quedaría ni regalado. Pero como comprenderás no voy a dormir en pelotas.

Rhys se levanta de golpe.

—Espera un momento… ¿Estás insinuando que te vas a quedar a dormir aquí?

—Sí, hoy y unos cuantos días más, si no te importa. El tiempo justo hasta que todo se solucione —le digo dando voz a una de las conclusiones a las que he llegado mientras cenábamos—. Es una mierda, lo sé, pero piensa que dadas las circunstancias es lo mejor. No podemos exponernos a más situaciones comprometidas como la de hoy.

—Joder. ¿Y no crees que deberías pedirme permiso antes de tomar una decisión así?

—Te lo estoy pidiendo ahora.

Nos quedamos los dos inmersos en un duelo silencioso de miradas hasta que Rhys se sienta de nuevo con cara de fastidio.

—Tío, pero ¿tú has visto lo pequeño que es mi piso?

—No te preocupes, me adaptaré —le aseguro—. Y por supuesto también te pagaré una buena suma como alquiler.

Rhys aprieta la mandíbula mientras parece analizar mis palabras una a una.

—Está bien, puedes quedarte —contesta al fin con un suspiro—. A ver como se lo explico mañana a Mike.

***

Media hora más tarde, cuando ya me he lavado los dientes con un cepillo que me ha proporcionado Rhys, entro en su habitación y me lo encuentro extendiendo unas mantas en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto arrugando la frente.

—¿No es obvio? Preparándote la cama.

—¿Qué? —La arruga de mi frente se intensifica—. No pienso dormir en el suelo, tío.

—¿Por qué no? ¿No eres medio coreano?

—Sí, ¿y qué?

Rhys se incorpora y se vuelve hacia mí con los brazos puestos en jarras. Lleva puesto un pijama que al igual que el mío, se ciñe a su cuerpo fibroso. De hecho, ambos conjuntos son tan parecidos, que me cuesta entender que marca la diferencia para que el que yo llevo sea su

favorito.

—¿No soléis dormir en el suelo?

Niego con la cabeza.

—No, no todos los coreanos tienen esa costumbre. Y menos yo que he vivido toda mi vida aquí.

—¿Entonces por qué dormiste en el suelo en casa de los padres de Ellie? —pregunta en referencia a uno de los datos que ella ha soltado durante la cena.

Por un momento me quedo sin palabras.

—Bueno, yo…, lo hice porque soy un caballero. Era lo más correcto dado que solo había una cama individual.

Miro a Rhys que me devuelve la mirada con una de sus expresiones indescifrables y, antes de que pueda determinar lo que está haciendo, se agacha, coge las mantas y pone rumbo a la puerta.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le pregunto mientras le sigo, pero no necesito que me conteste para descubrir la respuesta.

Acaba de extender las mantas sobre el sofá y en este instante las está intentando meter por el hueco de uno de los laterales para que se queden fijas.

—Joder… ¿Pretendes que duerma aquí? —protesto—. ¿En un sofá que no hace ni un metro y medio de largo?

Rhys se encoge de hombros.

—Es aquí o en el suelo. Tú decides.

—¿Y tu cama? Es tamaño *King Size* y cabemos los dos más que de sobras.

Mi comentario provoca que Rhys se ría como si hubiera dicho la idiotez más grande del mundo.

—¿Pero qué dices, tío? Ni de coña vamos a dormir los dos en mi cama.

—¿Qué problema hay?

—Pues que es la ostia de incómodo. ¿Te parece poco?

—Más incómodo me parece este sofá —espeto cruzándome de brazos—. Y no digamos el suelo.

Rhys resopla y se frota los ojos con gesto de cansancio.

—Venga ya, Trevor. No hagas las cosas más difíciles de lo que ya son. ¿No has dicho que te adaptarías a lo que fuera?

—Sí, pero tampoco soy idiota. Y mi descanso no es negociable. —Dicho esto me doy la vuelta y regreso a paso rápido al dormitorio.

—¡Oye te lo digo en serio! ¡Ni se te ocurra meterte en mi cama! —oigo que dice Rhys a mis espaldas, pero yo le ignoro.

Entro en la habitación, salto sobre la cama y me meto dentro con una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 15

Ellie

@jessybookslove. @elliepark nos tienes abandonadas, ¿dónde está la nueva novela que nos prometiste?

@LaurenMoon. ¡Necesito el siguiente libro! Después de *Mi coreano de K-Drama* me quedé con ganas de más. Dijiste que ibas a escribir una novela del mejor amigo de Sun Joon, ¿no?

@betweenbooksandcoffee. @elliepark Necesitamos que el mujeriego de Min Ho encuentre el amor verdadero. No tardes en darnos su historia, porfi.

@DreamsInChapters. ¿Cuándo va a estar disponible la novela de Min Ho?

@LiliLovers. ¡Estoy ansiosa por leer a Min Ho!

Cierro Instagram con los nervios instalados en la base de mi estómago. Tengo 399 comentarios en mi última publicación, y todos ellos me piden lo mismo: saber cuándo voy a publicar la segunda novela de la serie #kdrama, la historia de Min Ho.

Odio no poder ofrecerles una respuesta certera, pero no tengo la menor idea de cuándo este bloqueo creativo desaparecerá. Es la primera vez que sufro uno tan largo.

Fijo mi mirada en la pantalla y releo lo último que he escrito, tras una día entero de trabajo infructuoso:

> Los labios de Min Ho presionan los míos y nos dejamos llevar por el beso, que empieza suave pero enseguida aumenta de intensidad.

> La mano de Min Ho serpentea por mi espalda, debajo de la blusa, y cuando creo que las cosas ya no pueden más que mejorar, la puerta de la casa se abre. Ambos detenemos nuestros movimientos de golpe y buscamos al intruso con la mirada. Una señora mayor, de ojos rasgados y mirada severa, se acerca a nosotros con evidente enfado. Antes de hablar, tira un jarrón que se rompe en mil pedazos al chocar contra el suelo.
>
> Yo suelto un grito ahogado y Min Ho se queda en silencio, visiblemente conmocionado.
>
> —¿Qué te crees que haces niño ingrato? —exclama la mujer, señalándolo—. ¿Así es como me agradeces todo lo que he hecho por ti? ¿Acostándote con otras cuando vas a casarte con la heredera del grupo Sumin en poco tiempo? ¡No voy a permitir que eches a perder un pacto de años por lujuria!
>
> —¿Qué? ¿Vas a casarte? —pregunto llevándome una mano al pecho, presa del shock.
>
> La mujer me mira muy seria.
>
> —Por supuesto que va a casarse, Min Ho está prometido con otra mujer.

Lo único que quiero al leer el texto, es hacerme una bolita y echarme a llorar. Dios, esta trama no se sostiene por ningún lado. En lugar de parecer una historia digna de un K-Drama, parece sacada de una de esas telenovelas con giros de lo más bizarros. No puedo publicar esto. No puedo hacerles esto a mis lectoras. Y tampoco a Min Ho, pobrecito mío, se merecía algo mejor.

Me paso una mano por el pelo, nerviosa, y dejo escapar un gemido frustrado de mis labios. ¿Cuándo empezaron las cosas a torcerse?

Aún recuerdo lo mucho que me ayudó escribir mi primera novela. Acababa de dejarlo con Justin, estaba sumida en la desesperación más absoluta, y lo único que me alegraba un poco los días era ver K-Dramas. Lo primero que escribí fue un fanfic reescribiendo el final de una serie porque no me gustó, y al leerlo, Aria me animó a convertir ese fanfic en una novela. Eso hice, y así surgió *Bajo la lluvia de Seúl*. También fue Aria quién me animó a autopublicar la novela en Amazon. Como yo no quería exponerme, elegí un pseudónimo con mi nombre pero con apellido

coreano, de ahí Ellie Park.

Aria me ayudó con la portada y el marketing, tuve mucha suerte en ese aspecto de tener una amiga del gremio. Y bueno, tuve suerte. La novela se posicionó bien bastante rápido, fue escalando posiciones y llegó a estar entre las diez novelas más vendidas de la tienda Kindle.

Desde entonces he autopublicado muchas novelas, todas ellas con protagonistas coreanos. Creo que eso es lo que buscan mis lectoras cuando leen un libro mío, ya que muchas de ellas son fanáticas del K-Pop, el K-Beauty y los K-Dramas, y lo agradezco, porque así puedo fantasear con esos chicos que me vuelven loca en la pantalla.

Es una lástima que ahora me encuentre atravesando este bloqueo, porque llevaba un ritmo muy bueno, de sacar 4 o 5 novelas al año. Me temo que ese hito no va a repetirse pronto.

En medio de esta maraña de pensamientos confusos, llaman a la puerta de mi habitación con los nudillos. Segundos después, Aria asoma la cabeza.

—¡Hola! Ya estoy aquí, y traigo algo para mejorar tu ánimo. —Me enseña un par de botellas que reconozco al instante.

—¿Soju?

Aria asiente con alegría. El soju es una bebida alcohólica coreana hecha con almidones.

—¿Te parece si nos lo tomamos con la cena? He traído tteokbokki y empanadillas de kimchi. Mientras yo lo preparo todo, tú date una ducha, porque lo necesitas.

Arruga la nariz con desagrado y yo no le contradigo, llevo sin ducharme desde el lunes y estamos a jueves.

—Pensé que un encierro forzoso me ayudaría a despertar a las musas, pero no ha sido el caso. Todo lo que he escrito desde entonces ha sido bazofia pura.

—Oh, venga, seguro que exageras.

—Que no, que hablo en serio. Para lo único que serviría este libro si llegara a publicarlo

sería para nivelar una mesa.

Aria se ríe y niega divertida.

—¡Serás dramática! Anda, vete a la ducha y yo preparo la cena.

***

Media hora más tarde, estamos sentadas en la mesa del comedor disfrutando de esta improvisada cena coreana. Me encantaba el tteokbokki, aunque después apenas pueda dormir por los ardores de lo picante que está. Total, ahora tampoco es que duerma demasiado bien por culpa de la ansiedad que me provoca la falta de inspiración. Bueno, eso y cierta decisión que llevo postergando desde el lunes.

Dejo que Aria hable mientras yo me limito a comer y a beber soju perdida en mis rumiaciones. Me gustaría decir que todas ellas están destinadas a la novela, pero… no. Trev se ha instalado en mi mente como un fiel recordatorio de que existe y de que debo darle una respuesta. Pienso en él y en la calidez y familiaridad que siento cuando estamos juntos. ¿Por qué me resulta tan sencillo estar con él? Me cuesta conectar con las personas en general y los hombres en particular, entonces, ¿por qué con Trev todo resulta tan natural como el hecho de respirar?

Cuando regreso a la realidad me doy cuenta de que Aria me mira fijamente en silencio. ¿Cuándo ha dejado de hablar?

—Vaya, bienvenida de nuevo a la Tierra, Ellie. —Aria esboza una sonrisa burlona y yo me siento fatal.

—Ay, lo siento. He desconectado.

—Me he dado cuenta.

—Perdón. Últimamente tengo muchas cosas en las que pensar.

—¿Lo dices por la novela? Porque estás empezando a obsesionarte y eso no es bueno. La creatividad necesita espacio para respirar, y tú la estás asfixiando con la presión.

—Tienes razón, aunque ese no es el único motivo.

Dejo los cubiertos sobre la mesa y miro a mi amiga con vacilación.

—Hay algo que no te he contado.

Sus cejas se alzan con interrogación.

—¿Qué cosa?

A continuación paso a relatarle los últimos acontecimientos, de los que Aria no sabe nada.

—Así que Trevor quiere ayudarte a encontrar inspiración llevándote a citas, a la vez que él mejora sus habilidades como novio falso. ¿Es así? —Afirmo con un movimiento de cabeza y Aria se ríe un poco—. Suena de lo más descabellado.

—¿Verdad?

—Pero tiene su punto. Es decir, podría irte bien salir un poco y vivir experiencias. Te pasas la vida encerrada en casa. No puedes seguir viviendo la vida a través de los K-Dramas o los libros.

—Lo sé, por eso una parte de mí se muere por aceptar, pero la otra…

—¿Qué pasa con la otra?

—La otra tiene miedo de acabar herida. Trevor es inteligente, sexy y considerado, y, ¡por Dios! ¡Tiene genes coreanos! Es exactamente mi tipo, ¿no es demasiado arriesgado seguir pasando tiempo con él? Un fin de semana fue suficiente para confundirme. No quiero ni imaginarme qué pasaría después de unas cuantas citas.

—¿Quién sabe? Puede que simplemente lo pases bien, o puede que te enamores. Eso solo lo sabrás si te dejas llevar.

—Pero no puedo enamorarme de Trev —le digo un poco exasperada.

—¿Por qué?

—Trabaja como novio de alquiler. No saldría bien. Después de lo que ocurrió con Justin no podría empezar una relación con alguien que se pasea por medio Nueva York del brazo de otras mujeres. Sería un suicidio emocional de primer orden.

Justin me ha dejado muchas cicatrices, aunque, la más visible, es la que atañe a mis inseguridades. Me hirió tanto y de tantas formas, que me hizo sentirme pequeña e insignificante. Es algo que he trabajado en terapia, pero después de pasar por ello sé que una relación con alguien cuyo trabajo consiste en fingir ser novio de otras no funcionaría.

—Bueno, chica, te estás adelantando. No conoces tampoco las circunstancias de Trev. ¿Por qué no empiezas por salir una noche con él y divertirte? Siempre estás a tiempo de pararlo si la cosa se vuelve demasiado intensa o no te gusta cómo se desarrolla. Pero al menos vive el presente.

***

Por la noche, después de hacerme el *skincare*, me tumbo en la cama y pienso en lo que ha dicho Aria hace un rato. Quizás tenga razón. Quizás ha llegado el momento de ser valiente y saltar al vacío.

¿Qué puedo perder?

Necesito inspiración para mis novelas y Trev se ha ofrecido a ayudarme. Tener citas tampoco es tan importante. Todo el mundo las tiene, ¿no? Todo el tiempo.

Así que lo hago.

Salto al vacío:

ELLIE

Acepto tu propuesta. ¿Cuándo te va bien que nos veamos?

Capítulo 16

Trevor

Los nervios trepan por mi estómago cuando Boris me deja en Koreatown, el sitio elegido para mi cita con Ellie. Koreatown, o K-Town, como lo llamamos los neoyorkinos, es un barrio ubicado en Manhattan, y es conocido por la amplia variedad de restaurantes, tiendas y servicios que reflejan la cultura y la gastronomía de Corea del Sur.

He quedado con Ellie en la entrada de Koreatown Plaza, un centro comercial popular también por sus productos coreanos. Desde aquí partiremos a nuestro destino final.

Cuando llego, Ellie ya está esperando cerca de la entrada principal. Me detengo un instante para mirarla en la distancia. Está preciosa, como siempre. Lleva el cabello color caramelo recogido en una coleta y un vestido negro bajo una chaqueta abierta de color camel. Sus piernas se ven aún más increíbles que de costumbre sobre los zapatos de tacón que se ha puesto hoy.

Me llevo una mano al pecho, allí donde mi corazón late como loco. Está claro que este inútil órgano formado por músculo y tejido, tiene memoria, porque la última vez que se comportó de esta manera fue hace 10 años. Cada vez que recibía una carta de *Soli*, el maldito se desbocaba como si acabara de correr 70 yardas para marcar un touchdown.

Ellie fue la primera chica que me gustó de verdad. La primera chica de la que me enamoré. Mi primer amor. Puede que nos comunicáramos solo por carta, pero eso no impidió que conectáramos de verdad.

Una vez, uno de mis terapeutas me dijo que los vínculos creados en momentos traumáticos son más fuertes y sólidos que los demás, y que perduran en el tiempo. Hoy, puedo decir que no se equivocó.

Nada más reencontrarme con ella hace unas semanas, volví a sentirme conectado a ella,

como si el tiempo no hubiera pasado, como si fuéramos el *Goyo* y la *Soli* de esas cartas.

No negaré que tenía miedo a la idealización, porque 10 años son muchos años fantaseando con una persona con la que nunca has hablado cara a cara, pero ese miedo se ha ido diluyendo en cada uno de nuestros encuentros. Porque Ellie es tal como la imaginé y más. Es dulce, inteligente, fuerte y auténtica. Es hermosa, de una forma tan obvia que me quedo anonadado mirándola. No hay nada de ella que me haya decepcionado. Incluso con sus miedos e inseguridades, Ellie me parece perfecta.

No sé qué siente ella por mí. Imagino que existe cierta atracción. Curiosidad, quizás. De lo contrario nunca hubiera aceptado este acuerdo. Además, noto como me mira, y como se sonroja cuando estoy demasiado cerca. Estas cosas se perciben. No soy tonto. Sé cuándo una mujer siente interés por mí. Pero no quiero precipitar las cosas. Con Ellie, cada paso cuenta.

Tampoco debo olvidar que he iniciado todo esto con mentiras. Me muevo entre arenas movedizas. Un paso en falso podría hundirme.

Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos e intento centrarme en la jornada de hoy. He preparado algo especial para Ellie y me muero de ganas de ver su reacción. Respiro hondo y me acerco a ella con una sonrisa.

Los ojos de Ellie se iluminan al verme. Parece no saber cómo saludarme, así que decido yo por ella. Le doy un abrazo, envolviéndola entre mis brazos, y aprovecho este breve contacto para olerle el pelo. No sé qué leches se pone en él, pero huele fenomenal. A coco, cítricos y a algo más.

—Me encanta como hueles. —Doy voz a mis pensamientos.

—Oh, vaya. —Ellie se ríe un poco cuando la suelto. Ahí están esas mejillas sonrojadas que tanto me gustan —. Gracias. Tú también hueles muy bien.

—Siento llegar tarde. El tráfico en Manhattan a estas horas es terrible. —La reunión con el equipo de ventas se ha alargado un poco y no encontraba la forma de escaquearme, pero eso es

algo que no puedo decirle.

—No te preocupes, yo acabo de llegar.

Es obvio que miente para que no me sienta mal. En una carta *Soli* escribió que le gustaba llegar antes a los sitios para anticipar los encuentros. Desde la última vez que nos vimos, fui a casa de mis padres y recuperé la carpeta donde guardaba las cartas de *Soli* en mi antigua habitación para volver a leerlas todas.

—¿Vamos? Nuestro destino espera —propongo, guiñándole un ojo.

Ella asiente y nos ponemos en marcha. Me fijo en los letreros iluminados escritos en hangul. Hace un rato que la noche ha caído sobre la ciudad.

—¿Voy bien? —Ellie señala su atuendo con inseguridad —. No sabía qué ponerme. Como no me has querido decir a dónde vamos…

Hace un puchero adorable y yo me muerdo el labio para no sonreír.

—Es una sorpresa. Si te lo dijera, dejaría de serlo.

—Pero no me gustan las sorpresas.

—Esta te encantará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Apenas me conoces.

Me meto las manos en los bolsillos y me encojo de hombros. Si ella supiera…

—Te conozco lo suficiente.

Antes de que vuelva a rechistar, busco su mano en el espacio que nos separa y entrelazo nuestros dedos. Su tacto es cálido, y me hormiguea en la piel. Ellie se queda un poco cortada, con las mejillas más sonrojadas que antes, y musita, evitando mi mirada:

—¿Es esto necesario?

—Muchas mujeres quieren que les dé la mano cuando finjo ser su novio de alquiler. ¿Te importa? Me ayuda a ponerme en situación.

—Ah, vale. Está bien, entonces —vuelve a musitar con contrariedad.

Durante los siguientes minutos caminamos sumidos en un silencio un poco tenso, pero cuando llegamos a la réplica del muro de piedra del palacio Deoksugung de Seúl, que fue construido en el barrio hace poco, la tensión es sustituida por la curiosidad. Me detengo frente a la puerta de entrada, inspirada en las puertas tradicionales de las casas típicas coreanas, y señalo con la cabeza el cartel que cuelga en el centro.

—¿Me has traído a *K-Drama Experience*? —pregunta Ellie con el aliento contenido.

Asiento y ella deja escapar un grito ahogado. Luego, se tapa la boca con ambas manos, deshaciendo la unión de nuestros dedos, y vuelve a gritar. Me contagio de su emoción y me rio, satisfecho de haber provocado esa reacción en ella.

—Llevo deseando venir aquí desde que abrió sus puertas el año pasado —me explica cuando la emoción se lo permite—, pero no ha habido forma de convencer a Aria para que me acompañara y me daba vergüenza venir sola. ¡Jo! ¡Gracias!

Suelto una carcajada.

—No me des las gracias. Ya te dije que te gustaría.

K-Drama Experience es un centro de experiencias inmersivas basadas en las series coreanas. Se trata de un lugar enorme. Por lo que leí, compraron varios edificios de la zona para poder construir un pabellón en el que instalar todo tipo de salas que recrearan escenarios y situaciones típicas en esas producciones que se han hecho tan populares en el mundo entero.

—Reservé el «pack pareja» para esta noche. —Saco la cartera del bolsillo del pantalón y le ofrezco la entrada que compré ayer por Internet.

Ella la coge, agrandando los ojos y la boca. El centro ofrece diferentes tipos de experiencias, yo me decidí por aquella que aseguraba que nos llevaría a través de ambientes diseñados para parejas.

—¡Pero ese pack es carísimo! Déjame que te abone la mitad. —Hace el gesto de abrir el

bolso, pero yo detengo el movimiento colocando mi mano sobre la suya.

—No es necesario.

—¿Ya puedes permitirte un gasto tan desorbitado? Primero me regalas a Dolly, y ahora esto…

La entrada cuesta 500 dólares. Es cara, sí, pero yo me lo puedo permitir sin problema, porque soy CEO de una empresa importante y tengo una cuenta corriente con varios ceros. Pero el Trev que trabaja en una agencia de novios de alquiler tiene otras circunstancias.

Carraspeo y miento sobre la marcha:

—Lo paga la agencia. Como gasto de… —piensa rápido, joder —, formación. Sí, eso, formación.

—¿Formación? —Frunce el entrecejo.

—Sí, nos ofrece una cuota mensual para formarnos como novios de alquiler. Ya sabes, les interesa tener unos chicos bien preparados. —Se me escapa una risa nerviosa mientras ella sigue mirándome con recelo —. En fin, entremos. Tenemos reserva para las seis, y no podemos llegar tarde o perderemos el turno.

A pesar de seguir mirándome con desconfianza, Ellie asiente y juntos entramos al recinto. Un enorme vestíbulo, decorado al estilo de las casas tradicionales coreanas, nos da la bienvenida. Hacemos cola en recepción y después de que un grupo de chicas accedan a las instalaciones, es nuestro turno.

La mujer, vestida con traje tradicional, nos explica que nuestro pack consta de cinco experiencias. La primera de ellas está inspirada en los K-Dramas históricos, por lo que debemos vestirnos con ropa tradicional para empezar. Tras darnos unas cuantas indicaciones y un folleto, nos señala unos vestidores y nos desea una feliz experiencia con una reverencia.

Ellie y yo nos separamos en las puertas de los vestidores. Ella parece flotar en una nube, y yo… bueno, esto de tener que cambiarme y ponerme ropa ajena no es algo que me entusiasme

demasiado, pero es lo que toca.

El traje tradicional coreano se llama hanbok y consta de varias piezas: unos pantalones amplios y sueltos, una blusa hasta la cintura y un abrigo largo. No es la primera vez que me pongo uno. A la abuela le gusta celebrar el nuevo año lunar con esta vestimenta.

Con ayuda de un empleado, consigo dar con un traje tradicional de mi talla y me lo pongo. Es de color azul oscuro.

Dejo mis cosas en una taquilla del vestidor y salgo fuera. No hay señales de Ellie, así que la espero pacientemente en el vestíbulo. Apenas llevo un par de minutos esperando cuando un grupo de chicas recién llegadas se acercan a mí entre risas y cuchicheos y me preguntan si pueden tomarse una foto conmigo. Creo que me han confundido con uno de los actores del centro. Les digo que sí y me paso los siguientes minutos posando para la cámara mientras las chicas alimentan mi ego sacando a relucir varios de mis atributos.

Una vez consiguen lo que quieren, se marchan y escucho un carraspeo tras de mí. La voz de Ellie le sigue:

—Vaya, sí que eres popular.

Me giro y tardo unos segundos en procesar la imagen que me devuelven mis retinas. Ellie en hanbok. El vestido tradicional para mujeres es parecido al de los hombres, pero en lugar de pantalones consta de falda. La suya es rosa. Y le queda increíble.

—Estás muy guapa —musito, un poco cohibido por lo mucho que me gusta vestida así.

¿Quién diría que el hanbok podía ser sexy?

—Ya que hemos quedado para que aprendas a ser un buen novio de alquiler, te diré que no deberías flirtear con otras mujeres durante una cita. —Parece molesta. Su ceño está fruncido y sus labios un poco apretados.

Reprimo una sonrisa ante este ataque de celos tan mal disimulado.

—Ajá. Vale. Tomaré nota. Aunque no estaba flirteando con ellas. En todo caso, eran ellas

las que intentaban flirtear conmigo.

—En ese caso deberías poner límites y mostrarte inaccesible. Has dejado que una te abrazara por la cintura mientras se hacía una foto contigo. —Lo que significa que ha estado espiando desde la distancia—. ¿Qué eres? ¿Una atracción de feria? —Me mira mal y echa a andar con pasos rápidos —. Vamos, la primera experiencia nos espera.

***

—Bienvenidos al corazón de Joseon, viajeros del tiempo —dice la voz profunda de una actriz que interpreta a una chamana coreana, vestida con su indumentaria tradicional. Estamos a punto de vivir la primera experiencia K-Drama, «Viaje al tiempo de Joseon»—. Aquí donde el pasado se entremezcla con el presente, os espera una misión por cumplir. Al otro lado de estas puertas —hace una breve pausa y señala las puertas que hay frente a nosotros —, encontraréis un palacio que esconde un objeto de inmenso poder: la Llave del Tiempo. Según cuenta la leyenda, esta llave tiene el poder de abrir portales temporales y llevar a quienes la posean de vuelta al presente. Para encontrar la llave tendréis que sortear a los guardias del palacio y pasar otras pruebas para llegar a la cambra real. ¿Estáis preparados para embarcaros en esta emocionante aventura a través del tiempo?

Le decimos que sí con una risita, y cruzamos las puertas. Lo que hay al otro lado nos deja con la boca abierta. Frente a nosotros se alza un palacio de la época Joseon en miniatura, anclado en una especie de patio interior. Divertidos, cruzamos el sendero de guijarros que conduce hasta la entrada y accedemos al interior sin hacer ruido.

Nuestro primer desafío consiste en sortear a unos guardias del palacio que hay nada más entrar. Nos movemos con sigilo entre las sombras, esquivando sus miradas. Moverse con estos trajes no es que sea fácil, la verdad, sobre todo para Ellie, cuya falda se pisa cada dos por tres.

Una música oriental nos acompaña, ambientando la aventura.

Aprovechamos las sombras y los rincones oscuros para mantenernos ocultos y avanzamos en busca de la cambra real que está oportunamente señalizada con flechas amarillas.

A medida que nos acercamos a nuestro objetivo, los obstáculos se vuelven más difíciles. En un pasillo oscuro y estrecho encontramos unas cuerdas que activan una alarma si las tocamos.

—No creo que pueda saltar esas cuerdas vestida de esta guisa —se lamenta Ellie, arremangándose la falda hasta los muslos para estudiar la posibilidad de moverse así.

—Entonces tendremos que arrastrarnos —señalo yo.

Ella se ríe.

—¿Cómo gusanos?

—Como gusanos, sí

Como gusanos, nos deslizamos por el pasillo hasta llegar al otro lado.

Después de eso, nos enfrentamos a una sala en la que hay un laberinto de espejos que distorsionan la realidad. Los reflejos múltiples nos confunden y dificultan encontrar la salida.

—Mira, por fin una versión de Trev que no parece sacada de una revista de moda —dice Ellie con una risita, señalando uno de los espejos, que devuelve mi imagen achatada. Ahora soy bajito y muy rechoncho.

—Pues a mí me gustan todas tus versiones —aseguro fijándome en las mil y una Ellies que se reflejan en este laberinto de cristal.

Ella pone los ojos en blanco y reprime una sonrisa.

Y así seguimos un buen rato: nos enfrentamos a un desafío de lógica, a una sala con plataformas movedizas y a un grupo de guardias salidos de la nada que están a punto de atraparnos. Las risas contenidas nos acompañan a lo largo de esta aventura. Aventura que, reconozco, estoy disfrutando mucho.

Finalmente, después de pasar por un pasadizo secreto, llegamos a la cambra real, el supuesto dormitorio del rey. La decoración es opulenta, y encontramos una puerta cerrada con cerrojo. Imagino que la llave que estamos buscando la abrirá.

—Tú miras en los armarios empotrados, y yo en los muebles —sugiero.

Ellie asiente y nos ponemos manos a la obra. Busco en baúles, bajo la mesa, y en las estanterías, pero nada, no tengo la menor idea de donde debe estar la maldita llave. Ellie también lleva rato buscando dentro de los armarios empotrados de puertas corredizas, y cuando compartimos una mirada desde nuestras posiciones, la frustración es palpable.

Seguimos con la búsqueda y, entonces, un ruido de pasos procedente del exterior nos pone en alerta. Volvemos a mirarnos, esta vez con pánico. Las pisadas están cada vez más cerca. Sin pensarlo demasiado, corro hacia ella y la empujo dentro del hueco del armario que tiene abierto, cerrándolo detrás de nosotros con rapidez. El espacio es reducido, por lo que acabamos en una posición de lo más inesperada: yo sentado sobre unos futones y ella sobre mí, con los brazos rodeando mi cuello. Justo entonces, escuchamos las puertas de la cambra real abrirse y lo que imagino que es un grupo de guardias entrar en ella.

Se me seca la garganta y mi corazón se me pone a mil. La adrenalina ante la posibilidad de ser descubiertos se entremezcla con la inquietud que me provoca tener a Ellie sentada sobre mí. La oscuridad es prácticamente total, pues aquí dentro no llega apenas luz, así que todo se vuelve más confuso. La respiración de Ellie se agita, al igual que la mía. Siento a Ellie por todas partes. Su trasero está pegado a mi regazo, su pecho a mi pecho, y sus brazos siguen aferrándose a mi cuello. Su aliento atropellado me calienta el rostro y mi autocontrol se va al garete. Mi entrepierna se tensa. Mierda, este no es un buen momento para empalmarme. Pero es inevitable teniendo en cuenta que hay demasiadas partes de su cuerpo en contacto con las del mío, y que huele tan jodidamente bien que dan ganas de lamerla para comprobar si sabe tan bien como huele.

Fuera los guardias siguen escuchándose pisadas de los guardias, y la tortura se vuelve cada

vez más insoportable.

Joder, espero que esta agonía termine pronto.

Entonces… algo cambia. No en el ambiente. No entre Ellie y yo. Algo cambia dentro de mí.

La situación que hasta hace unos segundos me tenía al borde de una erección de lo más humillante, se vuelve hostil.

El aire empieza a espesarse y cada vez me cuesta más respirar. Siento una opresión en el centro del pecho y por unos instantes, noto como las paredes del armario se cierran sobre mí.

Reconozco enseguida lo que me está pasando. Es un ataque de pánico. Un ataque de pánico provocado por la claustrofobia que desarrollé después del accidente.

Empiezo a hiperventilar, intento abrir un poco el cuello de la camiseta interior que llevo debajo del traje tradicional, pero eso no parece calmarme.

Y los recuerdos empiezan a sacudirme.

La oscuridad.

El amasijo de hierros encapsulando mi cuerpo como un abrazo mortal.

El humo.

La sensación de asfixia cerrando mi garganta.

El pánico adueñándose de cada fibra de mi ser.

La sangre.

Axel inconsciente a mi lado.

Axel…

—¿Trev? —susurra la voz de Ellie volviéndome de vuelta al momento actual —. Trev, ¿estás bien?

Es solo un hilo de voz apenas audible, pero escucharla me tranquiliza un poco. Con la voz enronquecida, respondo:

—Tengo claustrofobia.

Ellie se remueve un poco.

—En ese caso deberíamos salir, da igual la llave, Trev. Estás temblando.

Tiene razón, tiemblo. Tiemblo y sudo. Todo a la vez. Sin embargo, soy competitivo por naturaleza, no quiero perder este juego. Y los guardias siguen ahí fuera.

—Esperemos un poco, no tardarán en marcharse.

—Pero…

—Estoy bien.

Miento. No estoy bien. Estoy sufriendo un puñetero ataque de pánico, me cuesta respirar y todo mi cuerpo está en alerta máxima. Pero no quiero rendirme, no ahora. No cuando estamos tan cerca de conseguir lo que vinimos a buscar.

Ellie intenta convencerme una vez más. Su voz susurrante llega a mi oído como una caricia aterciopelada. Pero yo me niego de nuevo. Y cuando percibo que está a punto de abrir la puerta ignorando mi petición, se lo evito sosteniendo sus manos con suavidad.

—No, aún no.

—Trev…

—He dicho que no —digo con la voz ronca.

Ellie suspira con desesperación y yo intento poner en práctica las técnicas de respiración que me enseñaron en su día. Cojo aire por la boca, y lo dejo ir despacio por la nariz. Hago esto varias veces, pero descubro desesperado que no funciona. Sigo hiperventilando, con el pulso acelerado y la sensación de asfixia atorándome la garganta. Gruño frustrado y, entonces, la voz de Ellie regresa trayendo con ella algo que no esperaba.

Extracto de la carta n.º 18

De *Goyo* para *Soli*

Tengo ataques de pánico a menudo. Es por el accidente que me trajo aquí. A veces incluso los tengo mientras duermo. Es un momento agónico. El miedo me cierra la garganta y me cuesta respirar. Y lo revivo todo.

¿Sabes lo único que me sirve, entonces? Contar.

Del 1 al 1.000. Y vuelta a empezar.

Concentrándome en el conteo de los números para no perderme ni saltarme ninguno, me olvido de lo demás. Puede que no sea un método científico, pero a mí me funciona.

Capítulo 17

Trevor

—1, 2, 3… —Ellie empieza a contar.

A medida que los números se suceden noto como mi respiración se calma. Contar me ayuda en situaciones estresantes. ¿Cómo lo sabe Ellie? ¿Se lo expliqué por carta? Seguro que sí, es la típica confidencia que compartiría el *Goyo* de entonces con *Soli.*

¿Cómo ha podido ella acordarse? ¿Y por qué lo ha relacionado conmigo?

¿Sospechará que *Goyo* soy yo?

A pesar de que esa duda me inquieta, la crisis de ansiedad empieza a disiparse. Recupero el control de mi respiración y mi corazón late algo más lento. La tensión poco a poco abandona mi cuerpo y siento que ya vuelvo a pensar con claridad.

Fuera se oye el sonido de la puerta al cerrarse y los pasos de los guardias alejarse en la lejanía.

—Ya podemos salir —murmura Ellie con la voz queda. No hace falta decir nada más.

Abro la puerta del armario y salgo escopeteado de él, arrastrando a Ellie conmigo. Una vez fuera, sin volver a cruzar una palabra, seguimos nuestra búsqueda hasta dar con la llave que nos permite marcharnos de aquí.

***

El chisporroteo de la carne asándose en la parrilla nos envuelve. Con unas pinzas, les doy la

vuelta para que se sigan tostando por el otro lado. Estamos en el último ambiente de *K-Drama Experience*, que consiste básicamente en cenar la típica barbacoa coreana en un local que parece sacado de las entrañas de Seúl.

Después de salir de la primera experiencia, hemos ido a la segunda, titulada «EL CEO, la secretaria y el misterio del infiltrado», inspirada en los romances de oficina. Para ello, nos hemos tenido que cambiar otra vez, ya que esta nueva experiencia requería otra indumentaria. Yo me he puesto un traje de CEO, o sea, me he disfrazado de mí mismo en un día normal, y Ellie se ha vestido de la típica secretaria, con una falda de tubo ceñida y una blusa blanca. El reto consistía en descubrir el nombre del infiltrado que intentaba hundir la reputación de la compañía. Para ello teníamos que buscar pistas dentro de una sala decorada a modo de oficina, estudiando documentos, informes y hasta correos electrónicos que pudimos encontrar en un ordenador.

En la tercera experiencia «Paseo bajo la lluvia», hemos tenido que caminar bajo una lluvia artificial, compartiendo un único paraguas, muy al estilo de una de las escenas más icónicas de los K-Dramas. El escenario al aire libre recreaba una calle de Seúl con luces tenues y una música suave de fondo.

La cuarta experiencia, «El cerrojo de nuestro amor», la más corta de todas, consistía básicamente en colocar un cerrojo en el que previamente escribimos nuestros nombres en la réplica de un mirador de la torre Namsan de Seúl, como muestra de amor eterno.

Ahora, en esta quinta experiencia, nos encontramos sentados, descansando después de dos horas de acción ininterrumpida.

—Estoy hambrienta. Nunca imaginé que protagonizar un K-Drama abriera tanto el apetito —dice Ellie, relamiéndose los labios mientras observa la carne casi lista.

La barbacoa coreana consiste en cocinar una variedad de carnes marinadas y verduras frescas en una parrilla situada en el centro de la mesa. Además de la carne, nos han servido kimchi, guarniciones, arroz y hojas de lechuga para envolver la carne asada.

Con una sonrisa, cojo un trozo de cerdo, lo coloco sobre un trozo de lechuga al que añado verduras y kimchi, lo envuelvo y se lo acerco a la boca. Ella mira mi mano con desconcierto.

—Pruébalo, está rico —insisto.

Titubea unos segundos antes de obedecer para que pueda introducir la comida dentro. Sus labios rozan la punta de mis dedos al cerrarse y siento una corriente eléctrica sacudirme de arriba a abajo. Nuestros ojos conectan y nos quedamos atrapados en una mirada que dura demasiado. Al darse cuenta, Ellie rompe el contacto visual y susurra:

—Sí que está rico, sí.

Mi abuela me dijo que en Corea dar de comer a tu pareja es un símbolo de amor. Me pareció muy tonto en su día, pero ahora, me doy cuenta de que hay algo íntimo y sexy en este gesto aparentemente inofensivo.

Carraspeo sacudiéndome de la cabeza esa idea y saco los trozos de carne ya cocinados para seguir con la siguiente tanda.

Empezamos a cenar recordando entre risas los mejores momentos de la tarde. Si yo me lo he pasado bien, Ellie ha disfrutado como nunca. Sus ojos brillan narrando cada pequeño detalle y relacionándolo con las series que ha visto y que tanto le gustan. La escucho en silencio, dejando que sea ella quien lleve la voz cantante. Me gusta escucharla y, además, sigo tenso por el episodio de claustrofobia que he sufrido antes.

—Oh, no, estoy hablando demasiado, ¿verdad? —me pregunta en un momento dado, tras haberse pasado 10 minutos de reloj argumentando por qué la secretaria Kim es la mejor serie de romance de oficina de la historia —. Lo siento, estoy monopolizado la conversación. Deberías detenerme cuando eso pase. No me doy cuenta y luego lo paso fatal por haber sido tan bocazas.

—A ti te gusta hablar y a mí no me entusiasma hacerlo. No tiene por qué saberte mal.

—¿No te entusiasma hablar?

Me encojo de hombros.

—Digamos que soy parco en palabras.

Ella da un sorbo a su bebida, con los ojos fijos en algún punto indeterminado de la mesa, pensativa.

—Me recuerdas a él… —musita en voz baja.

—¿A quién? —Mi corazón se desboca.

—A *Goyo*.

Me lo ha puesto a huevo. Este sería el momento perfecto para decirle, «te recuerdo a él por qué *Goyo* soy yo». Pero en lugar de eso, me quedo callado, porque ni este es el lugar para confesarle la verdad, ni estoy preparado para hacerlo.

—¿Te refieres al chico de las cartas? —pregunto con cautela.

Ellie asiente, evitando mi mirada.

—Supongo que será porque ambos sois medio coreanos, pero hay aspectos de ti que me recuerdan a él. *Goyo* solía decir que no le gustaba mucho hablar y bromeaba con el hecho de que haríamos la pareja perfecta porque yo, al contrario que él, nunca sabía cuándo callar.

—Ya veo…

—Y también tenía claustrofobia. —Eleva sus ojos hacia los míos —. En una de sus cartas me contó que cuando sufría un ataque de pánico, contaba números del 1 al 1.000. Que eso le relajaba. Por eso lo hice antes. No sé por qué pensé que, quizás, también funcionaba contigo. Qué tontería, ¿no? —Sonríe un poco, aunque su sonrisa no le llega a los ojos.

Me relajo al ver que mi temor antes ha sido infundado. Ellie no sospecha nada sobre mi identidad. Su forma de hablarme sobre esto lo demuestra.

Dejo los palillos sobre el plato y apoyo los codos en la mesa para entrelazar mis dedos y colocar mi barbilla en el punto de unión.

—No es una tontería, lo cierto es que me ayudó. —Me quedo en silencio unos segundos,

antes de encontrar las palabras adecuadas para seguir. Porque hay algo que quiero preguntar, pero no sé cómo hacerlo sin que suene brusco o raro, así que decido dar un rodeo—. Entonces, ¿*Goyo* también sufría claustrofobia?

Ellie asiente, picoteando con sus palillos un poco de arroz.

—A raíz de un accidente.

—¿Y cómo empezasteis a cartearos *Goyo* y tú?

—Por un proyecto de clase que subía nota —explica con una pequeña sonrisa—. Este proyecto consistía en escribir cartas a chicos que llevaran mucho tiempo hospitalizados. Y me tocó *Goyo*. Llevaba casi dos meses en el hospital tras el accidente cuando le envié la primera carta.

—Entiendo… —musito, ahora sí preparándome para llegar al meollo del asunto. Hoy parece más receptiva a entrar en detalles que la última vez—. Dijiste que *Goyo* y tú nunca llegasteis a veros en persona. ¿Por qué?

Ella tarda un poco en responder. Lo hace tras masticar con parsimonia un trozo de carne.

—En realidad estuvimos a punto de hacerlo, pero él no apareció el día de la cita.

—Joder, ¿te dio plantón? —Decir esto me quema por dentro, tengo ganas de pegarme a mí mismo.

Se encoge de hombros con suavidad.

—Reconozco que no fue agradable descubrir que no aparecería. Me pasé mucho rato esperando, pensando que quizá se había atrasado y no tenía forma de contactarme. No teníamos nuestros números de teléfono, las cartas pasaban por controles exhaustivos antes de ser enviadas para comprobar que no intercambiábamos información personal. Lo suyo costó concertar ese encuentro sin delatarnos. Pero bueno, el caso es que nunca apareció. Al llegar la noche comprendí que se había echado atrás.

—Lo siento mucho —digo de corazón —. Menudo capullo. Debes estar resentida con él.

Su cabeza se mueve de un lado al otro, de forma negativa, y yo siento un soplo de esperanza aletearme en el pecho.

—Seguro que *Goyo* tenía sus motivos para no presentarse a nuestra cita. Y no le juzgo por ello.

Ya estamos aquí, ya hemos llegado al sitio exacto al que quería llegar. Trago saliva con fuerza, con la boca seca y el estómago hecho un nudo, y pregunto:

—¿Te gustaría saber de él?

Ellie tarda en responder. Frunce su ceño, se muerde el labio y empieza a jugar con la servilleta de tela, doblándola y desdoblándola. Parece estar teniendo un debate interno muy intenso. Cuando llega a su conclusión, asiente despacio.

—Creo que sí. Sería bonito saber cómo le va la vida. Lo pasó muy mal, se merecía ser feliz. Ojalá lo sea. —Suelta un suspiro y mi sistema se desborda. Las ganas de decirle que sí, que soy feliz, me queman en la garganta. Pero algo cambia en su expresión entonces. No sabría decir qué es, pero puedo percibirlo —. Aun así —prosigue —, lo que siento por él es cosa del pasado. Y tampoco querría retomar el contacto. Me gustaría verle una última vez para cerrar ese ciclo de mi vida, pero ya está.

Mi corazón se hunde dentro de mi pecho.

—¿No le darías una segunda oportunidad?

—No creo en las segundas oportunidades —musita —. *Goyo* y yo no éramos destino.

Me muerdo la boca para no gritar de pura frustración. No es la primera vez que dice eso, como si de verdad lo creyera. Como si para ella fuera una verdad irrefutable.

—¿Ni siquiera te gustaría mantener una amistad con él?

Resopla, empezando a molestarse.

—*Goyo* sabía dónde vivía. Sabía cómo se llamaba mi pueblo. Se lo dije en una carta en uno

de los pocos despistes de mi profesora. No le di la dirección exacta, pero hubiera sido fácil dar conmigo. Es un pueblo minúsculo con un solo instituto. Pero nunca fue a buscarme. Siguió su vida y me dejó fuera. Genial, no le guardo rencor por eso, y si volviéramos a coincidir en algún momento, me alegraría. Pero no podría verlo como un amigo, no después de todo.

Coge un poco de kimchi con los palillos, lo coloca en el cuenco de arroz y se lo mete en la boca, en un gesto un poco hosco que demuestra que he ido demasiado lejos con mis preguntas. Pero no puedo parar. No quiero. La idea de que esté tan cerrada a la idea de tener una relación conmigo de cualquier tipo, me mata.

Tampoco puedo culparla. Tiene razón. Podría haber hecho mis averiguaciones. Hubiera sido relativamente fácil dar con ella. Pero… me costó años recuperar la confianza en mí mismo y superar la muerte de Axel. Años de rehabilitación, terapia y lucha interna para volver a ser el mismo de antes del accidente. Y, aun así, siento que no logré el último propósito. Supongo que vivir de cerca la muerte de alguien cercano lleva consigo ciertas consecuencias. Sin ir más lejos, después de Axel nunca tuve un buen amigo de verdad. En mis años universitarios tuve colegas con los que compartía mi día a día y me divertía, pero ninguno de ellos llenó el vacío que Axel dejó tras su muerte. También me costó bastante superar mis inseguridades por la pierna, cuya cicatriz y leve cojera aún me acomplejan.

La cuestión es que cuando conseguí estar más o menos bien, habían pasado demasiados años para ir en busca de Ellie. Estaba convencido de que ella habría rehecho su vida y que yo no pintaba nada en ella.

Vuelvo a tragar saliva poniendo en orden mis pensamientos.

—Dices no estar resentida, pero lo que dices se contradice con eso.

—Pero yo no hablo desde el resentimiento. Hablo desde mi yo actual. Sufrí mucho por *Goyo*. Después de que desapareciera de mi vida, me volví alguien vulnerable, y terminé en una relación tóxica con un narcisista que me destrozó la autoestima hasta hacerla añicos. Preferiría no

tener nada que ver con esa parte de mi vida.

Su confesión me inunda el paladar con un sabor amargo.

—¿Una relación tóxica con un narcisista? ¿Te refieres a tu ex?

Ellie asiente.

—Me refiero a Justin, sí. —Vuelve a coger la servilleta y a jugar con ella, evitando mirarme a los ojos—. Nos conocimos en la universidad, en una fiesta. Él era guapísimo, y muy popular, así que me sentí privilegiada cuando me escogió entre el montón de chicas que le iban detrás. Era un chico muy carismático, que le caía bien a todo el mundo, y durante las primeras semanas me hizo flotar en una nube, pero… pronto me empezó a mostrar su otra cara. Al principio era con detalles sutiles, como criticar mi forma de vestir o las personas con las que me juntaba. Decía que lo hacía porque se preocupaba por mí, que quería lo mejor para mí. Pero, poco a poco, esas críticas se volvieron más frecuentes y crueles. Recuerdo una noche en especial que fuimos a cenar con su grupo de amigos. Yo soy introvertida, me cuesta mucho intervenir en una conversación grupal, así que me esforcé por hacerlo y gustarles. Pues bien, esa noche al volver a casa, Justin estaba visiblemente molesto y al preguntarle qué le ocurría me dijo que había hablado demasiado. Que se notaba que estaba desesperada por agradar y que había hecho el ridículo. Fue como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. Me hizo sentir muy culpable, y muy humillada. Desde ese día, siempre que salíamos con esa gente, yo me quedaba callada en mi sitio, sin intervenir, para no volver a molestarlo. Y este es solo un ejemplo de los muchos que podría nombrar de aquella época.

La impotencia se cuela en mis venas al escuchar su vivencia, y la culpa me corroe las entrañas. ¿Podría haberle evitado yo ese sufrimiento? Éramos muy jóvenes, ¿quién podría asegurar que lo nuestro hubiera durado? Aun así… la duda me mata.

—¿Y no pensaste en romper con él?

Ellie se encoge de hombros, doblando y desdoblando la servilleta.

—Lo pensé muchas veces, pero siempre que lo intentaba Justin cambiaba radicalmente su actitud. Se convertía de nuevo en el chico atento y considerado del principio, y me engañaba con promesas de cambio. Además, en el fondo, había creado una dependencia emocional tan grande hacia él que me aterraba la idea de estar sola. Me había convencido de que nadie más me querría.

—Eso es manipulación clásica —digo, sintiendo una mezcla de ira y tristeza—. Te mantenía en un ciclo constante de esperanza y desesperación, asegurándose de que te sintieras demasiado insegura para dejarlo.

—Exacto. Y cada vez que volvía a caer en sus brazos, me odiaba un poco más por ser tan débil. Pero él... él tenía este poder sobre mí, esta capacidad de hacerme sentir la persona más especial del mundo y al instante siguiente, la más insignificante.

—¿Y cómo conseguiste salir de ahí?

—Supongo que hizo la cosa más imperdonable de todas: serme infiel con otra mujer. —Se muerde el labio y suspira, con pesar—. Descubrir la infidelidad de Justin no fue algo fácil. Fue astuto al respecto, como en todo lo demás. Empezó a trabajar hasta tarde con más frecuencia, o eso decía. Y cuando estaba en casa, su teléfono se convirtió en una extensión de su cuerpo. Siempre tenía excusas perfectas para todo: reuniones inesperadas, proyectos de última hora, problemas con compañeros de trabajo que requerían su atención inmediata…

Ellie hace una pausa, como si ordenara sus pensamientos antes de continuar, y luego mira hacia un punto indeterminado, más allá de la mesa que compartimos.

—Al principio, intenté darle el beneficio de la duda, pero las pequeñas señales empezaron a sumarse. Y las mentiras a multiplicarse. Un día, su teléfono sonó mientras estaba en la ducha. Vi el nombre de una mujer en la pantalla, alguien de quien nunca había oído hablar. Me invadió la curiosidad y, por primera vez, violé su privacidad y miré. Había mensajes que no dejaban lugar a dudas sobre la naturaleza de su relación. Al enfrentarlo, su primera reacción fue negarlo todo, acusándome de ser paranoica y celosa sin motivo. Intentó manipular la situación, diciendo que

había interpretado mal los mensajes, que esa mujer era solo una amiga que estaba pasando por un mal momento. Pero algo dentro de mí había cambiado. Ya no podía negar lo tóxico que era él y nuestra relación. Esa fue la gota que colmó el vaso, así que lo dejé y… dejarlo fue desgarrador, pero también liberador. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba tomando el control de mi vida. Tuve la suerte de que mis padres me apoyaron, y que Aria me propuso alquilar un piso juntas sin pensarlo. Y empecé a escribir, cumpliendo al fin mi sueño de convertirme en escritora. Supongo que, en retrospectiva, todo lo que viví me trajo hasta aquí y debería estar agradecida en cierta forma. —Se remueve incómoda sobre la silla —. En fin, no sé cómo hemos acabado hablando de esto, pero quiero dejarlo aquí. ¿Te importa si cambiamos de tema?

Me gustaría negarme, porque quiero saber más, quiero saberlo todo, de lo bueno, de lo malo, todo. Pero los ojos suplicantes de Ellie me convencen para cerrar el pico. Asiento, y sonrío con la esperanza de aligerar un poco el ambiente que se ha ido cargando sin darme cuenta. La he presionado demasiado. Y quiero seguir teniendo citas con ella. Dudo que lo consiga si sigo removiendo el pasado. Está claro que llegado el momento tendremos mucho de lo que hablar.

Pero hoy no es ese día.

—Entonces, ¿dices que la secretaria Kim es el mejor K-Drama de romance histórico de la historia?

—¡No! El mejor romance de oficina. —Ella pone los ojos en blanco y sonríe un poco —. El mejor romance histórico es Moon Lovers. Me dejó sin estabilidad pero me hizo sentir tanto que valió la pena.

—Ajá. ¿Quieres contarme más?

Los ojos de Ellie se iluminan y al poco rato de empezar a hablar sobre ese drama, noto como se relaja y vuelve al estado de euforia anterior. Puede que me haya excedido en mi interrogatorio. A fin de cuentas la vida no es un retrovisor, no tiene sentido mirar obsesivamente hacia atrás. Es mejor concentrarse en el presente y mirar hacia delante.

Capítulo 18

Ellie

Min Ho y yo oímos varios golpes secos y un hilo de luz se cuela en el ascensor. A continuación, la puerta empieza a abrirse y vemos la cara de uno de los operarios de emergencias.

—Ya está, ya podéis salir —nos informa tras asegurarse de que está todo en orden y extiende uno de sus brazos hacia mí.

El ascensor se ha quedado parado entre dos plantas y no parece que sea tarea fácil salir sin ayuda. Me vuelvo hacia Min Ho para asegurarme de que está bien y cuando él asiente con la cabeza, acepto la mano del operario y salgo del ascensor. Una vez fuera varios compañeros de trabajo se acercan para preguntarme cómo estoy y al mismo tiempo enterarse de lo que ha ocurrido. Les digo que estoy bien y que lo único que ha pasado es que nos hemos quedado encerrados a oscuras en el ascensor, pero mi atención está puesta en Min Ho.

Todavía no puedo creer que haya sufrido un ataque de claustrofobia y de tal magnitud. ¿Será la primera vez que le pasa?

Le observo salir sin ayuda y bromear junto a los demás como si nada hubiera pasado, pero a mí no me engaña. Después de trabajar varios años con él he aprendido a interpretar lo que hay bajo todas sus máscaras. Por eso cuando todo el mundo se dispersa y pone rumbo a su despacho decido seguirlo. Y curiosamente él no se opone a que lo haga.

Entramos en su oficina y cuando cierro la puerta Min Ho se deja caer en el sofá con un resoplido. Yo también me siento y me limito a quedarme en silencio. Me gustaría preguntarle acerca de lo que ha pasado pero no creo que sea el momento.

—Gracias —murmura él al cabo de unos segundos enfocándome con la mirada—. ¿Dónde has aprendido ese truco?

—¿Qué truco?

—El de contar para aliviar la ansiedad que has usado en el ascensor.

—Oh, solo es algo que se me ha ocurrido al momento para intentar distraerte —le confieso con una sonrisa tímida—. No tenía ni idea de si funcionaria.

—Pues lo ha hecho, sí, y de forma muy efectiva. —Min Ho también sonríe y mi corazón da una voltereta en el proceso—. Así que gracias otra vez.

Asiento y me levanto abrumada por cómo está reaccionando mi cuerpo por culpa de su sonrisa. Pero antes de que llegue a dar un paso él tira de mí y para mi sorpresa acabo sentada sobre su regazo.

—¿Qué estás haciendo? —inquiero con la respiración disparada y cuando le miro me doy cuenta de que su semblante ha cambiado.

Ya no hay temor en su mirada, ni la gratitud de hace unos segundos, sino otro tipo de sentimiento. Y sus ojos rasgados me miran con tal intensidad que creo que me voy a morir aquí mismo. Sé que debería apartarme. Que esto no está bien. Pero Min Ho está más guapo que nunca con el pelo alborotado y su vulnerabilidad a flor de piel. Entonces me mira los labios y no tengo dudas de que va a besarme. Y lo peor de todo es que estoy deseando que lo haga.

—Ellie —susurra cuando sus labios están a menos de un centímetro de los míos y…

Espera…

¿Ellie?

Borro la última frase que acabo de escribir con una sensación de agobio creciente circulando por mi sistema nervioso. Llevo todo el día encerrada en casa escribiendo sin parar y me gustaría pensar que la falta de descanso me está afectando. Pero en el fondo sé que esa no es la causa de que me haya dado por escribir mi nombre en lugar del de Olivia, la protagonista de mi novela. No, la culpa la tienen las malditas citas con Trev.

Suelto un gemido cargado de frustración y dejo el portátil sobre la mesa.

Dios, ya sabía yo que podía salir escaldada de este asunto, pero no a este nivel. Es que

¿cómo iba a imaginar que el remedio a mi falta de inspiración me acabaría provocando tantos efectos adversos?

Vale, sí, desde que salí con Trev por primera vez, hace tres semanas, mi imaginación se ha disparado, y tengo que reconocer que hacía tiempo que no escribía tantas palabras al día. He podido reescribir la novela desde cero dándole otro aire menos peliculero. Pero… ¿a qué precio?

Es obvio que estoy empezando a sentir cosas por Trev. Me gusta todo de él y cuando estamos juntos me siento tan bien que me olvido de que lo nuestro no es real. Pero precisamente por eso, porque no es real, mi subconsciente se está encargando de plasmar todos esos deseos que no puedo llevar a cabo sobre el papel. Lo que significa que Min Ho ya no es un personaje sin más, sino que está inspirado en Trev. Y yo me estoy desquitando con él.

Gruño contra un cojín y luego me hago un ovillo en el sofá con el pensamiento de que la poca cordura que me quedaba ya se ha ido al garete. No ayuda que Dolly la oveja esté aquí conmigo en el sofá, recordándome la existencia de Trev. Teniendo en cuenta que el piso que comparte carece de lujos, este regalo debió significar un desembolso de dinero importante para él. Aunque la agencia cobre muchísimo, a saber cuánto porcentaje llega a sus trabajadores. Abrazo a Dolly, que es blandita y adorable, y suelto un suspiro frustrado. Así me encuentra Aria cuando llega del trabajo horas después: tumbada en el sofá, abrazada a Dolly.

Me incorporo y le envío un saludo desganado.

—Pero bueno, ¿a qué viene esa cara tan larga? —pregunta en cuanto deja su chaqueta sobre una silla y pasa por delante de mí.

Suspiro de forma dramática y en lugar de responder, señalo hacia el portátil donde sigue abierto el documento de mi novela. Aria se sienta y le echa un vistazo al último trozo que he escrito. No tarda en volverse hacia mí con una sonrisa en el rostro.

—Vaya… Está genial. Se nota que estabas inspirada. Ya sabía que salir con ese chico te

ayudaría.

Niego con la cabeza.

—El problema no es ese. Vuélvelo a leer.

Aria me mira con extrañeza, pero aun así hace lo que le pido.

—Sigo pensando que está perfecto —me dice en cuanto acaba—. No entiendo qué problema hay.

Gruño con fuerza y señalo el texto.

—Pues que Min Ho es Trev y yo soy Olivia. ¿Es que no lo ves?

Un brillo divertido asoma en la mirada de Aria.

—Oh, así que es eso.

—Sí. Como ya predije salir con Trev me está pasando factura. Está claro que estoy empezando a sentir cosas por él. Cosas que por descontado están prohibidas. Y por eso estoy usando mi novela como vía de escape.

Aria ladea la cabeza.

—Y ¿por qué no puedes sentirte atraída por él? Los dos estáis solteros y en edad de merecer, ¿no?

Ruedo los ojos

—Aria, ya hablamos de eso. Porque Trev trabaja como novio de alquiler y solo estamos saliendo de forma ficticia.

—Lo sé, pero como te dije no conoces las circunstancias de Trev ni tampoco lo que le pasa por la cabeza. Es posible que tú también le gustes a él y no lo sepas. ¿No has pensado en eso?

Hago una mueca.

—Venga ya. No digas tonterías.

—No estoy diciendo ninguna tontería. Eres guapa, buena persona y tienes un cuerpo de alucine. ¿Por qué no podría Trev sentirse atraído por ti, llegado el caso?

—Porque su trabajo consiste en salir con mujeres todo el tiempo y debe estar blindado contra los encantos femeninos.

—Bueno, quién sabe. Igual tú eres la excepción. Además, las personas no podemos elegir cuándo y de quien nos enamoramos. Parece mentira que tenga que recordarle este punto a una persona que se dedica a escribir novelas románticas.

—Pues precisamente porque escribo novelas románticas sé que esta historia no acabará bien. Puede que Trev tenga potencial como protagonista masculino pero su ocupación es una *red flag* como una casa. Y al final la única que saldrá dañada seré yo.

Suspiro y hago un repaso mental de cómo se han desarrollado mis últimos encuentros con Trev. Primero vino la experiencia K-Drama en Koreatown. La siguiente cita asistimos a un curso de cerámica, del cual me llevé una taza como recuerdo, pero como se trataba de otro evento para parejas, me tocó quedarme la que diseñó Trev. Y la última vez que quedamos vimos una película en un pequeño cine de toda la vida, pero no por ello la cita resultó menos estimulante. Porque no sé qué magia oscura práctica mi novio ficticio, o tal vez se deba simplemente a su experiencia como tal, pero cuando estamos juntos siempre consigue que me lo pase bien. Mejor que bien, fenomenal. Y no hace falta que diga que eso es un arma de doble filo. Porque en el proceso también me hace sentir atractiva, única y especial y que desee cosas que no debería desear. Y ese es otro de los signos que me alertan que no voy por buen camino.

—¿Entonces qué vas a hacer? —La voz de Aria me saca de mis pensamientos y me vuelvo hacia ella—. ¿Esta semana también tienes una cita, no? ¿La vas a cancelar?

Pienso un poco en ello y niego con la cabeza.

—No, pero seré sincera con él y le diré que no puedo continuar con esto.

—¿Estás segura de que es lo mejor?

—Sí, por mucho que me guste Trev no puedo dejar que mis sentimientos me nublen el juicio —le respondo intentando convencerme a mí misma en el proceso—. Y más cuando no son correspondidos.

—Eso todavía no lo sabes.

—Da igual. Aunque Trev me confesara que está loco por mis huesos, cosa que dudo que pase, mi forma de pensar seguiría siendo la misma. No somos compatibles. —Hago un gesto de negación para enfatizar mis palabras y antes de que Aria tenga tiempo de volver a contradecirme suelto—: Y ahora dejemos de hablar de mí, que tú todavía me tienes que explicar cómo te fue la cita con aquel chico que conociste en Tinder. Ummm, ¿cómo se llamaba?

—Adam. Pero no hay mucho que contar salvo que no vamos a volver a quedar. —Se echa hacia atrás y tuerce los labios—. Pf, ese sí que es una bandera roja en toda regla.

—No fastidies. ¿Qué pasó? —le pregunto contrariada y Aria empieza a enumerar todos los signos negativos que vio en ese tal Adam.

La escucho con atención y cuando acaba de hablar coincido con ella en que ese chico no le conviene. Es obvio que acabaría haciéndole daño, de la misma manera que me pasó a mí con Justin y puede volver a repetirse con Trev. Aunque a decir verdad la forma de comportarse de Trev no tiene nada que ver con la del ligue de Aria, pero eso no implica que sea bueno para mí. Por eso mi historia con él se tiene que acabar. Sea ficticia o no.

Capítulo 19

Trevor

Los créditos del último capítulo de *Aterrizaje de emergencia en tu corazón* aparecen en pantalla y yo me quedo observándolos con un nudo instalado en mi pecho. Y como Rhys y Mike tampoco dicen nada imagino que se sienten igual de sobrecogidos.

Joder…

Ahora entiendo por qué esta serie está considerada como uno de los mejores K-Dramas de la historia y ha tenido tanto éxito a nivel internacional. Es una obra maestra de principio a fin, no hay ninguna duda. No me sorprende que a Ellie le guste tanto.

—Mierda, ¿así que al final termina de esta manera? —suelta de repente Rhys, que al principio se quejaba de que me hubiera adueñado de la tele, pero luego se acabó enganchando al K-Drama igual que su hermano y yo—. No puedo creer que hayan elegido ese final después de lo que nos han hecho sufrir.

—Pues a mí me parece un buen final —apunta Mike—. Es realista.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Dado el conflicto entre esos dos países es el desenlace más creíble.

La premisa de la serie es bastante original. Va sobre el amor prohibido entre una surcoreana y un norcoreano, lo que imagino debió causar mucha controversia en Corea del Sur durante su emisión. Conozco bastante bien la situación política del país y su opinión sobre sus vecinos del Corea del Norte, por lo que me sorprende que la guionista se atreviera a escribir algo así. Al menos le dio un final factible, por mucho que sea agridulce para sus protagonistas y para los

espectadores en general.

—Pues me parece una jodienda —murmura Rhys y tras apagar la tele, añade—: Pobre chica, tanto sufrimiento para no poder vivir su amor con total libertad. Aunque supongo que, si yo hubiera nacido mujer, y esa fuera la única posibilidad de estar con un hombre así, me conformaría. Tengo que reconocer que el capitán Ri es la perfección personificada. ¿Quién es el actor que lo interpreta, por cierto?

—¡Hyun Bin! —responde Mike emocionado—. Y en la vida real él y la actriz de la serie están casados y tienen un bebe. Lo he buscado. Ya se notaba la química entre ellos en pantalla. No me ha sorprendido nada.

Rhys asiente con gesto divertido.

—Pues vaya con Hyun Bin. Ahora entiendo porque a Ellie le fascinan tanto estas series. Se alegra la vista con los mejores productos *made in* Corea del Sur.

Le miro alzando una ceja y con un sentimiento parecido a los celos corriendo por mis venas. No me siento muy a gusto imaginándome a Ellie babeando por un hombre, sea de la procedencia que sea.

—No seas idiota. ¿Cómo le van a gustar solo por eso? —espeto haciendo una mueca—. Ya has visto lo cuidada que está esta serie en cuanto a producción, trama y demás. Ese es su punto fuerte.

—Sí. Y además se aprende mucho de la cultura coreana —añade Mike.

—No, si yo opino como vosotros, que conste. Dudo que pueda olvidar esta historia en la vida. —La voz de Rhys adquiere un tono solemne—. Es una pasada como han ligado el pasado y el presente de la pareja protagonista. Está claro que estaban predestinados.

De hecho, toda la serie gira en torno a esa idea. Al firme convencimiento de que si dos personas están destinadas a estar juntas, no importa con qué obstáculos se topen en la vida,

porque tarde o temprano encontrarán el camino para volver a reunirse de nuevo.

No puedo evitar acabar comparando esta historia con mi propia realidad. Porque a Ellie y a mí el destino también nos ha vuelto a unir. En otras circunstancias lo sé, pero eso no quita que también podamos tener nuestro final feliz.

De repente, la necesidad de contarle a Ellie la verdad me golpea más fuerte que nunca. Quiero que sepa quién soy. Quiero decirle lo que significa para mí, y, sobre todo, disculparme por haber actuado como un puto cobarde.

Todavía estoy inmerso en ese pensamiento cuando por el rabillo del ojo veo a Mike levantándose del sofá.

—Voy a ver que hay en la nevera. Quiero probar a cocinar algún plato coreano para cenar.

Salgo de mi aturdimiento y le sonrío.

—Si necesitas ayuda me dices. Tengo algo de experiencia en eso.

Mike asiente distraído y desaparece por la puerta que lleva a la cocina.

Miro a Rhys que por lo visto ha vuelto a encender la tele y ahora se está dedicando a buscar en la plataforma de *streaming* sin rumbo fijo.

—¿Qué me dices? —murmura dirigiéndome una sonrisa juguetona—. ¿Seguimos con otro K-Drama ahora que ya hemos pillado el ritmo?

Alzo las cejas, sorprendido de que sea él quien me esté proponiendo seguir con las series coreanas. Más que nada por la murga que me dio al principio. Le hago un par de bromas al respecto y después de buscar un rato, nos decantamos por otro K-Drama que acaban de estrenar.

Los créditos iniciales aparecen en pantalla y nos ponemos a ver el primer capítulo, pero yo no consigo volver a meterme en la acción ni a tiros. Mi mente está demasiado ocupada preguntándose cómo demonios le voy a decir la verdad a Ellie. Y el hecho de que todavía no

haya dado con la respuesta me llena de inquietud.

—Ey, ¿qué te pasa? —La voz de Rhys se cuela en mis pensamientos, pero como estaba abstraído no he entendido ni una palabra de lo que ha dicho.

—¿Qué?

—Pregunto si te pasa algo. El movimiento de tu pierna me está poniendo de los nervios.

Bajo la mirada hacia esa parte de mi cuerpo en particular y al comprobar que Rhys tiene razón dejo de moverme.

—Lo siento —me disculpo en un acto reflejo—. Es una manía que tengo. —Rhys asiente y regresa su atención a la pantalla, pero no han pasado ni cinco minutos cuando lo oigo quejarse de nuevo.

—Pero tío, para ya. ¿Por qué estás tan nervioso?

—No estoy nervioso.

—Pues todo tu cuerpo dice lo contrario. —Pausa el capítulo y me dirige una mirada recelosa —. ¿No será que ha ocurrido algo con Ellie? Porque si la has vuelto a cagar te juro que…

—Estate tranquilo. Mi problema no tiene nada que ver con tus asuntos de la agencia.

—Ah, así que reconoces que tienes un problema.

Chasqueo la lengua y suspiro.

—Sí, pero no es de tu incumbencia.

—Eso lo decidiré yo cuando me digas de una vez que ocurre. —Se pone más cómodo en el sofá a la espera de mi explicación, pero como esta no llega añade—: Muy bien, si no quieres hablar ahora, tú mismo. Pero tienes que saber que soy una persona bastante perseverante, con lo cual me voy a pasar día y noche acosándote y no pararé de hacerte la vida imposible hasta que

confieses.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos con fuerza.

—Está bien, no es necesario que llegues a eso. Te lo contaré todo ahora.

—Sabia decisión. —Rhys clava su mirada expectante en mí y por un momento me arrepiento de haber accedido a explicarle lo que me ronda por la cabeza.

Ya no solo porque no me resulte fácil abrirme con la gente sino porque si le hablo a Rhys sobre mi conexión con Ellie, es posible que entren en escena mis circunstancias del pasado. Y mi accidente no es algo de lo que apetezca hablar y menos con alguien que solo conozco desde hace apenas cuatro días.

Sea como sea ahora ya no tengo escapatoria.

—En realidad el problema sí que tiene que ver con Ellie —le confieso al fin—, pero no por lo que tú crees.

—Ajá. Explícate.

Asiento con calma reorganizando mis pensamientos.

—La cosa está en que, aunque suene difícil de creer, el día que mi chófer te atropelló yo…

—¿Sí?

—Pues que ese día no era el primero que me cruzaba con Ellie. Ya la conocía de antes.

Rhys parpadea con desconcierto.

—Espera. ¿Podrías ser más claro? Te refieres a que la conocías de vista o…

—No, es más que eso. En el pasado fuimos amigos. Algo más que amigos, en realidad

—Oh… —La incredulidad se apodera de su rostro y asiente a medida que comprende el significado de mis palabras—. Así que algo más que amigos, eh… Joder, ya me olía que entre

vosotros había un rollo raro. ¿Por qué no me lo dijiste desde un principio? Esto lo cambia todo.

Agito la cabeza.

—No es tan sencillo. Ella todavía no sabe quién soy yo y ya bastante complicado me resulta el asunto, como para ir por ahí explicándoselo a los demás.

El desconcierto en los ojos de Rhys se intensifica y antes de que haga otra pregunta me dedico a explicarle el resto de la historia. Le cuento en qué consistió mi relación con Ellie, cómo empezó todo y como acabó. Le hablo incluso de mi accidente de coche, mi larga estancia en el hospital y como me afectó la muerte de Axel. Y, una vez termino, siento algo parecido a la liberación. Está visto que necesitaba desahogarme con alguien y ese alguien ha resultado ser Rhys, por muy extraño que me parezca.

—Así que Ellie todavía no te ha reconocido —murmura él al cabo de unos segundos y cuando niego con la cabeza añade—: ¿Y a qué estás esperando para decirle la verdad? Siento decírtelo tío, pero cuanto más tiempo pase más difícil te resultará.

—Lo sé, soy perfectamente consciente de ello. Pero ¿qué hubieras hecho tú en mi lugar? El asunto me pilló de improviso y en el peor escenario posible. Me estoy haciendo pasar por ti, joder. Eso lo complica todo.

Rhys suspira.

—Te doy la razón. El embrollo en el que estamos metidos no es la situación ideal para reencontrarte con tu amor perdido.

—No, no lo es. Por eso decidí no precipitarme y buscar la mejor manera de explicarle las cosas a Ellie. El problema es que por más que me estrujo el cerebro no consigo dar con la solución .

—Es que nunca vas a encontrar una buena forma de hacerlo —puntualiza Rhys—. La cagaste, eso es así, no puedes cambiar el pasado. Pero ocultándole la verdad no solucionarás

nada. Al contrario. Lo empeoras. Haces la mentira más grande. Además, ¿cuánto tiempo crees que podrás ocultarle una mentira así?

Arrugo la frente con desesperación.

—Ya, pero ¿y si no quiere saber nada más de mí? Ya sabes lo mucho que me importa y cuando se entere de que le he estado mintiendo yo… Dios no quiero ni pensar en cómo reaccionará.

—Pues es un riesgo que tendrás que correr. Al final no nos queda otra que cargar con las consecuencias de nuestros actos. Así es la vida.

Suelto un suspiro y me paso una mano por el pelo sintiéndome cada vez más frustrado. Sé que Rhys tiene razón, pero odio encontrarme en esta situación.

—Vale. Entonces ¿Qué sugieres? —murmuro mientras de fondo se oye a Mike trastear en la cocina —. ¿Que se lo cuente ya todo a Ellie? ¿Así tal cual?

Rhys aparta la vista de la imagen congelada del televisor y me dirige una mirada cargada de consecuencias.

—Sé que no suena muy alentador, pero… ¿Te queda otra opción?

Mi mandíbula se tensa.

No. Está claro que no tengo otra alternativa.

Tengo que ser valiente y enfrentarme a los hechos.

Paseo la mirada por el salón mientras los acontecimientos que he vivido estos últimos días con Ellie se suceden en mi cabeza. Días plagados de risas, sensaciones y anhelos que tal vez nunca vuelvan a repetirse.

Pero aun así la próxima vez que la vea le contaré la verdad, eso es lo que haré. Y dejaré que el destino, o lo que sea que esté dirigiendo nuestras vidas, juegue sus cartas una vez más.

Capítulo 20

Ellie

Alzo la vista al cielo para admirar el castillo Belvedere en todo su esplendor. Está situado en el centro de Central Park, el lugar que Trev ha escogido para nuestra salida de hoy. Y aunque había oído hablar de esta fortificación nunca la había visto en persona, y tengo que reconocer que es impresionante.

Según me explica Trev, el castillo está inspirado en la arquitectura gótica y románica europea, y su nombre significa «Bonita Vista», en italiano, por las increíbles vistas que ofrece. También menciona que su interior alberga unas cuantas salas de exposiciones, pero en lugar de entrar nos dedicamos a pasear por las inmediaciones.

En algún momento, Trev me coge de la mano como viene siendo habitual en nuestras citas ficticias, y yo me dejo llevar. Sé que no debería perder ni un minuto más en poner en marcha mi plan. Es decir, hablar con Trev, y acabar con esta farsa que me está intoxicando el cerebro de hormonas. Pero no puedo negar que una parte de mí está disfrutando y supongo que tampoco pasa nada porque espere un poco más.

Nos paramos junto a un mirador que nos ofrece unas bonitas vistas del estanque de aguas verdosas que bordea el castillo, y luego bajamos por una escalinata para verlo de cerca.

—¡Mira allí! —exclama Trev señalando con el dedo hacia un punto a lo lejos—. Hay un grupo de tortugas. ¿Las ves?

Sigo la dirección de su dedo, pero no consigo ver nada más que agua.

—¿Dónde?

—Allí. —Se acerca a mí y vuelve a señalar en dirección a la otra orilla—. Fíjate bien. A la derecha de esos juncos.

—¡Oh! Es verdad. Qué graciosas. ¿Están tomando el sol?

—Eso parece —murmura él junto a mi oído, y cuando le miro me percato de que tengo una de sus manos en mi cintura y su rostro a escasos centímetros del mío.

Es obvio que ha acabado en esta posición mientras intentaba conseguir que viera las tortugas, pero aun así no puedo evitar que mi corazón se dispare. Su cercanía trastoca todos mis procesos biológicos, como ya me ha quedado claro en diversas ocasiones. Y tampoco es de extrañar. Trev siempre huele fenomenal, un aroma a ropa limpia mezclado con el de su propia piel. Su voz es sexy y masculina. Y su cuerpo, fuerte y bien formado, rebosa calidez. Aunque tengo que decir que ya ni recuerdo la última vez que tuve tan cerca a un hombre de buen ver. Así que imagino que este factor tampoco me está ayudando.

Le miro a los ojos o más bien me dejo atrapar por ellos, mientras el silencio nos envuelve. Hasta que su mirada desciende y no tengo dudas: ha ido a parar a mis labios. Mi corazón empieza a latir tan fuerte que tengo la sensación de que se me va a salir del pecho.

Ay, Dios… Pero ¿qué está haciendo?

No estará pensando en besarme, ¿verdad?

A ver, que accediera a salir con él no implica que tengamos que llevar nuestro experimento a la acción, ¿no? Quiero decir, en ningún momento hablamos de besos.

Con ese pensamiento todavía revoloteando en mi cabeza yo también poso la mirada sobre sus labios. Son rosados y tienen aspecto de ser muy suaves al tacto. No es que tenga nada en contra de besarle. Al contrario. Sé que me gustaría demasiado y por eso no puedo ni permitirme tener pensamientos al respecto.

Esta última conclusión es la que me obliga a reaccionar.

Aparto la mirada de la boca de Trev y tras forzar una sonrisa me separo.

—Vamos —le digo evitando su mirada y reanudo la marcha en dirección al parque. Necesito hablar ya con él, pero preferiría hacerlo en otro sitio. A ser posible cerca de la salida. Así el momento embarazoso durará menos.

—Espera —le oigo decir a Trev a mis espaldas y cuando me alcanza añade—: ¿Tienes prisa en volver?

Niego con un gesto.

—No, lo que pasa es que me gustaría sentarme un rato. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, ¿dónde quieres ir? —Mira hacia una de las explanadas de césped donde la gente suele sentarse a disfrutar del buen tiempo, pero yo ni me planteo ir allí.

—No lo sé —miento—. Sigamos caminando y ya decidiré.

Trev asiente conforme con mi decisión y pongo rumbo hacia la entrada por la que hemos accedido al parque. Una vez allí hago un repaso visual de la zona y tras encontrar un banco libre, le digo que nos sentemos. Los nervios que me llevan acompañando desde hace días vuelven a aparecer en el momento en que me apoyo en el respaldo. En mi cabeza tengo muy claro lo que quiero hacer, pero no es lo mismo imaginar algo que llevarlo a cabo.

Miro de reojo a Trev. A decir verdad, por su espalda erguida y su forma de tamborilear los dedos sobre la rodilla, tampoco parece muy relajado. Y juraría que antes no estaba así. Empiezo a preguntarme si le pasará algo, pero acabo sacudiendo la cabeza. No, no puedo dejar que nada me desvíe del objetivo que me ha traído hoy aquí.

Tomo una bocanada de aire para infundirme fuerzas y antes de que mis pensamientos intrusivos me vuelvan a distraer suelto:

—Oye, tengo que decirte una cosa.

Y justo antes de que llegue a pronunciar la última palabra le dirijo a Trev una mirada sorprendida. Porque de sus labios acaba de brotar la misma frase.

Frunzo el ceño mientras él también me mira con desconcierto, pero antes de que llegue a decir algo más, él esboza una sonrisa nerviosa y murmura:

—Vale. Empieza tú.

—No, no, tú.

—Por favor —insiste.

—De acuerdo.

Me muerdo el labio intentando aplacar la curiosidad que me genera lo que él me tiene que decir a mí, hasta que concluyo que no debe ser importante, y me centro de nuevo en mi cometido.

—Está bien, allá voy. —Trago saliva y le miro intentando que mi mirada no se tambalee en el proceso—. No puedo seguir quedando contigo.

Trev pega un ligero respingo de desconcierto.

—Vaya… ¿Es que he hecho algo malo?

Niego con un gesto.

—No.

—¿No te gusta quedar conmigo entonces?

—Tampoco es eso. Déjame continuar.

Trev asiente al mismo tiempo que yo intento recordar las palabras exactas que le quería decir, pero sus preguntas me han trastocado los esquemas.

—A ver… No es que no me guste quedar contigo, ¿vale? Sí que me gusta y precisamente

ahí está el problema.

Trev parpadea confuso.

—No lo entiendo… Si te lo pasas bien saliendo conmigo ¿por qué quieres dejar de hacerlo?

—Porque yo no puedo tomarme esto tan a la ligera como tú —espeto con un suspiro—. Tú ya has mantenido relaciones ficticias antes así que no te viene de nuevo, pero en mi caso es la primera vez que lo hago. Y la verdad es que no sé cómo te lo montas para dejar tus sentimientos a un lado, pero yo no puedo ir por ahí cogiéndote de la mano, y compartiendo confidencias, para luego seguir con mi vida como si nada. Y vale, sí. Ya sé que lo hacemos en beneficio mutuo y no te negaré que me ha ayudado bastante. Quiero decir que salir contigo me ha servido para desencallarme a nivel creativo, y te lo agradezco mucho. Pero eso no quita que al mismo tiempo me haga sentir muy confundida —le confieso—. Así que lo siento mucho, pero vas a tener que buscarte otra chica para que te ayude a experimentar el mundo de las citas. —Me muerdo el labio, cohibida, y llevo la vista al frente. No sé qué pensará Trev sobre lo que acabo de decir, pero es la verdad, y no tengo ninguna intención de maquillarla por muy vergonzosa que pueda resultar. Yo soy así—. En fin —murmuro mientras él parece que se ha quedado mudo a causa de la incomodidad—. Supongo que dicho esto es mejor que me vaya. Gracias por todo, Trev.

Me paso el asa del bolso por la cabeza con la intención de llevar mis palabras a la acción, pero antes de que llegue a levantarme Trev me estira del brazo.

—Espera… —Me vuelvo sorprendida hacia él y nos miramos en silencio mientras el aire parece espesarse entre nosotros. Hasta que creo que ya no soy a ser capaz de seguir aguantando el peso de su mirada y él murmura con voz ronca—: ¿Sientes algo por mí? ¿Es eso lo que me estás intentando decir?

Su pregunta me deja completamente anonadada. Fuera cual fuera la reacción que esperaba por su parte, no era esta. Solo sé que de repente lo tengo muy cerca y me está mirando de forma muy intensa. Además, todavía tiene su mano cerrada en torno a mi brazo y su contacto me abrasa

a pesar de la tela que nos separa.

Rompo el contacto visual intentando no pensar en el ardor que se acaba de instalar en mis mejillas, ni en cómo se me ha acelerado el pulso, y me las arreglo para responderle con sinceridad:

—Supongo que estoy empezando a sentir algo por ti, sí, y no puedo dejar que vaya a más. Por eso no puedo seguir con esto —le explico—. Ya sabes lo que sufrí con mis historias pasadas. No puedo acabar enamorándome de un hombre que trabaja como novio de alquiler, y que encima no siente lo mismo por mí. No soy tan masoc…

Antes de que pueda precisar lo que está sucediendo, Trev me pone su mano libre detrás del cuello y… acalla mis palabras plantando su boca sobre la mía.

Abro mucho los ojos mientras la confusión y las preguntas se entremezclan en mi mente. La voz de mi sentido común tampoco tarda en hacer acto de presencia. Me avisa de que esto está totalmente fuera de lugar y que debería apartarme, pero por alguna razón no le hago caso.

Bueno, en realidad sí sé por qué la estoy ignorando. Los labios de Trev son suaves y cálidos, tan agradables al tacto como había imaginado que serían. Con lo cual a los míos les resulta un sacrilegio separarse de ellos.

Por eso no me opongo cuando su boca empieza a moverse con suavidad sobre la mía. Al contrario. Cierro los ojos y me dejo llevar. Y a medida que Trev profundiza el beso y nuestras lenguas se tocan, todo mi cuerpo vibra. Vibra como si algunos de mis órganos que llevaban tiempo dormidos se sacudieran y volvieran a la vida.

La sensación es tan alucinante que me lleva a pensar que nunca nadie me había besado como lo está haciendo Trev en este momento. De forma intensa, pero contenida y calmada al mismo tiempo. Como si llevara mucho deseando besarme y ahora se estuviera empapando de cada roce y cada sensación. Como si yo fuera algo único y especial que puede desaparecer en

cualquier momento.

Dios mío… ¿Dónde habrá aprendido a besar así? ¿Se lo habrán enseñado en la agencia?

Este último pensamiento es el que consigue hacerme recordar el peligro que conlleva lo que estoy haciendo.

Trev se dedica a salir con mujeres de forma ficticia y me dijo que necesitaba practicar. Así que lo más probable es que ahora se haya aprovechado de mi momento de vulnerabilidad para mejorar sus artes de seducción. Y yo me estoy dejando llevar como una tonta cuando sé de sobras que me acabará pasando factura.

Mierda…

Abro los ojos de golpe y le empujo hacia atrás.

Luego espero unos segundos a que mi respiración se normalice sin mucho éxito, y le dirijo una mirada cargada de reprobación.

—Joder, ¿por qué has hecho eso? Ya te he dicho que no quería seguir con esta farsa.

—Lo sé —murmura Trev con su pecho subiendo y bajando al mismo compás que el mío—. No debería haberte besado de forma tan brusca, y te pido disculpas por ello. Pero es que yo tampoco puedo seguir fingiendo.

—¿Qué?—Mi confusión se intensifica—. ¿Entonces por qué me besas? No entiendo a qué estás jugando.

—No estoy jugando.

—Ah, ¿no?

—No. —Analizo el rostro de Trev en busca de alguna pista que me indique que está mintiendo, pero no la encuentro. De hecho, creo que nunca lo había visto tan serio cuando añade —: Hay algo importante quiero decirte Ellie. Algo que debería haberte dicho la primera vez que

nos vimos.

El corazón me da un vuelco y no puedo evitar que mis siguientes palabras salgan atropelladas.

—¿De… de qué se trata?

—Yo… —Empieza a decir Trev con voz queda y mi inquietud aumenta hasta el infinito—. Yo soy…

—¿Trevor? ¿Eres tú? —Una voz que no nos pertenece a ninguno de los dos se inmiscuye en la conversación y cuando me giro veo que pertenece a una mujer. Es muy guapa, con el pelo largo y oscuro sujeta tras una diadema, debe tener más o menos mi edad y está mirando a Trev como si se tratara de una aparición divina—. Soy Georgia. Bueno Gigi, como solías llamarme.

—¿Gigi? —repite él con una expresión extraña y tras echarme una mirada a mí todavía más extraña, se vuelve hacia ella y sonríe—. Oh, sí, Gigi. Dios, menuda coincidencia.

Se pone de pie y para mi total desconcierto ella se echa en sus brazos y se dan un abrazo rápido. En ese momento me fijo en que hay un cuarto integrante en la escena. Un perro chihuahua de pelaje en color crema, que sorprendentemente va vestido igual que su dueña. Él con una capa, y ella con un traje chaqueta con falda, pero ambas prendas están elaboradas con el mismo tweed en color azul cielo, al más puro estilo Coco Chanel. No tardo en descubrir que su nombre es Roger y teniendo en cuenta los saltos que pega, es obvio que también está muy contento de ver a Trev.

—Madre mía, estás increíble —exclama la tal Gigi mientras él se dedica a saludar al perro —. Por un momento no te había reconocido. Parece que hace una eternidad desde la última vez que salimos juntos. Nos lo pasamos tan bien…

Espera, ¿ha dicho que salían juntos?

Entonces… ¿Es posible que se trate de una clienta de Trev?

Por su forma de vestir y los complementos que lleva es obvio que está forrada de dinero, así que cuadra con el perfil de clienta habitual de la agencia de Trev. Y si a eso le sumamos cómo se ha colgado de su cuello, su forma de adularle, y que su perro también le adora, mi teoría cobra fuerza.

La incomodidad que se adueñó de mí cuando vi a Trev rodeado de chicas en el *K-Drama Experience*, vuelve a hacer acto de presencia. Y esta vez me ataca todavía con más fuerza.

Entrecierro los ojos mientras sigo observando la escena.

—Es verdad —responde Trev con una sonrisa sincera—. Me alegro de verte. ¿Va todo bien?

—Sí, no me puedo quejar. ¿Y tú?

—Bien también.

—Genial —Gigi le dedica a Trev una sonrisa que es igual de perfecta que el resto de su rostro. Aunque lo que más me llama la atención es su piel de porcelana. Yo no he conseguido llegar a eso ni con mi rutina de 10 pasos de K-Beauty.

Mientras estoy dándole vueltas a ese pensamiento que me enerva todavía más, ella se vuelve hacia mí y nuestros ojos se encuentran.

—Uy. ¿Interrumpo algo?

La mirada de Trev también vuela hacia mí y solo tengo que observarle unos segundos para darme cuenta de que tiene el rostro en tensión. No sé si está así desde que ha aparecido Gigi, pero es obvio que algo le inquieta, y mucho. Y el motivo de su preocupación debe ser mi presencia, claro está. Es decir, que Gigi descubra quien soy. Imagino que no debe estar bien visto que dos de sus clientas se encuentren. O tal vez lo único que le preocupa a Trev es que ella se moleste y no pueda permitirse el lujo de perder una clienta tan vip.

Sea como sea, ya no tengo dudas de que esta chica también ha contratado sus servicios en

algún momento. Y entre ella y yo deben haber pasado muchas más mujeres. Así que no acabo de entender por qué Trev me dijo que necesitaba practicar cuando los hechos demuestran que no es así. Tiene experiencia más que de sobra y su increíble habilidad a la hora de besar también es muestra de ello. Aunque teóricamente en *Fake Boy* no se permiten los besos según leí en las condiciones, seguro que se salta esa norma cuando le conviene. Pero aun así yo le he seguido el juego como una tonta. Y así es como he acabado metida en esta montaña rusa emocional sin sentido de la que me tengo que bajar ya. Por eso me aseguro de ser la primera en contestar a la pregunta de Gigi:

—No, tranquila no interrumpes nada —le digo evitando volver a mirar a Trev en el proceso, y mientras me preparo para irme añado—: Mi contrato con este chico de compañía acaba de expirar.

Los ojos de Gigi se abren con sorpresa desmedida, pero yo me limito a levantarme sin decir nada más.

—Espera, Ellie… —oigo que dice Trev antes de que llegue a darme la vuelta, pero de repente el perro se pone a ladrar acallando sus palabras.

Por lo que intuyo me está ladrando a mí, pero no pienso quedarme a descubrir el porqué. Mi único cometido ahora mismo es perder de vista a Trev. Así que me pongo a caminar a paso rápido y no aminoro la marcha hasta que salgo de Central Park.

Extracto de la carta n.º 21

De *Soli* para *Goyo*

Goyo, tengo que contarte algo. Ayer soñé contigo.

Fue un sueño superraro.

Estaba en clase tan tranquila cuando de repente la puerta se abrió y entró el director acompañado de un nuevo alumno. Era alto y moreno, pero no podía verle bien la cara. La tenía borrosa, como en una foto vieja y desgastada.

Supe enseguida que ese chico eras tú.

¡No sabes lo contenta que me puse! Pensé que, por primera vez, asistiría a clase con un amigo de verdad.

No me malinterpretes, me llevo bien con mis compañeros, pero no podría llamar amigo a ninguno de ellos. Aunque quedemos para ir a la bolera o al cine, no tengo charlas profundas o íntimas con ellos. Solo reímos y pasamos el rato sin más.

No hay nadie que me conozca tan bien como me conoces tú, y eso que solo nos comunicamos por carta.

En el sueño era genial sentarme contigo en el aula, comer juntos en la cafetería y hacer juntos los trabajos en grupo.

Jo, me puso muy triste despertar y descubrir que todo había sido un sueño.

Capítulo 21

Ellie

Al día siguiente me despierto con la sensación de no haber dormido nada. Llevo desde ayer dando vueltas y vueltas al beso con Trev. Fue inesperado, no lo vi venir, y eso lo complica todo. Pensé que después de decirle que no quería seguir teniendo citas, me lo pondría fácil. No fue así. Al contrario, me besó, y luego apareció aquella chica, probablemente una clienta, dejando nuestra conversación a medias.

Tengo una comezón en la base del estómago, y ganas de hacerme una bolita y desaparecer. Pero no puedo permitirme el lujo de quedarme tumbada en la cama autocompadeciéndome, porque no puedo permitírmelo. Debo terminar la novela, corregirla, pedirle a Aria que haga una portada y preparar la promoción. Me llevo las manos a la cabeza agobiada por todo el trabajo que se me echa encima y procedo a levantarme de la cama e iniciar mi rutina matinal.

Me ducho, hago mi skincare de día, desayuno y me instalo en el escritorio para empezar la jornada laboral. Mis dedos vuelan sobre el teclado, aunque no estoy muy concentrada, todo sea dicho. El beso se reproduce en mi cabeza una y otra vez, en un bucle infinito.

Y lo siento… Sus labios presionando sobre los míos. Mi boca cediendo ante su lengua. Mi pulso desenfrenado cuando el beso se volvió más profundo y exigió más de mí.

¡Agh!

¿Por qué mi mente es incapaz de darme un respiro?

Por si fuera poco, a media mañana recibo un mensaje en el móvil, y cuando voy a revisarlo, descubro que es de Trevor.

TREVOR

¿Nos vemos hoy? Tenemos una conversación pendiente.

Me muerdo el labio con indecisión. Tiene razón, tenemos una conversación pendiente. Porque nos besamos, y porque después de ese beso me dijo que tenía algo que decirme, pero no sé si estoy emocionalmente preparada para verlo hoy. Ayer el día ya fue muy intenso, necesito descansar antes de volver a enfrentarme a él.

Cierro la aplicación de mensajería sin responderle, y me doy por vencida. Es imposible que hoy consiga escribir ni una sola palabra potable. No ayuda que mi protagonista masculino, el guapo y sexy Min Ho, me recuerde a Trevor. ¿Cómo voy a dejar de pensar en él así? Por suerte, ya estoy en la fase final de la escritura, lo que significa que muy poco podré publicarla.

En vistas de que hoy será un día infructífero, decido aprovechar el tiempo de otra forma. Cojo la esterilla de deportes, la extiendo sobre el suelo del salón y me tumbo encima. Luego, busco en la Smart TV a mi youtuber de Pilates preferida y empiezo a imitar sus movimientos en uno de los videos. Cultivar mi cuerpo me hace sentir menos culpable.

Estoy a punto de perder el equilibrio y comerme el suelo intentando adoptar la posición de la tabla lateral cuando mi teléfono suena, interrumpiendo mi rutina de ejercicios. Suspiro y me levanto para revisar quién es. Es una llamada de Aria. Extrañada, porque a estas horas está en el trabajo, respondo.

—Ellie, ¿estás en casa? —me pregunta Aria nada más descolgar. Parece ansiosa.

—Sí, ¿por qué?

—Uf, me salvas la vida. ¿Puedes ir a mi habitación y comprobar si me he dejado el informe de la estrategia de marketing para el kimchi de pepino sobre el escritorio?

—Vale.

Con el aparato en la oreja, abro la puerta de su habitación. Me da la bienvenida el caos habitual en mi amiga. Hay ropa por todas partes, la cama está deshecha y su escritorio es un desastre de papeles y objetos dispersos. Me acerco a él y empiezo a rebuscar entre el montón hasta dar con el dossier que mi amiga me ha pedido.

—Creo que ya lo tengo. Sí, está aquí.

—Vale, ¿podrías traérmelo? Soy tonta, y olvidé enviarme la versión corregida al correo. Tengo una reunión con el jefe en media hora y no me da tiempo de ir y volver. Porfiiii…. Te llevaré a cenar como recompensa. ¿Sí?

Me río, tampoco es que sean necesarios tantos ruegos para que acepte. A fin de cuentas no estoy haciendo nada de provecho y pasearme me irá bien.

—Claro, ahora mismo voy.

—Gracias, cielo. Eres la mejor amiga del mundo mundial. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Cuelgo la llamada y me dirijo al dormitorio para ponerme algo más presentable que los leggins y el top. Elijo un vestido de color chocolate con las mangas tres cuartos y un cinturón estrecho en la cintura, una cazadora de cuero de color camel, un pañuelo floreado perfecto para la primavera, medias y unos botines marrones, a conjunto con el bolso de estilo satchel que cojo antes de salir de casa con el informe de Aria dentro. El pelo lo llevo suelto, y una vez en el Uber, me pinto un poco con el maquillaje de emergencia que llevo siempre conmigo.

Llego a las oficinas de *Daebak* treinta minutos más tarde, una torre de vidrio y metal

ubicada en Midtown. No es la primera vez que vengo aquí, pero sí que es la primera vez que entro en sus instalaciones. En otras ocasiones me he limitado a esperar a Aria en la puerta para ir a tomar algo por el barrio juntas antes de volver a casa.

En la entrada, a la que accedo mediante una puerta giratoria, un agente de seguridad me permite el paso tras llamar a Marketing y preguntar por mí.

El vestíbulo del edificio es amplio y luminoso, y transmite sensación de modernidad e innovación. Hay pantallas digitales enormes colgadas de las paredes, donde se anuncian productos de la marca.

Atravieso las puertas canceladoras y luego cojo el ascensor hasta la planta número ocho. En el mostrador de recepción pregunto por el departamento que busco, y una chica muy amable me indica que siga un pasillo y luego gire hacia la derecha.

Sigo sus indicaciones y no tardo en llegar a una sala diáfana muy amplia con muchas mesas dispuestas de forma ordenada por el espacio. Hay gente por todas partes y me cuesta un poco encontrar a Aria. Está de pie junto a un grupo.

Me acerco a ella y a medida que acorto la distancia que nos separa me fijo en un hombre trajeado que está de espaldas, y que aguarda hablando con otro hombre un poco apartado del grupo de Aria. Frunzo un poco el ceño, pues aunque no puedo verle la cara hay algo en él que me resulta familiar. Cabello moreno, traje caro y una pose segura y confiada que estoy segura de haber visto en otra parte. Lo observo unos instantes con interés, pero Aria interrumpe mi análisis visual poniéndose en medio.

—¡Ay, ya estás aquí! —Me da un abrazo corto y luego me mira con ansiedad—. ¿Dónde está? Dime que lo has traído.

Con un sonrisa, saco el informe del bolso y se lo ofrezco.

—Lo he traído.

Ella lo coge, suspira con alivio y vuelve a abrazarme.

—¿Te he dicho ya que eres la mejor amiga del mundo y que te quiero?

—Sí. Varias veces en el transcurso de la última media hora —digo riendo, porque además de habérmelo dicho por teléfono me ha enviado varios mensajes al respecto, en un momento de exaltación de la amistad.

Ella se gira para hacerles un gesto de «Ok» al grupo con el que está, que me imagino que debe ser el equipo con el que trabaja, y luego sus ojos se desvían hacia el hombre de espaldas que ha llamado mi atención antes.

—Oh, espera. Voy a presentarte a alguien. —Se ríe por lo bajo, me coge del codo y me arrastra hasta llegar al hombre en cuestión. Yo no entiendo lo que pretende hasta que se sitúa detrás de él y le golpea el hombro con un dedo—. ¿Señor Park?

Ay, Dios, ¿señor Park? ¿Su jefe? ¿El CEO de la compañía?

La miro con los ojos fuera de las órbitas y gesticulando con la boca un NO rotundo. ¿Es que se ha vuelto loca? ¿De verdad pretende presentarme a su jefe? ¿A cuentas de qué?

Pero no me da tiempo a pensar en una estrategia de huida, porque el hombre se gira y todo lo que ocurre a continuación se vuelve confuso y caótico. Porque el hombre que tengo delante, que mira a Aria con las cejas alzadas y cierto desconcierto, no es otro que Trev.

¿Trev?

Mi mente funciona a tanta velocidad que estoy segura de que en cualquier momento empezaré a echar humo por las orejas. ¿Qué hace Trev aquí? ¿Y por qué Aria lo ha llamado señor Park? ¿Trevor y el señor Park son la misma persona? ¿Trevor es el jefe de Aria, el CEO de *Daebak*? Al comprender las implicaciones de todo esto, siento que el mundo se difumina a mi alrededor. Se me aflojan las rodillas, algo se atora en mi garganta y un peso muerto cae en mi estómago.

—Señor Park, quiero presentarle a mi amiga —dice Aria con una sonrisa, señalándome. Los ojos de Trev dejan de fijarse en Aria para fijarse en mí, y cuando nuestras miradas se encuentran su expresión se transforma. Sus ojos se agrandan, unas arrugas profundas se instalan en su frente y sus labios se separan conteniendo el aliento. Está en shock, conmocionado, y el pánico se instala en cada poro de su piel, puedo notarlo—. Se llama Ellie Woods y es una fan total de nuestra marca. Fue ella quién me recomendó trabajar aquí.

Aria espera que nos saludemos con un estrechón de manos, o que digamos algo, pero eso no sucede. No sucede porque estamos demasiado ocupados intentando procesar este encuentro repentino e inesperado que deja en el aire un montón de preguntas para las que no tengo respuesta.

—¿Pasa algo? —pregunta Aria sin comprender, en un susurro.

Antes de que ninguno de los dos pueda responder, el hombre que estaba hablando con Trev instantes antes, nos interrumpe.

—Señor Park, deberíamos empezar la reunión ya. Vamos con retraso.

Los ojos de Trev se ven obligados a apartarse de los míos para atender el reclamo del hombre, y yo aprovecho esta tregua para escapar. Doy media vuelta y ante la mirada desconcertada de mi amiga, me marcho sin despedirme, escapando de una situación que no entiendo y que, ahora mismo, me resulta demasiado abrumadora.

Llego al pasillo y apenas he recorrido unos pasos cuando unos dedos aferran mi muñeca en un agarre fuerte que me obliga a detenerme en el sitio.

Me giro y me enfrento a la mirada de Trev.

Una mirada aterrada, titilante e insegura que me mira como si el mundo se pudiera venir abajo en cualquier momento.

—Ellie, espera.

Capítulo 22

Trevor

—Ellie, espera —suplico, con la voz algo tomada. Tengo la boca seca y una bola de ansiedad encallada en la garganta.

—¿Eres el CEO de *Daebak*? —La voz de Ellie suena incrédula, dubitativa.

—Puedo explicarlo.

—Pues explícate.

Un par de empleados de la compañía pasan por nuestro lado, me saludan y nos lanzan una mirada curiosa. Mierda. Aprieto la mandíbula con frustración. Este no es el sitio adecuado para tener una conversación. De lo contrario, en media hora los rumores sobre nosotros circularan por toda la empresa preguntándose quién es ella y qué relación tiene conmigo.

—Ven. —Vuelvo a cogerla por la muñeca, esta vez un poco más suave, porque no se resiste, y la guio por el pasillo hasta mi despacho. Una vez dentro, me paso una mano por el pelo con nerviosismo. En este momento odio el día en el que mi padre decidió que diseñar una oficina con paredes de vidrio como muestra de transparencia era buena idea. Cualquiera que mire hacia aquí podrá vernos—. ¿Puedes esperar un momento? Dejaré a mi secretario encargado de la reunión y volveré. No te marches, por favor.

Ella hace un pequeño movimiento de cabeza, en una afirmación, y yo salgo escopeteado de vuelta al departamento de Marketing. Entro en la sala de reuniones donde todos me esperan y me acerco a Su-Ho para susurrarle al oído que me ha surgido algo y que le dejo al frente de todo. Él me mira raro, pero no dice nada, se limita a cambiarse de sitio para encabezar la mesa. También siento la mirada escrutadora de la señorita Jones puesta en mí. Quién acabo de descubrir que es Aria, la amiga de Ellie. Debe tener muchas preguntas también.

Cuando regreso al despacho me toma unos instantes encontrar a Ellie. No se ha sentado en el escritorio o en el sofá, espera de pie frente a la cristalera, absorta mirando la ciudad. Me acerco a ella despacio y cuando llego a su altura, sin necesidad de decir nada, ella se da la vuelta y me mira. Veo la confusión en sus ojos, la confusión envuelta junto a algo más.

—¿Cuánto cuesta comprar un edificio como este en esta zona? ¿100 millones? ¿200?

—No lo sé —admito con la voz queda, sin entender a dónde quiere llegar.

—Es qué cuanto más lo pienso, menos lo entiendo. —Sus cejas se arrugan—. ¿Por qué el CEO de una empresa que cotiza en bolsa y que puede permitirse comprar un edificio como este trabaja como novio de alquiler. No lo entiendo.

Trago saliva y antes de que pueda ofrecerle una respuesta a la altura de su pregunta, veo de reojo como un grupo de empleados pasa por delante y nos observa desde fuera. Mierda. Este no es el sitio adecuado para abrirme en canal y servirle mi corazón en bandeja. Necesitamos salir de aquí.

Me muerdo el labio y pienso una alternativa.

—¿Te importaría acompañarme a otro sitio? Nunca he creído que el trabajo sea el lugar para tratar asuntos personales.

Ellie sigue mi mirada hacia el exterior, donde un nuevo grupo de empleados se detiene para mirarnos y cuchichear. Asiente, entendiendo mi punto.

—¿Dónde quieres ir?

—A mi casa.

—¿Rhys y Mike no están en ella?

—Me refiero a mi casa de verdad.

Las cejas de Ellie se elevan con desconcierto.

—Supongo que eso tiene sentido. ¿Por qué alguien que factura millones de dólares cada vez

necesitaría compartir piso? —pregunta con resentimiento.

—Vayámonos de aquí y deja que te lo cuente todo.

***

Los nervios se instalan en mi estómago cuando abro la puerta de mi apartamento ubicado frente a Central Park. Ellie me acompaña, pero lo hace recelosa, con los labios fruncidos, las cejas arrugadas y los brazos cruzados. Está a la defensiva y no ha dicho ni una sola palabra durante el trayecto. No puedo culparla, a fin de cuentas acaba de descubrir que no soy quién ella creía. Y está a punto de descubrir también que soy un mentiroso compulsivo. Si fuera Pinocho, ahora mismo mi nariz estaría tocando el Taj Mahal. Debo estar agradecido de que haya aceptado acompañarme hasta aquí para escuchar lo que tengo que decirle.

Entramos y conduzco a Ellie desde el vestíbulo hasta el salón-comedor-cocina, un espacio amplio de estilo industrial con paredes de ladrillo vista, suelos de madera oscura y grandes ventanales que ofrecen una vista impresionante del parque. Enciendo algunas luces para crear un ambiente más acogedor mientras Ellie se sienta en el sofá de cuero marrón que hay en medio de la estancia.

Parece tensa e incómoda, y en un intento para relajar la situación, volteo la isla de cocina de microcemento gris, a conjunto con las encimeras, y elijo un vino tinto del botellero. Sirvo dos copas y le ofrezco una. Ella la acepta con cierta vacilación, y yo me siento a su lado.

Quiero romper este silencio que nos envuelve y que me asfixia. Las palmas de las manos me sudan, tengo un nudo en la garganta y me arde el estómago.

Cojo aire, lo dejo ir despacio y decido empezar por el principio.

—Antes me has preguntado por qué el CEO de Daebak necesitaba trabajar como novio de

alquiler. Pues bien, la respuesta a esa pregunta es que, en realidad… no lo soy. Novio de alquiler, quiero decir.

Los ojos de Ellie se agrandan y su mirada busca la mía.

—Espera, ¿qué? ¿Me estás diciendo que no trabajas en *Fake Boy*? —Niego con un movimiento de cabeza y Ellie contiene el aliento. Deja la copa sobre la mesita de centro y se lleva una mano al pecho como si quisiera contener el corazón dentro de su caja torácica—. Eso no tiene sentido. Apareciste en el jardín comunitario de West Side a la hora prevista preguntando por mí. Y me dijiste que era el hombre que esperaba. Es más, te pregunté si venías por parte de la agencia y me respondiste que sí. —Se hace un breve silencio, un breve silencio en el que Ellie acaba de encajar las piezas de este puzle—. ¿Me mentiste?

Mientras me enfrento a su mirada acusadora, doy un sorbo al vino para darme tiempo a responder. Mierda. Debería decirle que sí, que le mentí, y que lo hice porque soy Goyo, pero… estoy convencido de que en cuánto lo haga, Ellie va a reaccionar de la peor manera. Probablemente se levante y se largue sin querer escuchar la versión completa, y la idea de perderla cuando por fin nos hemos reencontrado, me mata por dentro.

Así que decido ser de nuevo un cobarde.

Una vez más.

—Antes de nada, déjame que te cuente lo que ocurrió aquella tarde. Porque sí, te mentí, pero todo tiene una razón de ser. —Carraspeo reorganizando las ideas mientras Ellie me mira apremiante—. Todo empezó con un accidente. Mi chófer tuvo la mala suerte de atropellar a un chico que iba en bicicleta para salvar a un niño que apareció de la nada. Acabé con ese chico en el hospital y mientras esperábamos a que lo atendieran, me contó muy apurado que trabajaba como novio de alquiler y que una chica lo esperaba en algún punto de la ciudad. El pobre no tenía forma de comunicarse con ella porque su móvil se había hecho trizas en la caída y… bueno, yo me ofrecí a ir en busca de esa chica y contarle lo que había ocurrido, porque me sentía un

poco responsable de lo que había pasado y quería ayudar. Y eso es lo que hice. Le dije a mi chófer que me llevara a West Side y una vez allí… busqué a esa chica. —Cojo aire y lo dejo ir despacio—. Y esa chica… resultaste ser tú.

Hago un parón para mirar a Ellie, por si quiere preguntarme algo en concreto sobre lo que acabo de decir, pero está tan conmocionada que no dice nada. Prosigo. Y aquí es donde tengo verdaderas dificultades para explicarme. Una parte de mí me pide que sea valiente, que le diga que soy *Goyo* y que por eso al verla simplemente me dejé llevar por la situación, pero la otra… la otra está cagada de miedo, porque la idea de perderla se me antoja insoportable, y es a esta parte a la que escucho cuando suelto:

—Me gustaste tanto a simple vista que cuándo me preguntaste si yo era el chico de la agencia que habías contratado, mentí. —Trago saliva, consciente de que en algún momento estas palabras van a volver a mí como un boomerang por falsas. Aunque, siendo honesto, sí me gustó a simple vista—. Tú parecías apurada, y pensé, ¿por qué no ayudarla? A fin de cuentas tú solo necesitabas a un hombre que fingiera ser tu novio frente a tus padres, y eso era algo que yo podía hacer. Pensé que estaba haciendo algo bueno por ti.

—¿Se supone que debo darte las gracias por mentirme y hacerte pasar por alguien que no eras? —Chasquea la lengua contra el paladar, con enfado—. Además, no sé a quién pretendes engañar con eso de que te gusté a simple vista…

—Pero es que eso es cierto. Te miré unos minutos desde la distancia antes de llegar a la conclusión de que serías tú la chica que buscaba, y joder, me pareciste preciosa. Así que… cuando me preguntaste con alivio e impaciencia si yo era la persona que esperabas… se me fundieron las neuronas y dije que sí.

—Vale, fingiré que entiendo por qué te dejaste llevar en aquel momento inicial, pero ¿por qué no me contaste la verdad al terminar esa cena?

—Porque te habrías enfadado y yo quería seguir conociéndote.

—¿Seguir conociéndome? ¿En base a una mentira?

—Reconozco que ese no fue el momento más lúcido de mi vida.

—¿Y qué pintan Rhys y Mike en todo esto?

Ella me fulmina con la mirada y yo me siento cada vez más culpable.

—Rhys es el chico de la agencia al que atropellé. Él tenía que ser tu novio ficticio. Cuando propusiste pasar a recogerme por mi casa, pensé que sería mejor darte su dirección que la mía. Lo que, en retrospectiva, fue una cagada tremenda.

—¿La agencia sabe de este chanchullo?

—¡No! —suelto con preocupación—. Y te suplico que no les digas nada, meterías en problemas a Rhys y él no tiene la culpa. Lo hice todo sin su consentimiento.

—Por lo que veo, hacer las cosas sin el consentimiento de la otra parte es lo tuyo.

—Ellie… yo…

—Es que todo esto carece de sentido —me corta ella, escalando su indignación y enfado varios niveles.

—Lo sé —admito con un hilo de voz.

—¿Por qué alguien cómo tú montaría todo este embrollo solo por conocer a una mujer? Eres rico, guapo, exitoso. Seguro que puedes conseguir la chica que quieras con tan solo chasquear los dedos. ¿Por qué complicarte la vida conmigo?

Porque eres *Soli*. Porque lo nuestro es destino.

Pero no puedo decirle eso, maldita sea. Así que me conformo con una media verdad.

—Porque no me complicas la vida, me la haces más bonita.

—No te creo. —Sus ojos se humedecen.

—El otro día en Central Park iba a explicártelo todo, Ellie. Te juro por mi vida que iba a confesarte la verdad. Estaba decidido a hacerlo, incluso si con eso lo jodía todo entre nosotros.

Pero entonces tú dijiste que habías empezado a sentir algo por mí, nos besamos, apareció Gigi… y todo se fue al traste. Siento que lo hayas descubierto de la peor manera. ¿Quién me hubiera dicho que la señorita Jones era la Aria de la que tanto me hablabas?

Ella me mira con recelo, como si no terminara de creerme.

—Solo una puntualización. No nos besamos, tú me besaste a mí. Y ya que sacas el tema, ¿por qué lo hiciste?

—¿Puedo hacer una puntualización de tu puntualización? —Ella me mira con los ojos entrecerrados, pero aun así, lo suelto—: Yo te besé, pero tú me devolviste el beso. Y lo hice porque… —dejo el vaso de vino en la mesita de centro, junto al suyo—, yo también siento algo por ti, Ellie.

Mi mirada y la suya se quedan entrelazadas durante un rato demasiado largo. Mis ojos bajan hasta su boca y siento los suyos fijos en la mía, pero ella sacude la cabeza en un movimiento negativo y se pone de pie.

—Esto no va a salir bien.

—¿Por qué? —digo levantándome también.

—Por qué me has mentido, ni siquiera sé quién eres.

—Sí que sabes quién soy. Lo sabes todo sobre mí. Dije que era directivo de una gran empresa. Que vivía en un ático frente al Central Park. Que estudié Administración y Dirección de Empresas en Columbia. Que me gradué con honores. Que me gusta el orden, leer, la música clásica y cocinar.

Ellie parpadea, desconcertada, como si de pronto cayera en la cuenta de que estoy en lo cierto, de que desde el principio le di esa información.

—Pero hiciste trampa. Me hiciste creer que todo eso formaba parte del personaje ficticio que te habías inventado para nuestra farsa.

—En todo caso, s oy la misma persona con la que fuiste al festival de ovejas de tu pueblo, y

el mismo hombre con el que has salido en citas desde entonces. Puede que viva en un piso lujoso, o que tenga un trabajo un pelín distinto al que tú imaginabas, pero sigo siendo el mismo.

—No sé si voy a poder confiar en ti después de esto.

—Inténtalo.

—Odio que me mientan.

Cierro los ojos con fuerza, odiándome un poquito más. Porque, por mucho que me pese, las mentiras no han terminado.

—Lo sé.

—¿Y si me haces daño? No quiero que me rompas el corazón.

—Pero es que yo no quiero romperte el corazón, Ellie. Lo que yo quiero es protegerlo. Guardarlo en una cajita y venerarlo cada día hasta el día en que me muera. Déjame demostrarte que puedo hacerlo. Que puedo salvaguardar tu corazón y hacerte feliz. Todo a la vez. —Me lamo los labios, pensando en la forma de hacerle entender que lo que siento es sincero, que puede confiar en mí a pesar de todo—. Hay un proverbio indio que dice: A veces el tren equivocado te lleva a la estación correcta.

—Espera… —Sus ojos se abren de par en par al reconocer la frase—. ¿Has visto *Aterrizaje de emergencia en tu corazón*?

—Sí, lo he hecho, pero ese no es el caso. El caso es que ese proverbio define muy bien parte de mi existencia. Llevo años creyendo que estaba en el tren equivocado, viviendo en una inercia que no me gustaba, hasta que te vi en aquel jardín del West Side y supe, sin duda, que, equivocado o no, ese tren me había llevado a la estación correcta.

Unas lágrimas se enredan en las pestañas de Ellie.

—¿Cómo se supone que voy a rechazarte después de citar a una de mis series favoritas? —Sus ojos vuelan hacia mis labios y se mantienen allí, fijos.

—Pues no lo hagas. No me rechaces, Ellie.

Doy un paso hacia delante acortando la distancia que nos separa, y al ver que Ellie no lo hace, no me rechaza, acuno su rostro con las manos, bajo la cabeza y la beso.

Capítulo 23

Ellie

Los labios de Trev presionan los míos, el estómago me da un vuelco y el corazón se me desboca. Trevor me sostiene el rostro con delicadeza, ladea el suyo y mueve su boca sobre la mía. Atrapa mi labio inferior, lo muerde con suavidad y luego lo deja ir en un chasquido que me vuelve loca y me arranca un suspiro.

Esto se le da bien, demasiado bien, y quiero preguntarle quién le ha enseñado a besar así. Debe ser algo innato. O tener mucha práctica a sus espaldas. Sea como sea Trev besa como los dioses y yo necesito tenerlo cerca, más cerca, así que le rodeo el cuello con los brazos para apretarlo contra mí. Como respuesta, Trev saca la punta de la lengua y acaricia la unión que hay entre mis labios con ella. Sabe a vino, a vino y algo más, a él, y cuando abro la boca y su lengua y la mía se encuentran, deja escapar un gemido ronco, de alivio, que me bebo con desesperación, porque lo siento vibrar atravesando todo mi cuerpo.

Debería parar, porque tengo la cabeza hecha un lío y porque no soy una mujer que tome decisiones precipitadas. Y hacer esto con Trev es, sin duda, precipitado. Porque Trev no es solo un novio de alquiler, es el CEO de *Daebak*, una multinacional que cotiza sus acciones en bolsa, y eso tendría que hacerme replantear muchas cosas, ¿no? Sin embargo… mi cuerpo ignora mi parte racional y va por libre. Estoy desatada. Siento el deseo recorrer mis venas a gran velocidad e instalarse en cada recoveco de mi interior. Y no puedo parar. Mierda, no quiero parar. Al contrario, quiero más. Mucho más. Y se lo hago saber atrapando su lengua con los labios en un movimiento rítmico y erótico que recuerda al que suele hacerse en otra parte del cuerpo.

Trev gruñe de nuevo, esta vez con desesperación. Deja de acunarme el rostro y empieza a explorar mi cuerpo por encima de la ropa. Su boca se abre exigiendo más lengua. Desliza las

manos por mi espalda, por mis caderas y mi trasero. Y lo siento duro contra mí. Ser consciente de su erección provoca que la excitación palpite dentro de mis braguitas

—Joder, Ellie, me gustas tanto… —ronronea contra mi boca.

Deja de besarme un instante para mirarme y todo lo que puedo ver es sus pupilas dilatadas por el deseo y los labios hinchados por los besos que nos hemos dado. Habla en serio cuando dice que le gusto. Lo noto. Esto es verdad. Puede que me haya mentido en otras cosas, pero sus sentimientos por mí son sinceros.

Y supongo que por eso me dejo llevar. Porque al final todo eso es lo importante.

—Hacerse pasar por novio de alquiler es lo más estúpido que un hombre ha hecho por mí.— La voz me sale tomada, algo ronca.

—No tienes la menor idea de las estupideces que haría por estar contigo, Ellie.

Su lengua se mete en mi boca de un golpe profundo y fuerte y soy incapaz de reprimir el gemido que escapa del fondo de mi garganta. Guau… nunca nadie me ha besado así. Con tanta ansia y necesidad. Como si el mundo pudiera estallar si dejáramos de besarnos.

Trev me coge el culo con la mano y me aprieta contra él, encajando nuestros sexos. La presión de su miembro contra mi centro de placer provoca una sacudida de excitación que sube en espiral por mi espina dorsal. Nuestras lenguas se enredan en una batalla sin fin, y yo siento que ardo. Ardo tanto que doy un tirón a los bajos de su camisa para sacarla de la cintura del pantalón y así poder colar mis manos por debajo. Mis dedos encuentran la piel cálida de su torso y trazo con ellos el contorno de sus músculos, duros y firmes. Trev me imita, y desliza una mano por debajo de mi falda, agarrándome el culo por dentro de las braguitas. Me estruja una nalga, y la aprieta con fuerza contra él mientras rota sus caderas para que pueda sentir cada centímetro de su miembro. Jadeo. Nuestras respiraciones están entrecortadas y puedo sentir mi corazón latir con fuerza contra mis costillas.

Creo que nunca he estado tan excitada. Noto las braguitas húmedas y el sexo palpitante.

—Joder, Ellie, me pones tanto —dice besando la piel de mi cuello. Muerde, lame, resigue la línea de mi mandíbula y vuelve a besarme—. Llevo tanto tiempo soñando con esto…

Me agarra del culo con las dos manos y me sube hacia arriba, obligándome a envolverle el cuello con los brazos y las caderas con las piernas. Camina conmigo a cuestas por la habitación y me sienta sobre uno de los muebles de la sala, un aparador de madera y metal. Libre de mi peso me besa una última vez en la boca antes de hacerlo en otras partes de mi cuerpo.

El vestido que llevo es de licra, así que Trev baja la parte superior para dejar al descubierto mi sostén. Me mira a los ojos unos instantes, con picardía, y luego me lo quita para exponer mis pechos desnudos. Los estruja con las manos, acaricia mis pezones sirviéndose de los pulgares y luego se los mete en la boca por turnos. Arqueo la espalda en busca de más. Mi piel se eriza con cada caricia, y pequeños relámpagos de placer conectan con mi sexo.

No tarda en ponerse de rodillas frente a mí, separar mis piernas y colocarse en medio. Me quita los botines de un tirón, se deshace de las braguitas y los pantis y me sube la falda a la cintura. Empieza a besarme la cara interna de los muslos, acercándose peligrosamente hacia mi entrepierna. Cuando me acaricia el pubis con los labios, el aire sale de mis pulmones en un gemido rápido. No recuerdo cuándo fue la última vez que un hombre se arrodilló frente a mí para darme placer con la boca. Muchos años, seguro.

Contengo el aliento cuando Trev acaricia mis pliegues con la punta de la lengua antes de usarla entera para recorrer mi hendidura y subirla hasta el clítoris. Pierdo la noción de la realidad, dejándome llevar por el placer más crudo que he experimentado nunca. Cierro los ojos, arqueo las caderas para intensificar el contacto y hundo mis dedos en su pelo negro, atrayéndolo más a mí. Lo siento sonreír contra mi sexo antes de colocar una de mis piernas sobre un hombro y volver a lamerme con ganas. Y luego su lengua empieza una dulce tortura en la que alterna movimientos lentos y rápidos que me vuelven loca, porque me acercan al orgasmo tan rápido como me alejan de él.

Succiona, lame, vuelve a succionar. Sigo moviendo las caderas con ritmo mientras su boca

me come con un hambre voraz.

He escrito escenas como estas antes en mis novelas, pero está claro que una cosa es escribirlas y otra muy distinta experimentarlas en carne propia. Ahora soy consciente de lo poco que he hecho justicia al sexo oral en mis novelas. Puede que sea porque ningún hombre antes de Trev me había gustado tanto. O puede que sea por este sentimiento de familiaridad que me acompaña desde que nos vimos la primera vez. Pero con Trev puedo disfrutar y dejarme llevar por el momento, a pesar de sentirme vulnerable y expuesta.

Su boca sigue devorándome y su lengua alcanza una velocidad que convierte el orgasmo en imparable. Un hormigueo intenso se extiende de mi centro hasta todas direcciones. Me tenso de placer, me arqueo, tironeo su pelo, convulsiono y exploto en un millón de pedazos a la vez que caigo al vacío.

Cuando el orgasmo acaba de azotarme entera y mi pulso se estabiliza un poco, busco a Trevor con la mirada, que sigue en el mismo sitio, de rodillas entre mis piernas, mirándome con los ojos oscurecidos y los labios húmedos. Creo que he gritado mientras me corría, no lo sé, no estoy segura, estaba tan fuera de mí que he perdido el control de todo mi cuerpo. Sea como sea Trev no deja de mirarme como si fuera la cosa más genial que ha visto en su vida y la necesidad de corresponderle se adueña de mí.

Hago ademán de bajarme del aparador. Trevor se pone en pie y me ayuda. Poniéndome de puntillas, pues ahora sin los tacones de los botines soy bastante más bajita que antes, le beso en la boca con profundidad. Sabe a mí, a él, a vino, a sexo y ganas.

Mientras nuestras lenguas se enredan de nuevo, yo lucho con su cinturón hasta conseguir desabrocharlo. Luego la lucha es con los botones del pantalón y la cremallera. Mis dedos se deslizan entre el elástico de sus bóxers y acaricio su polla dura en toda su extensión. Es grande y gruesa, y está preparada para mí. Un sonido ronco escapa del fondo de su garganta cuando agarro su grosor entre los dedos y los muevo rítmicamente hacia arriba y hacia abajo.

Dejo de besarlo y tocarlo, me pongo de cuclillas para bajarle el pantalón, dispuesta a regalarle el mismo placer que me ha provocado él, pero antes de que llegue a tirar de la cinturilla hacia abajo, sus manos inmovilizan las mías por las muñecas. Es un movimiento brusco, inesperado, y cuando subo mi mirada en busca de la suya, veo algo que no sé reconocer en el fondo de sus iris oscuros.

—Estoy muy excitado, no quiero correrme vergonzosamente a los cinco segundos como un adolescente. Ven. Sigamos en mi habitación.

Me levanta de un tirón y luego por sorpresa me coge en volandas y me besa. Poco a poco empiezo a olvidar el momento extraño que acabamos de vivir. Lo único que importa es sus besos, que se vuelven profundos, demandantes y necesitados.

Atravesamos una puerta y cuando quiero darme cuenta estoy encima de una cama. La luz está apagada y apenas puedo ver más que unas sombras. Lo escucho desvestirse con prisas, y yo hago otro tanto, quitándome el vestido por la cabeza y tirándolo a un lado.

—¿Podrías encender una luz? Me gustaría verte —musito cuando siento una mano recorrer mi cuerpo desnudo para terminar acariciando el vértice que hay entre mis piernas.

Mi pulso vuelve a acelerarse y me enciendo más rápido que una cerilla. Trev sabe dónde tocar para que mi deseo aumente varios niveles de golpe.

—A mí me gusta hacerlo así, es más excitante —asegura con la voz ronca.

No estoy en condiciones de llevarle la contraria, no cuando empieza a acariciarme el clítoris con los dedos y todo lo que necesito en este momento es sentirlo dentro.

—Oh, por Dios, llename de ti de una vez —prácticamente suplico.

—Ahora mismo.

Trev desaparece unos instantes en la oscuridad y le escucho abrir un cajón y sacar algo de él. Algo que desgarra y que imagino que es un condón. No poder seguir sus movimientos con los ojos es bastante desconcertante. Pero enseguida regresa, se tumba sobre mí y consigue que de

nuevo me olvide de todo.

Nos besamos mientras nos restregamos el uno contra el otro. Trev juega con su miembro en mi entrada y yo subo las caderas para forzar el contacto. No siento alivio hasta que me penetra en una estocada profunda. Suspiramos a la vez, disfrutando de este primer encuentro. Trev se toma unos instantes antes de volver a moverse, como si estuviera acomodándose a mis músculos interiores. Cuando lo hace, sus movimientos son lentos y pausados, pero también firmes y decididos.

Puede que no pueda verlo, pero sí puedo sentirlo. Y lo siento todo con una intensidad abrasadora. Por todas partes. Nunca me había sentido tan bien. Tan completa.

—Me vuelves loco, Ellie —susurra.

La cadencia de sus movimientos se acelera un poco y con ella lo hace el placer arremolinándose en mis entrañas. Beso su cuello y su piel está caliente y húmeda bajo mis labios.

Me muevo a su ritmo, disfrutando de cada embestida que me llena y me aturde por igual. Mis pechos están aplastados contra su torso masculino, y me embriago de su rico aroma, a perfume, desodorante, champú y su propio olor personal, que ahora se entremezcla con el del sudor y el sexo.

Mis dedos se clavan en su espalda cuando el orgasmo me invade de pronto, por sorpresa. No lo vi venir, y jadeo, gimo, grito y susurro su nombre mientras mi vagina se contrae, apretando su polla dura.

—Oh, joder. —Trev aprieta la mandíbula, empuja más fuerte, haciendo que nuestras caderas choquen una y otra vez y que mi orgasmo se eternice. Y, entonces lo siento, como lo arrastro conmigo, como su miembro se tensa y se corre en un empujón final.

Lo atraigo a mi boca y lo beso, tragándome sus gruñidos mientras él tiembla sobre mí.

Y mientras nos recuperamos del sexo más increíble que he tenido en mi vida, tomo la decisión de confiar en Trev.

Un hombre que se toma la molestia de ver una serie porque a mí me gusta, citarla como confesión de amor y que luego es capaz de hacer magia con la lengua y la entrepierna, se merece como mínimo el beneficio de la duda.

Y con esa certeza, lo atraigo hacia mi boca y lo vuelvo a besar. Algo me dice que esta noche va a ser larga. Muy larga.

Capítulo 24

Ellie

@DreamyLoveStories. ¡Ya he leído la historia de Min Ho! Me ha encantado de principio a fin. ¡Felicidades!

@JennasBookstore. @elliepark La espera ha valido la pena. Esta novela es la mejor que has escrito hasta la fecha.

@InTheRoad. ¡Dios estoy completamente enamorada de Min Ho! ¿Alguien sabe dónde puedo encontrar un hombre así para mí?

@CaptivatedHearts. @elliepark Tu nueva novela es sublime. ¿Tendrá algún spin-off? Me he quedado con el mono de seguir leyendo.

@RomanticEpilogues. Siempre es un placer leerte, pero esta vez te has superado. ¿En quién te has inspirado para crear a Min Ho, por cierto? Aún no lo has mencionado y me muero por saberlo. Es tan perfecto…

—¿Piensas contestarle? A mí también me gustaría saber ese detalle.

La voz de Trev me sobresalta desde detrás y cierro la app de Instagram con la esperanza de que no haya visto gran cosa.

—¡Jolín, qué susto me has dado! —me quejo dándome la vuelta y le doy un manotazo en el brazo que él recibe con una sonrisa pícara.

Hemos quedado en la zona de novela romántica de Mcnally Jackson, una de mis librerías favoritas de Nueva York. Me encanta porque siempre organizan muchas charlas con autores, además de otros eventos literarios, y el café *latte* que preparan en su cafetería es de los mejores de la ciudad. Así que no podía pensar en otro sitio mejor que este para celebrar que por fin he publicado mi novela.

—Ey… No es culpa mía que estuvieras tan abstraída mirando el móvil —alega Trev en su defensa y antes de que pueda decir algo al respecto, me atrae hacia él para besarme. Nuestras bocas se unen en un beso tierno y ligero, acorde al lugar donde estamos, pero que es suficiente para que todo mi cuerpo se eleve y acabe perdiendo el mundo de vista. Y por el brillo posterior que detecto en los ojos de Trev, intuyo que es perfectamente consciente del efecto que produce en mí—. Te he echado de menos —murmura a continuación sin dejar de observarme con sus hermosos ojos rasgados y no puedo hacer otra cosa que sonreír como una tonta—. ¿Y tú a mí?

—¿Yo?

—Sí… ¿Has pensado mucho en mí en estos dos días que hemos estado separados?

Analizo sus palabras mientras intento liberarme del hechizo de sus ojos.

Por supuesto que le he echado de menos. Le he echado de menos cada hora y cada minuto como si volviera a ser una adolescente de hormonas revolucionadas. Pero se da el caso que yo ya pasé por esa etapa hace mucho y en la actualidad tengo obligaciones. Entre ellas una novela que tenía que salir publicada como fuera. Así que desde que me acosté con Trev la primera vez, hace un par de semanas, me he visto envuelta en una batalla entre la imperiosa necesidad de verle a todas horas y mi sentido común avisándome de que tenía que trabajar. Por suerte la novela ya la tenía prácticamente terminada y el trabajo que quedaba por hacer, como corrección y demás, no requería de la concentración que exige la escritura. De lo contrario no sé cómo lo hubiera hecho, la verdad. Sea como sea lo que importa es que al final todo ha salido bien. Mi nueva novela ha visto la luz en la fecha que prometí a mis lectoras y aquí estoy a punto de celebrarlo con Trev.

Aunque que haya empezado algo con él no significa que haya superado del todo mis fantasmas del pasado, claro está. Decidí darle un voto de confianza, sí, pero una parte de mí todavía tiene miedo. Miedo a volver a sufrir por amor. Y esa es la parte que ahora le contesta.

—¿Bromeas? Tenía demasiado trabajo con la novela como para echarte de menos.

Dicho esto, me libero de su brazo y rodeo una mesa al mismo tiempo que intento concentrarme en los libros que están expuestos sobre ella.

—Venga ya… ¿Por qué no admites que no has podido dejar de pensar en mí? —sigue insistiendo Trev en tono juguetón, pero yo le ignoro y me pongo a buscar uno de los libros que quiero comprar.

—No lo entiendo… —murmuro al cabo de un momento—. El último libro de Tracy Conrad debería estar aquí pero no lo encuentro.

Trev deja el libro que estaba hojeando y sigue la dirección de mi mirada.

—¿Cuál es el título? Te ayudo a buscarlo.

Durante la siguiente media hora nos dedicamos a buscar el libro en cuestión y cuando estoy a punto de ir a preguntar al mostrador de información, Trev lo encuentra en un expositor. Sonrío con satisfacción y continúo mirando mesas y estanterías, mientras Trev sigue mis pasos. Una vez encuentro todos los libros que quería comprar me dirijo a la caja para pagar, pero al final lo acaba haciendo Trev por mí. Según dice es un regalo para premiar mi esfuerzo y yo no puedo impedir que mi corazón se ablande un poco más ante su detalle. Por eso se lo agradezco de la manera más sincera que se me ocurre. Le doy un beso en la mejilla y antes de que él tenga tiempo de reaccionar, le cojo del brazo y le arrastro hacia la cafetería para invitarle a algo.

Cinco minutos más tarde ya estamos acomodados en una de las mesas esperando a que nos sirvan lo que hemos pedido. Le echo un vistazo a la bolsa de los libros y tras agradecerle de nuevo a Trev que me los haya regalado me fijo en un grupo de personas a lo lejos. No tardo en

comprender que acaba de empezar una firma de libros y la gente está haciendo cola para que el autor en cuestión les firme un ejemplar. A esta distancia no consigo ver bien de quién se trata, pero lo que sí es seguro es que todo el mundo parece muy emocionado. Tanto que no puedo evitar que me atraviese una pequeña punzada de envidia. Por un instante me pregunto cómo sería, si yo fuera la que estuviera sentada tras esa mesa firmando mis novelas, pero aparto esos pensamientos al instante. Es tontería perder el tiempo pensando en algo que nunca va a pasar.

A todo esto, la camarera nos sirve el café *latte* que hemos pedido, junto con un par de raciones de pastel de zanahoria, y tras darle las gracias me percato de que Trev me está observando con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? —le pregunto cogiendo la cuchara—. Prueba un trozo de pastel. Ya verás lo bueno que está.

—Nada, es solo que me ha chocado un poco la cara que estabas poniendo. —Él también coge su cuchara y se lleva un trozo de pastel a la boca que recibe con satisfacción—. Ummm. Tienes razón, está muy rico.

Mi frente se arruga con relación a lo primero que acaba de decir.

—¿Qué quieres decir con eso de que te ha chocado mi expresión? ¿Qué cara he puesto?

Trev ladea la cabeza, pensativo, mientras acaba de masticar.

—Pues… Era algo así como la cara de una escritora que se siente, como lo diría... un poco insatisfecha, supongo.

—¿Qué? —La arruga en mi frente se intensifica y esbozo una sonrisa de incredulidad— ¿A qué viene esto? Yo no me siento insatisfecha ni mucho menos.

—¿No? ¿Seguro?

—Ya te dije que me siento muy privilegiada de poder escribir sin presiones y no lo

cambiaría por nada.

—Lo recuerdo, sí. Pero cuando observabas esa firma de libros me ha dado una impresión diferente. Como si desearas ser tú la que está tras esa mesa con el boli en la mano.

—A ver… No te digo que no sería bonito. Pero eso implica que primero tendría que darme a conocer y esa decisión me acarrearía muchos más contras que beneficios.

—¿Estás segura de que los contras superarían a los beneficios? El miedo a veces no nos deja ver las cosas con claridad.

—Espera, ¿quién ha dicho que tengo miedo?

—Tú misma. Admitiste que sentías miedo a salir de tu zona de confort, pero intuyo que a ese temor se le suman unos cuantos más.

—¿Y en qué te basas para haber llegado a esa conclusión?

—Ummm, pues para empezar porque a estas alturas todavía no me has dicho cuál es tu pseudónimo lo que me lleva a pensar que es porque tienes miedo a sentirte juzgada por mí o algo así, lo que es ridículo. Además ya leí una de tus escenas en primicia, ¿recuerdas? Y me pareció la ostia de estimulante. No deberías sentir vergüenza.

Fijo mi mirada en el café al que le doy vueltas con la cuchara, dándome unos instantes para pensar en sus palabras. Tiene razón, aún no le he dicho mi pseudónimo, pero el motivo por el cuál no lo he hecho nada tiene que ver con el miedo a ser juzgada. Creo conocer a Trev lo suficiente como para saber que nunca me juzgaría por lo que escribo. Aunque no sea lector de novela romántica sé que no es una de esas personas que la cree inferior a otros géneros. El motivo por el que no se lo he dicho es mucho más prosaico y está relacionado con mi deseo irracional de vivir en el anonimato, en una burbuja tranquila y segura donde las cosas se mantienen inalterables, y donde puedo compartir mis escritos sin tener que enfrentarme a lo que sucede ahí fuera.

Puede que mi autoestima siga aún un poco tocada después de mi relación con Justin y que esconderme del mundo sea una consecuencia directa de ese trauma emocional.

Levanto la mirada hacia Trev que espera paciente a que intervenga de nuevo y el corazón me da un vuelco cuando nuestros ojos se encuentran. ¿Cómo puede tener el poder de hacerme sentir reconfortada con tan solo una mirada?

Cojo aire, lo dejo ir despacio y tomo una determinación. Se lo voy a contar. Puedo confiar en él. Lo dejaré entrar en mi burbuja tranquila y segura.

—Está bien, tú ganas. Mi pseudónimo es… Ellie Park

—¿Ellie Park? —Repite Trev con expresión divertida y aunque me dé un poco de vergüenza no me queda otra que explicarle de donde he sacado ese apellido.

—Sí, elegí ese pseudónimo después de ver la secretaría Kim y quedarme prendada del actor que interpreta al protagonista. Me gustaría decir que tras mi elección hay una causa más profunda pero no es así.

—Bueno, tal vez sí que hay una razón más profunda...

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero que quizás el destino sí que hizo de las suyas sin que tú lo supieras. Yo me apellido Park, con lo cual si las cosas salen bien entre nosotros ese podría acabar siendo tu apellido real… ¿Comprendes lo que te digo?

Mis mejillas se tiñen de rojo ante su insinuación. Ay, Dios, ¿cómo no lo había pensado antes? El apellido de Trev es el mismo que elegí en su día para mi pseudónimo. Avergonzada, me tapo la cara con la taza con la excusa de darle un sorbo, y murmuro con un hilillo de voz:

—Para el carro. Ni siquiera estamos saliendo de forma oficial.

—¿Cómo qué no? Tenemos citas y nos vemos casi a diario. ¿Qué necesitas para hacerlo

oficial? ¿Una solicitud por escrito? —Trev mueve las cejas de forma sugerente y yo siento un pellizco en el estómago y una leve opresión en el pecho.

¿Trev quiere hacerlo oficial?

Una sonrisa se abre paso a través de mis labios sin que pueda hacer nada para evitarlo. La verdad es que me cuesta reconocerme a mí misma. Después de mis experiencias amorosas anteriores creía que me costaría la vida volver a confiar en un hombre. Pero aquí estoy sintiéndome ilusionada de nuevo. Y es Trev quien ha hecho eso posible. Trev con su infinita paciencia, sus reconfortantes ojos y su cariñosa forma de ser. Trev haciéndome sentir que puedo conseguir cualquier cosa, incluso el amor.

¿Y si yo también estoy destinada a tener mi final feliz como las protagonistas de mis novelas?

Capítulo 25

Ellie

Extiendo un brazo y palpo el colchón en busca de Trev, pero no está. Me estiro como un gato y enciendo el interruptor de las persianas automáticas. Enseguida la luz natural se cuela por los ventanales, esparciéndose por la habitación y llevándose con ella cualquier rastro de sueño. Bostezo y me quedo unos instantes observando el espacio que me rodea. El dormitorio de Trev es el doble de grande que el mío, y todo es tan lujoso y moderno que parece sacado de una revista de interiorismo. Creo que me acostumbraría rápido a vivir en un sitio así.

Salto de la cama, me pongo la camisa que Trev llevó ayer y que está colgada del respaldo de una silla y voy al baño, necesitada de vaciar la vejiga. Sin embargo, nada más agarrar el tirador de la puerta, escucho el sonido del agua correr. Trev debe estar en la ducha del baño del dormitorio, así que me voy al de la zona común, y alivio allí mi necesidad. Al terminar, me muerdo el labio y regreso al dormitorio. Trev sigue duchándose y siento el deseo imperioso de entrar con él. La idea de dejar que nuestros cuerpos resbaladizos jueguen bajo el agua es muy estimulante, pero algo me detiene. Y es que, no estoy segura de que Trev se tomara bien mi irrupción. En el tiempo que llevamos juntos, no lo he visto desnudo ni una sola vez. Cuando mantenemos relaciones lo hacemos a oscuras, y si le pido que encienda alguna luz siempre me responde lo mismo: que prefiere hacerlo así. Yo lo respeto, por supuesto, pero eso no quita que me incomode y me haga sentir insegura. ¿Es que Trev no desea verme desnuda con la misma intensidad que yo deseo verlo desnudo a él?

Desangelada, me doy una ducha rápida en el otro cuarto de baño y me visto, con intención

de regresar a mi apartamento y trabajar todo el día en la nueva novela. Desayuno con Trev unas tortitas con bacon y huevos revueltos que él mismo prepara, y luego nos separamos en la puerta de su casa con un beso, pues vamos en direcciones opuestas.

Paso el día envuelta en esta nueva trama que me hace suspirar, aunque hay un pensamiento en segundo plano que no me abandona en ningún momento, y que ha empezado frente al cuarto de baño de la habitación de Trev mientras él se duchaba dentro. En realidad es un pensamiento que germinó en mi mente el día que nos acostamos por primera vez, y que ahora por fin me atrevo a escuchar y procesar con la intención de enfrentarlo.

Necesito compartir este pensamiento con alguien, así que cuando la puerta se abre por la tarde y Aria entra como un torbellino por ella, decido seguirla hasta su habitación.

—¡Estoy de los nervios! —exclama abriendo su armario ropero y empezando a sacar ropa de él. Me siento en su cama—. ¿Recuerdas el chico mono del departamento Comercial que tanto me gustaba? —Sí, lo recuerdo, lleva gustándole desde que empezó a trabajar en la empresa—. Pues hemos coincidido este mediodía en la cafetería y me ha pedido una cita. ¡Una cita! —Aria saca un vestido de color negro con falda de vuelo, se lo pone por delante y se mira en el espejo de cuerpo entero que tiene a un lado—. Bueno, no es que me la haya pedido como tal, pero hemos empezado a hablar de música y cuando le he dicho que me gustaba mucho el jazz me ha contado que él conoce un local muy guay por Harlem y que si me apetecía me llevaba esta noche. Suena a cita, ¿no? —Tira el vestido sobre la cama y coge otro.

—Suena a cita —corroboro.

—Puede que después de todo acabe conociendo a un hombre a la vieja usanza, sin necesidad de usar aplicaciones de citas para ello. —Se ríe un poco y sigue sacando ropa del armario, acumulándola sobre la cama, hasta que encuentra una falda negra y un top con transparencias al que le da su aprobación—. Necesito que salga bien, estoy harta de citas desastrosas. ¿Te imaginas que acabo consiguiendo un novio como tú? Podríamos tener citas dobles. —Nada más decir esto, arruga la nariz—. Aunque, ahora que lo pienso, sería raro de narices salir por ahí con

mi jefe.

—Puede que debas empezar con dejar de llamarlo señor Park cuando venga a casa. Eso y comportarte como una persona normal, en lugar de parecer tensa e incómoda todo el tiempo. La última vez incluso le suplicaste perdón cuando derramaste un poco de agua sobre la mesa al servirte, como si esperaras que te echara la bronca por ser una torpe en tu propia casa.

—Oye, el señor Park, digo, Trevor, es un jefe estricto, es difícil verlo con otros ojos por mucho que salgas con él. —Hace un mohín—. Por cierto, ¿habéis quedado esta noche otra vez?

Asiento con un movimiento de cabeza.

—Quiere llevarme a cenar por Koreatown y luego supongo que iremos a su casa.

—¿A por otro maratón sexual?

—Eso espero. —Esbozo una sonrisa, aunque esta no me llega a los ojos y Aria se da cuenta.

—¿Y esa expresión? ¿Ha pasado algo? —Se sienta a mi lado en la cama y yo cojo aire para llenar mis pulmones mientras ordeno los pensamientos en mi cabeza. Puede que compartir esto con ella no sea lo mejor teniendo en cuenta que Trev es su jefe, pero ella es mi mejor (y única) amiga. No tengo a nadie más a quién recurrir.

—Hay algo de Trev que me preocupa, pero tienes que prometerme que no saldrá de aquí.

—Lo prometo. —Aria pone una mano sobre su pecho como si jurase.

—A ver… el sexo con él es genial, es el más increíble que he tenido en mi vida, pero hay un tema que me descoloca. Y es que… creo que Trev no quiere que lo vea desnudo.

Las cejas de Aria se elevan con desconcierto.

—Menuda estupidez. ¿Por qué un hombre con ese cuerpo no querría mostrarlo?

—No lo sé, pero siempre insiste en hacerlo a oscuras. Y si no lo hacemos a oscuras porque la situación no lo permite, se niega a quitarse la ropa de cintura para abajo. Además, tampoco le

gusta que lo toque demasiado.

—Qué raro… —Aria se rasca la barbilla—. Puede que sea tímido. Siempre he pensado que el señor Park, digo Trev, era una persona reservada. Quizás solo necesite tiempo, aunque, me sorprende que prefiera hacerlo a oscuras que con algo de luz. Los hombres son muy visuales.

—He llegado a pensar que quizás el problema soy yo, que no lo atraigo lo suficiente y que no quiere verme, pero durante los preliminares le gusta desnudarme y mirarme mientras…

—Demasiada información —me corta Aria con un escalofrío—. Que es mi jefe, necesito poder mirarlo a la cara sin imaginármelo haciendo cochinadas contigo. —Carraspea—. Vale, está claro que el problema no eres tú, sino él. ¿Y si esconde algo?

La miro sin entender.

—¿Algo cómo qué?

—No sé, un tatuaje vergonzoso hecho en su juventud, o una verruga muy fea que le dé vergüenza mostrar.

—Eso es absurdo —digo nada convencida.

—Lo que es absurdo es que un tío cuyo físico debería estar expuesto en un museo se niegue a que lo veas desnudo. —Vuelve a rascarse la barbilla—. ¿Y si sufre de dismorfia corporal?

—¿Dismorfia corporal?

Aria asiente.

—La dismorfia corporal es un trastorno mental que hace que las personas tengan una percepción distorsionada de su apariencia física. Se obsesionan con defectos imaginarios o imperceptibles para el resto. Es posible que Trevor tenga algún tipo de inseguridad relacionada con su apariencia, lo cual explicaría por qué prefiere mantener las luces apagadas durante el sexo —explica—. Yo sufrí dismorfia corporal durante el instituto. Tener un cuerpo tan grande en comparación con las otras chicas de mi edad me llenó de inseguridades y complejos. Necesité años de terapia para superarlo, y, aun así, hay épocas en las que esos sentimientos resurgen.

—¿Y crees que es eso lo que le pasa a Trev?

—Es una posibilidad —asegura—. En todo caso, creo que es necesario que hables con él sobre esto. Una relación de pareja basa su éxito en la comunicación, y aunque el tema sea un poco embarazoso, es necesario abordarlo para encontrar juntos una solución.

Asiento, dándole la razón. Tengo que hablar con Trev. Quiero conocer los motivos que se esconden tras sus acciones. Si es por culpa de un trastorno, o por inseguridad, me gustaría ayudarle a superarlo. Y no es que yo tenga una autoestima boyante, mi ruptura con Justin la dejó tocada, pero poco a poco he ido recuperándome.

Con la determinación hormigueando en la boca de mi estómago, le doy las gracias a Aria por la conversación y la dejo sola para que pueda arreglarse para su ansiada cita. Yo necesito prepararme mentalmente para la charla que voy a tener con Trev esta noche. Algo me dice que no va a ser sencilla.

Extracto de la carta n.º 26

De *Soli* para *Goyo*

¿Recuerdas cuando te dije que no tenía sueños?

Pues creo que ahora tengo uno nuevo. Un sueño. Y es gracias a ti.

¿Sabes cuál es ese sueño?

Tú.

Llegar a conocerte es mi nuevo sueño, *Soli*.

Capítulo 26

Ellie

Los nervios me aprisionan la boca del estómago cuando cruzamos la puerta del apartamento de Trev. Llevo en este estado desde que he tomado la determinación de hablar con él, pero todavía no lo he hecho. El bullicioso restaurante con barbacoa coreana donde hemos cenado no era el sitio más oportuno para hablar de temas íntimos, así que lo he dejado para cuando regresáramos a su casa.

Y aquí estamos.

Me quito los zapatos de tacón en la entrada, siguiendo la costumbre de Trev y antes de que haya llegado a calzarme las zapatillas él se planta delante de mí, y se apodera de mis labios. Introduce su lengua apremiante en mi boca y nos damos un beso húmedo con sabor a Soju, mientras yo me recuerdo a mí misma que tengo algo importante que hacer: mantener una conversación con Trev que ya no quiero ni puedo posponer más. Entonces, entre beso y beso, decido aprovechar la situación para hacer una última comprobación antes de pasar a la acción. Más que nada para verificar si las sospechas que le he expuesto a Aria son cien por cien reales o solo fruto de mi imaginación.

Me separo de él y tras dedicarle una sonrisa pícara, le cojo de la mano y le guío hacia el dormitorio. Una vez allí me aseguro de encender la luz y detengo mis pasos sobre la alfombra a los pies de la cama. Luego le digo a Trev en tono juguetón que tiene prohibido moverse y me dispongo a desvestirle con calma para poder analizar todas sus expresiones faciales. Le saco la americana y desabrocho los botones de su camisa uno a uno. Su pectoral amplio y definido aparece ante mí en toda su perfección. Lo toco suavemente mientras él se tensa bajo mi mano, pero todavía se me hace difícil determinar si es a causa del miedo o la excitación. Aun así, sigo

con mi misión. Alzo los brazos, le saco la camisa y sin dejar de mirarlo, dirijo mis manos hacia el botón de su pantalón. Su mirada se tambalea cuando lo desabrocho y bajo la cremallera. Y yo contengo la respiración consciente de que ha llegado el momento de la verdad. Tiro del tejido hacia abajo y… la mano de Trev vuela hacia mi muñeca impidiéndome que siga moviéndola. Acto seguido murmura que ahora le toca a él entrar en acción y antes de que tenga tiempo de reaccionar, estoy tumbada sobre la cama debajo suyo. Acerca la boca a mi cuello donde empieza a dejar un reguero de besos mientras me masajea el pecho, pero yo no puedo disfrutar de sus caricias.

Dios, ¿es que cómo podría dejarme llevar después de lo que acabo de constatar?

Mis sospechas iban bien encaminadas. Es obvio que Trev no quiere que lo vea desnudo. Al menos de cuerpo para abajo. Y eso demuestra que tiene algún tipo de problema, sea el que sea.

Una especie de desazón alimentada por las dudas y la preocupación se apodera de mí, pero consigo bloquearla para seguir con mi plan inicial.

—Espera, para un momento —suelto de golpe.

Trev sonríe contra mi cuello.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que objetar respecto a mi forma de darte placer? —Con un movimiento ágil libera uno de mis pechos y se apodera del pezón con la boca.

—No es eso —le contesto reprimiendo un gemido e intento incorporarme sin éxito—. Necesito que hablemos de una cosa.

—¿Y tiene que ser ahora? No me malinterpretes, ya sabes que me encanta hablar contigo, pero ahora mismo tengo otra cosa mucho más íntima en mente.

—Tiene que ser ahora, sí. —Vuelvo a intentar incorporarme y esta vez sí lo consigo, gracias a que Trev también acaba echándose hacia atrás.

Luego se sienta sobre la cama y tras dirigirme una mirada desconcertada se pasa una mano por el pelo y asiente con resignación.

—Está bien… ¿Qué te pasa?

Parpadeo un par de veces y sonrío con incredulidad.

—Qué curioso. Eso es precisamente lo que te quería preguntar yo a ti…

—¿A mí?

—Sí, a ti. —Inspiro profundamente buscando las palabras que había preparado en mi cabeza para tratar este tema con delicadeza, pero como de costumbre los nervios me impiden pensar con claridad y no me queda otra que improvisar—. Es que no lo entiendo Trev… ¿Por qué te estás comportando de forma tan extraña?

Él pega un respingo y traga saliva de forma visible.

—¿A qué te refieres?

—Venga ya, no me tomes por tonta. Sé que te pasa algo. Llevo notándolo desde la primera vez que nos acostamos. Tu insistencia en dejar las luces apagadas, tu forma de controlar la situación para ser yo la única que me desvista. Es como si a estas alturas todavía tuvieras reparos en que te vea completamente desnudo, y si es así no entiendo el por qué. ¿Estoy en lo cierto? —Clavo una mirada acusatoria en los ojos de Trev a la espera de su respuesta, pero su silencio y su forma de bajar la cabeza ya hablan por él.

—Sí.

—Así que admites que te pasa algo.

Asiente con un gesto y tras otro silencio que se me hace eterno carraspea y continúa hablando con voz queda.

—¿Recuerdas cuando te dije que en el pasado había sufrido una lesión en la pierna? —Sus

ojos me enfocan unos segundos y hago un gesto de asentimiento—. Pues me fracturé la pierna por diversos sitios. De hecho, tuve que pasar por quirófano varias veces. De lo contrario nunca habría podido volver a andar.

Ahora soy yo la que me quedo muda ante la gravedad de su confesión mientras los recuerdos del festival del pueblo acuden a mi memoria. Dios, si Trev sufrió una lesión de ese calibre es comprensible que después de jugar le costara caminar. El fútbol es un deporte que requiere estar en óptimas condiciones físicas por el esfuerzo que supone, y Trev las cumplió con creces a pesar de sus limitaciones.

—Vaya… —murmuro en cuanto recupero el habla—. ¿Y cómo te la rompiste? La pierna quiero decir.

—Fue por culpa de un accidente de circulación. Pero gracias a las intervenciones y a la rehabilitación, prácticamente ya no tengo secuelas. Solo una leve cojera cuando hago algún esfuerzo y una cicatriz bastante desagradable. —Hace una mueca como de disgusto con los labios y yo no puedo evitar que mis pensamientos me lleven atrás en el tiempo. A la época en que me carteaba con *Goyo*. Él también pasó por una experiencia parecida. Por eso se encontraba en el hospital cuando nos empezamos a escribir y… Dios. Es de muy mal gusto que esté pensando en mi antiguo amor cuando es Trev el que está a mi lado, y encima contándome algo tan importante—. Y esa cicatriz es la causa de que no me sienta a gusto quitándome los pantalones —continúa hablando Trev en el momento justo en que vuelvo en mí—. Ya no solo por la asquerosa pinta que tiene sino por todo lo que implica.

Trev se calla y el silencio vuelve a apoderarse de la habitación hasta que yo murmuro:

—Ya veo…

Luego trago saliva e intento analizar el rostro de Trev. Por su forma de rehuir mi mirada y sus manos apretadas no me cabe duda de que ha hecho un gran esfuerzo para contarme esto. Y yo se lo agradezco, de la misma manera que daría lo que fuera por borrar el dolor de sus ojos.

Pero eso no quita que a mí también me duela que no me haya hablado antes de su problema. La confianza es uno de los pilares donde se apoyan las relaciones de pareja y si no lo apuntalamos desde un principio no tendremos futuro. Lo sé por experiencia.

—Lo siento si mi historia te ha incomodado —se disculpa de repente Trev sacándome de mis pensamientos.

Agito la cabeza.

—Tranquilo, no es eso. ¿Cómo me va a incomodar? Es solo que me gustaría que me lo hubieras contado antes —confieso—. Ya sé que no debe ser fácil para ti hablar de tu accidente, pero tampoco lo fue para mí cuando me sinceré contigo sobre otros temas. Sin embargo, decidí confiar en ti y que tú me hayas escondido esto ahora, me hace sentir que estoy en desventaja. La confianza es básica para que una relación de pareja funcione.

—Lo sé —me responde en el acto Trev—. Y yo confío en ti, Ellie. Eres la persona en la que más confío del mundo entero aunque mis actos te hayan hecho creer lo contrario. —Une nuestras manos al mismo tiempo que sus ojos buscan los míos—. Pero esa maldita cicatriz forma parte de un momento muy oscuro de mi vida y necesitaba algo de tiempo para volver a enfrentarme a ella. No te enfades conmigo, te lo suplico. —Se queda esperando mi respuesta como si su supervivencia dependiera de ella y no puedo evitar sentirme conmovida ante tal sinceridad.

—No estoy enfadada —le aclaro acompañando mis palabras con un gesto de cabeza—, pero quiero que me demuestres que confías en mí.

—Por supuesto. ¿Qué quieres que haga?

Separo nuestras manos y tras ponerme de pie le dirijo una mirada cargada de determinación.

—Enséñame la cicatriz.

Capítulo 27

Ellie

—Enséñame la cicatriz.

Mis palabras resuenan entre nosotros y tras vacilar una fracción de segundo Trev asiente a modo de respuesta.

Luego se levanta de la cama, da un par de pasos y se queda parado frente a mí. Tiene el cuerpo completamente tenso incluso diría que está temblando un poco, pero eso no le impide llevar a cabo mi petición. Traslada sus manos hacia la cinturilla de sus pantalones y empieza a bajárselos, hasta que se los quita del todo y regresa a la postura inicial.

Le dedico una última mirada a su rostro mientras él parece estar conteniendo la respiración. Y muevo el cuello en dirección descendente para empaparme de cada detalle de su cuerpo magistral. Sus esbeltos hombros. Su torso y su abdomen de músculos marcados. Su generoso miembro intuyéndose bajo los calzoncillos. Y, por último, sus piernas, que son igual de perfectas que el resto de su cuerpo salvo por el detalle que Trev ha mencionado: La cicatriz.

Trago saliva y me acerco lentamente a él. Luego me agacho para examinar su pierna derecha de cerca. En la parte frontal, desde mitad del muslo hasta un poco más abajo de la rodilla, tiene una cicatriz fina y alargada que parece fruto de las cirugías de las que hablaba. Y por la misma zona, pero de forma desperdigada, tiene varias hendiduras que son lo que me resulta más impactante de todo el conjunto. Porque es obvio que algo le atravesó la piel, músculos y demás, en esos puntos, y no puedo ni imaginar lo mucho que le debió de doler.

Levantó la mano con la intención de tocar una de esas marcas, pero me detengo a medio camino. Algo me dice que lo correcto es pedir primero permiso.

—¿Puedo? —pregunto alzando la cabeza y Trev me responde que sí con un gesto

silencioso.

Vuelvo a centrarme en su pierna y poso los dedos sobre una de las hendiduras. La resigo con toda la delicadeza de la que soy capaz y luego hago lo mismo con las marcas de lo que un día fueron puntos de sutura.

—Tiene una pinta horrible, ¿verdad? —suelta de repente Trev y sé por qué lo ha hecho. Ha sido un intento poco efectivo de disimular lo tenso y asustado que está.

—No, no la tiene —empiezo a decir, pero como él no me mira me pongo de pie y busco sus ojos—. Eh, mírame. Tu cicatriz no es horrible ni mucho menos, ¿me oyes? Al contrario. Las cicatrices, tanto las que se ven como las que no, son hermosas. Son hermosas porque demuestran que somos más fuertes de lo que creíamos y sin ellas no seriamos las personas que somos ahora. Ni yo sería la misma Ellie que conociste en aquel jardín, ni tú serías el Trev al que quiero. Así que ni se te ocurra volver a hablar de forma tan despectiva de tu cicatriz. Es un símbolo de victoria no de derrota.

Analizo el rostro de Trev en busca de alguna pista que me indique que mis palabras han surtido efecto y llego a la conclusión de que el hecho de que se haya quedado sin habla es buena señal.

—Espera... —musita al cabo de un momento cuando parece salir del trance en el que estaba sumido—. ¿Puedes repetir lo último que has dicho?

—¿El qué? ¿Lo de que las cicatrices son un símbolo de victoria?

—No, la parte en que me has dicho que me amabas.

Parpadeo, desconcertada y cuando comprendo a que se refiere siento como todo mi rostro empieza a arder. Bajo el cuello y carraspeo.

—¿En serio es necesario que lo repita?

Trev asiente efusivamente con la cabeza.

—Muy necesario, sí. Necesito oírte decir que me quieres otra vez para comprobar que no

me lo he imaginado. —Se me queda mirando a la espera de mi respuesta, pero como esta tarda en llegar, ladea la cabeza y frunce los labios en un intento de que me apiade de él—. Por favor…

Frunzo el ceño mientras en mi interior se disputa una batalla. Una batalla que para mi desgracia acaba ganando Trev. Y todo por culpa de ese maldito gesto que acaba de hacer.

Dios, ¿por qué tiene que haber nacido con esa cara tan perfecta y adorable? Está visto que no estoy en condiciones de negarle nada.

Me muerdo el labio y suelto un sonoro suspiro de resignación.

—Está bien, tú ganas —le hago saber mientras mis labios corresponden a su sonrisa y antes de que me arrepienta, agarro su rostro con las manos y añado —: Te quiero, Trevor Park. Te quiero a ti con todas tus cicatrices y defectos. Así de ahora en adelante no vuelvas a esconderme nada, o de lo contrario buscaré un castigo muy doloroso para vengar…

Antes de que consiga acabar la frase la boca de Trev va a parar sobre la mía y me besa. Me besa con ansia y desesperación. Como si estuviera correspondiendo a mis palabras y al mismo tiempo dándome las gracias. Y yo le devuelvo el beso con el mismo ímpetu mientras me aprieto contra él.

No tardo en notar su dureza justo donde quiero sentirla, pero aun así me separo de él y le miro con determinación. Hoy nada me va a impedir que le regale el mismo placer que él me ha provocado a mí en cada uno de nuestros encuentros. Así que sin dejar de mirarlo a los ojos cuelo mis dedos a través del elástico de sus bóxers, y agarro su miembro duro y palpitante. Luego empiezo a mover mi mano de arriba a abajo con movimientos rítmicos que consiguen que Trev me regale uno de sus sexys gemidos. Noto como mi sexo responde contrayéndose con anticipación. La pura verdad es que me muero de ganas de sentir a Trev moviéndose dentro de mí, pero todavía no es el momento. Antes quiero llevarlo hasta el límite.

Dejo de tocarlo y me agacho con la intención de bajarle los calzoncillos. Y para mi alivio, esta vez Trev sí que se deja que siga adelante. Agarro el tejido y lo deslizo hacia abajo lo que

permite que toda su gloria masculina aparezca ante mí. Trev levanta los pies para acabar de liberarse de la prenda de ropa y no pierdo ni un segundo en llevar a cabo lo que tengo en mente. Acerco mi boca a su polla y empiezo a lamer la punta humedecida de líquido preseminal. Luego me la meto un poco en la boca y sigo chupando mientras le acaricio los testículos. No es que sea una experta en sexo oral ni mucho menos, porque con Justin nunca me había sentido tan desinhibida como para dejarme llevar de esta manera. Pero por los jadeos roncos que salen de la boca de Trev tengo claro que no lo estoy haciendo mal ni mucho menos. Y esa es la fuerza que necesito para seguir adelante.

Abro más la boca y succiono su erección en toda su envergadura con movimientos cada vez más seguidos. Trev también se deja llevar por el placer del momento y sus manos me acarician el pelo mientras acompaña mis movimientos con sus caderas. Hasta que deja de moverse de golpe y saca su polla de mi boca.

—Espera. Si sigues así vas a conseguir que me corra ya, y no es así como quiero acabar la noche —me advierte mientras me ayuda a levantarme y en cuanto nuestras miradas se encuentran esbozo una sonrisa juguetona.

—¿Ah no? Y, ¿qué planes tienes?

En lugar de contestar Trev me dirige una mirada oscurecida que promete cosas muy placenteras y no pierde ni un segundo en levantarme el vestido y sacármelo por la cabeza. Luego hace lo mismo con el sujetador que acaba tirado en el suelo junto con el resto de nuestra ropa. Sus fuertes manos cubren mis pechos y los acarician arrancándome un gemido y de repente me alza al vuelo y volvemos a estar sobre la cama. Mi espalda toca el colchón al mismo tiempo que Trev me aprisiona entre sus brazos. Al instante vuelvo a sentir la rigidez de su sexo sobre el mío a pesar de que todavía llevo puestas las medias y las braguitas.

—Voy a hacerte el amor, Ellie —susurra entonces Trev conectando sus ojos en los míos de un modo que me resulta muy íntimo—. Esos son los planes que tengo para esta noche. Voy a follarte con mi cuerpo, mi alma y también mi corazón para que no te quepa duda de que lo que

siento por ti es de verdad. —Sus palabras se cuelan por mis oídos calentándome por dentro, de un modo que nunca antes había experimentado. Y esa calidez no hace más que avivarse cuando Trev adelanta la cabeza y me besa con delicadeza.

Acompaño el suave movimiento de sus labios con los míos y nuestras lenguas no tardan en encontrarse de nuevo. Gimo contra su boca dejándome llevar, pero cuando me dispongo a rodearle con los brazos él se separa de mí. No tardo en comprender que su idea es eliminar el resto de capas de ropa que nos separan. Me saca las medias de un tirón y luego hace lo mismo con la ropa interior mientras yo le ayudo levantando las caderas. Luego introduce un dedo dentro de mí con aire juguetón y tras mencionar lo mojada que estoy se apresura a coger un condón.

—Espera —le digo cuando está abriendo el cajón de la mesita de noche—. Ya no es necesario que uses preservativo... He empezado a tomar la píldora.

Trev me mira con aire sorprendido, pero en el buen sentido de la palabra. No hace mucho que mantuvimos una conversación sobre el tema en la que mencionamos que ambos estamos limpios, pero todavía no le había hecho saber que estaba dispuesta a dar el paso.

—De acuerdo —musita al cabo de unos segundos con alegría contenida y vuelve a colocarse encima de mí.

Se agarra la erección al mismo tiempo que se sitúa en mi entrada resbaladiza y no pierde ni un segundo más en penetrarme. Ambos tenemos demasiadas ganas. Su polla se desliza con facilidad dentro de mí y ambos reaccionamos jadeando al unísono.

La verdad es que nunca lo había hecho sin condón así que no tenía ni idea de lo placentero que podía llegar a ser y por lo visto Trev tampoco.

—Joder —musita arrugando el rostro en una expresión de placer que nunca le había visto—. Creo que me he muerto y he ido a parar al cielo.

Sigue empujando dentro de mí, una vez y luego otra, a un ritmo lento y cadencioso que me hace sentir como si me estuviera exprimiendo. Y a raíz de ahí tengo la sensación de que el

mundo se desdibuja a nuestro alrededor y solo quedamos nosotros dos. Nosotros dos y lo que estamos haciendo en este preciso instante. Las caderas de Trev avanzando y retrocediendo, nuestras manos entrelazadas, nuestras miradas conectadas y el placer que sentimos. Un placer que va en aumento a medida que las embestidas se intensifican, y cuando estoy rozando el límite, Trev sale de mi interior. Acto seguido se dedica a jugar con mi entrada, vuelve a penetrarme y me sigue follando a un ritmo deliberadamente lento que me hace enloquecer. Me somete a ese juego varias veces hasta que creo que ya no voy a ser capaz de soportar tanta presión arremolinándose dentro de mí y decido tomar el control. Me incorporo aprovechando uno de los momentos en que él se acaba de separar de mí, le empujo hacia un lado y me monto encima de él.

No pierdo ni un segundo en hundir mis caderas en toda la longitud de su miembro. Un gemido de satisfacción brota de mis labios al sentirme llena de nuevo. Pongo las manos sobre el pecho sudoroso de Trev y empiezo a moverme de arriba abajo dejándome guiar por las sensaciones de mi cuerpo.

—Dios, Ellie si sigues haciendo eso no creo que pueda aguantar mucho más —me avisa él entre jadeos, pero yo no le hago caso.

Sigo subiendo y bajando, sintiendo como la tensión vuelve a acumularse en mi interior. Acelero el ritmo y cuando Trev se da cuenta de que no me queda mucho para perder el control se incorpora, me rodea con los brazos y empieza a moverse conmigo. Esta nueva posición provoca que su miembro me toque en un punto muy profundo que me produce varias oleadas de puro éxtasis. Me dejo llevar por ellas mientras Trev sigue bombeando dentro de mí, hasta que toda la tensión se libera de golpe y exploto en un orgasmo cegador. Grito de placer al mismo tiempo que mi cuerpo se sacude con fuerza. Pierdo el mundo de vista por unos segundos y cuando consigo abrir los ojos de nuevo, veo que Trev también está a punto de dejarse ir. Aumenta el ritmo de sus embestidas y se corre en un fuerte empujón final. Entonces me dispongo a adelantar la cabeza para engullir sus gemidos a besos, como siempre me gusta hacer, pero antes de que mis labios

apresen los suyos me paro en seco.

Porque Trev acaba de soltar algo entre gemido y gemido. Una frase dirigida a mí, o más bien dicho, dirigida a una parte de mí que dejé ir mucho tiempo atrás.

«Te quiero, *Soli*».

Esas son las palabras que acaban de salir de su boca.

Y me han golpeado con la fuerza de un huracán.

Capítulo 28

Ellie

«Te quiero, *Soli*»

«*Soli*»

«*Soli*…»

Las palabras de Trev empiezan a reproducirse en mi cabeza como un eco maldito y mi primera reacción es separarme de él. Salgo de su regazo separando nuestras partes íntimas de forma brusca y me echo hacia atrás en la cama. Luego me abrazo a mí misma y le miro como si se tratara de una aparición.

—¿Qué acabas de decir? —Esa es la primera frase que consigo articular en medio de mi conmoción.

—¿Qué? —Trev parpadea varias veces y me enfoca con la mirada mientras su pecho sube y baja todavía recuperándose del orgasmo.

—Me acabas de llamar Soli… ¿Por qué me has llamado así?

Trev se queda callado como si estuviera procesando mis palabras y cuando parece conseguirlo su cara se transforma. Al principio su expresión es un cóctel de sorpresa y desconcierto, pero poco a poco se va imponiendo la comprensión junto con otra emoción parecida al miedo.

—Esto… —empieza a decir tras lo que abre la boca varias veces sin emitir sonido alguno. Por lo que parece no acaba de encontrar las palabras adecuadas para enfrentar esta situación y al

final reacciona chasqueando la lengua con frustración—. Mierda, soy un completo idiota. Siento que hayas acabado enterándote de esto así, yo…

—¿Enterándome de qué? —pregunto con impaciencia arrugando la frente.

Aunque en el fondo ya sé lo que Trev me va a responder. Porque solo hay una persona en este mundo que se haya referido a mí con el mote de *Soli*. Y si Trev lo ha usado solo puede significar una cosa. Que él es *Goyo*. Mi *Goyo*. El chico silencioso que me hizo experimentar la intensidad del primer amor, y también lo que se siente cuando te parten el corazón en mil pedazos. El chico de ascendencia coreana que quedó marcado física y psicológicamente por culpa de un accidente de coche, y que tuvo que dejar de jugar al fútbol al igual que Trev.

El corazón empieza a latirme con tanta fuerza que creo que se me va a salir del pecho.

Dios mío, he tenido las pistas delante de las narices todo este tiempo y no he sido capaz de verlas. ¿Aunque cómo podía llegar a imaginarme algo así? Parecían simples coincidencias.

—No puede ser… —murmuro con voz trémula mientras la verdad se abre paso a marchas forzadas en mi cabeza—. ¿Tú eres… *Goyo*?

Mi mirada vuela a la de Trev en busca de una confirmación de lo que ya sé, pero aun así no puedo evitar que el corazón me dé un vuelco cuando asiente lentamente con la cabeza.

—Sé que debería habértelo dicho desde un principio —añade con cautela—. Pero cuando te reconocí en aquel jardín de West Side me quedé completamente en shock y como también tenía que solucionar el asunto de Rhys, yo…

—Espera, espera un momento —le interrumpo dándole voz a un nuevo pensamiento que se me acaba de cruzar por la cabeza—. ¿Cómo me reconociste? Porque nunca llegamos a vernos, así que no entiendo cómo descubriste que yo era la chica de tus cartas.

Trev traga saliva de forma visible.

—Bueno… La cosa está en que yo sí te había visto con anterioridad. Por eso supe quien eras cuando nos volvimos a cruzar.

—¿Qué? —Mis cejas se alzan con desconcierto—. ¿Cuándo fue eso?

—El día que quedamos en el Jardín Botánico.

Todo mi sistema colapsa al instante y me quedo muda intentando procesar lo que acaba de soltar. ¿Trev estuvo en el Jardín Botánico? ¿Cómo puede ser? Si no le vi. O al menos no vi a ningún chico que se ajustara a los datos que él me había dado por carta.

—Oh, Dios —consigo articular a pesar de que se me ha secado completamente la garganta —. No puedo creerlo… ¿Estuviste allí?

—Si…

—¡Joder! Y, ¿por qué no me dijiste nada? —Clavo mi mirada interrogativa en los ojos de Trev y cuando vuelvo a percibir que le asaltan las dudas, niego con la cabeza—. Espera, ¿sabes qué? No me lo digas. Ya he tenido demasiadas emociones fuertes por hoy. —Nada más decir esto me levanto y me dispongo a buscar mi ropa con la intención de marcharme.

Encuentro mis braguitas y me las pongo a pesar de que antes debería haberme limpiado los restos del semen de Trev. Luego hago lo mismo con el sujetador que me abrocho con manos temblorosas y sigo con el vestido. Las medias no las he encontrado, pero ahora mismo eso es lo que menos me preocupa. Solo quiero salir de aquí.

—Espera, Ellie —oigo que me pide Trev en cuanto me encamino hacia la puerta, pero yo le ignoro.

Salgo al pasillo y lo cruzo con pasos decididos. Una vez llego al vestíbulo apoyo una mano en la pared y me apresuro a calzarme los zapatos.

—Por favor, Ellie, no te vayas así —me suplica de nuevo Trev en cuanto me alcanza—.

Déjame darte una explicación como es debido.

Aprieto los dientes y tras inspirar con fuerza me doy la vuelta para encararle una vez más. Por lo que veo, a diferencia de mí, solo ha llegado a ponerse los pantalones, lo cual me lleva a pensar de forma fugaz que eso me beneficia. Más que nada porque con esta pinta dudo que pueda seguirme a ningún sitio.

—¿Qué es lo que me quieres explicar? ¿Más mentiras? —Mi voz ha sonado dura, pero me siento tan dolida y confundida que no he podido evitarlo—. Porque ya he perdido la cuenta de las patrañas que me has contado, Trev. Primero me viniste con el cuento de que llevabas poco tiempo trabajando en la agencia de citas, y que me necesitabas para ganar experiencia. Luego resultó que todo eso era un montaje del que te aprovechaste para poder seguir saliendo conmigo, porque según dijiste te habías quedado prendado de mí a primera vista. Y ahora me entero de que este argumento también es falso porque en realidad ya sabías quién era yo desde el principio. Y lo peor de todo es que no has tenido la decencia de decírmelo en todo este tiempo y mira que has tenido ocasiones más que de sobras.

Trev hace una mueca y asiente con la cabeza.

—La he cagado hasta el fondo, ya lo sé. Pero créeme cuando te digo que mi intención en todo momento era la de decirte la verdad. Lo que pasa es que no me resultaba nada fácil hacerlo y…

—Oh, ya veo… —le corto de nuevo sintiendo como si una hoguera estuviera prendiendo en mi interior—. Y, ¿crees que fue fácil para mí hacer aquel viaje al Jardín Botánico para descubrir que me habías dado plantón? Por supuesto que no. Aunque lo peor de todo fue que una parte de mí estaba preocupada por si te había pasado algo, y no pude volver a respirar con normalidad hasta que me presenté en el Presbiterian hospital y me informaron de que seguías vivo.

Trev se me queda mirando con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Espera… ¿Fuiste al hospital? ¿Cuándo?

—A las dos semanas de la fatídica cita. Y menos mal que allí una enfermera se apiadó de mí y pude resolver parte del puzle. Así fue como descubrí que estabas bien y que habías empezado con la rehabilitación de la pierna. —Hago una pausa en un intento de calmar la tormenta de emociones que se está gestando dentro de mí sin mucho éxito—. También me enteré de que aún te quedaban muchas heridas emocionales por sanar y que a raíz de ello habías empezado a ir a terapia… Y, ¿sabes qué hice a continuación? Pues en lugar de pasar página como hubiera hecho cualquier persona con dos dedos de frente, preferí autoengañarme, eso es lo que hice. Me engañé a mí misma pensando que esas heridas eran la razón de tu silencio y que cuando cicatrizaran vendrías a buscarme —confieso al mismo tiempo que mi voz se rompe un poco más en el proceso—. Aunque por suerte el tiempo no tardó en demostrarme que nunca sería así.

—Joder, Ellie, pero no te estabas autoengañando ni mucho menos —interviene Trev intentando acercarse a mí, pero en cuanto se percata de mi reticencia deja de hacerlo—. Yo quería ir a buscarte y nunca ha dejado de ser así. Me moría de ganas de verte y de escuchar el sonido de tu voz, no te imaginas hasta qué punto. El problema es que cuando fue al Jardín Botánico yo…

—No, no sigas —le pido extendiendo una mano hacia él y luego me llevo esa misma mano al pecho y tomo una bocanada de aire en un intento de aliviar la presión que siento. Es como si al hablarle a Trev de nuestro pasado en común hubiera destapado una botella que contenía todo el dolor y las inseguridades que viví durante aquella época. Y ahora esas emociones negativas vuelven a fluir libremente entremezclándose con la rabia y el desconcierto actuales, y de repente la carga se me antoja tan pesada que siento que me falta la respiración.

—Ey, ¿Estás bien? —Las manos de Trev viajan a mis hombros sin que esta vez pueda hacer nada para impedirlo—. Háblame, por favor, nena. Sigue echándome la bronca. Lo que sea. Pero dime algo.

Agito la cabeza mientras sus ojos buscan los míos con preocupación, pero yo no dejo que se encuentren.

—No puedo seguir con esto —me limito a decir al cabo de un momento liberándome de su agarre.

Luego abro la puerta y tras pedirle a Trev que no me siga, salgo al rellano y entro en el ascensor.

Capítulo 29

Ellie

—¡Camarero, otro whisky! —exijo dando un golpe con el vaso ya vacío sobre la barra de bar.

No bebo casi nunca, solo soy bebedor social, pero la situación lo requiere. Porque hace tres días que Ellie descubrió que yo soy *Goyo* y se niega a hablar conmigo. No me coge las llamadas, ni me responde los mensajes. ¿Lo peor de todo? Soy consciente de que la culpa, toda ella, es mía.

—Oye, tío, no creo que sea buena idea que sigas bebiendo —dice Rhys, quién ha aparecido hace un rato, después de contarle por mensaje que estaba aquí. A pesar de que ya no vivimos juntos desde que Ellie descubrió que no soy novio de alquiler, nos vemos a menudo.

Respecto a lo que ha dicho, debería hacerle caso, porque empiezo a notar los efectos secundarios del alcohol en mi sistema, pero… he venido aquí a adormecer del todo mis sentidos. Quiero dejar de sentir. Llevo tres días con una presión insoportable en el pecho y la desesperanza y la culpabilidad arremolinadas en el estómago, y ya no puedo más. El dolor lo llena todo y voy a volverme loco si no consigo descansar de él aunque sea unas horas.

—¡Otra! —insisto, hasta que llamo la atención del camarero y sustituye mi vaso vacío por otro lleno.

Doy un trago, notando una vez más la quemazón del alcohol en la garganta.

—Emborracharte no va a solucionar nada —dice Rhys. Es raro verlo sin la escayola. Aunque aún va a rehabilitación para recuperar la movilidad total de su brazo, el yeso ha desaparecido.

Lo miro mal.

—¿En serio? Pensé que beber whisky arreglaría mis problemas por arte de magia —digo

sarcástico.

—Yo solo digo que hay formas más efectivas y sanas de enfrentarte a lo que ha pasado. Y ebrio dudo que puedas llevar a cabo alguna de ellas.

–¿Formas? ¿Qué formas? —mascullo malhumorado—. ¿Cómo se supone que puedes hablar con alguien que no quiere saber nada de ti?

—Insistiendo. Solo puedes enfrentarte a las adversidades siendo perseverante.

—¿De dónde has sacado eso? ¿De un manual de autoayuda?

—No, de Instagram. Lo leí el otro día en una publicación.

Pongo los ojos en blanco.

—Recuérdame por qué estás aquí.

—¿Por qué no quiero que acabes en coma etílico?

Podría responderle que ese no es su problema, pero lo cierto es que la relación entre Rhys y yo se ha hecho muy cercana desde que empezó todo este embrollo. Tener que compartir con él piso y cama, y ver K-Dramas juntos, nos ha convertido en amigos. Amigos. Desde Axel nunca había usado esa palabra para referirme a alguna de las personas que estaban en mi vida. Pero es que es fácil encariñarse de Rhys. Es amable y bueno. Y mierda, se preocupa por mí. Hacía años que nadie se preocupaba por mí como lo hace Rhys.

Cuando fui a su casa a explicarle que Ellie había descubierto que yo era *Goyo*, después de echarme una bronca tremenda por habérmelo buscado, me consoló a su manera, ofreciéndome una birra y sugiriendo seguir viendo una de las series coreanas que teníamos a medias.

Rhys es un buen tipo, y está aquí porque se siente responsable de mí, no puedo ser un borde por mucho que pagar mis frustraciones con otros sea algo que hago con facilidad.

—Ellie se ha marchado a casa de sus padres —le digo tras dar un nuevo sorbo a la bebida—. Lo sé por qué su amiga me lo dijo. —O bueno, más bien la coaccioné para que me lo dijera.

Digamos que ahora mismo no debo estar en la lista de personas favoritas de Aria.

—¿Y no has pensado en ir a verla?

—¿Y enfrentarme al más que probable enfado de su padre? Tú no viste cómo ese señor esquilaba ovejas. No quiero pensar lo que sería capaz de hacer conmigo. —Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Entonces ¿cuál es tu plan? ¿Seguir bebiendo hasta la inconsciencia todos los días y regodearte en la autocompasión?

—Mientras no se me ocurra una alternativa… sí.

Doy otro trago y antes de que termine de asentarse el líquido en mi estómago, escucho una voz familiar detrás de mí.

—Oh, Trevor Park, otra vez tú, ¡no puedo creerlo!

Rhys y yo compartimos una mirada antes de girarnos a la vez para buscar a la dueña de estas palabras. Se trata de Georgia, o Gigi, como la llamaba en el instituto, la chica que me encontré hace unas semanas en Central Park, después de besar a Ellie por primera vez.

Lleva el cabello moreno suelto y un vestido de color rosa empolvado a conjunto con sus zapatos. No está sola. La acompañan un grupo de chicas que la esperan algo rezagadas.

—Una década sin coincidir y en poco tiempo volvemos a encontrarnos. ¿Nos estará enviando el destino una señal? —pregunta juguetona.

Sé que este flirteo improvisado es del todo inocente. Gigi y yo nunca nos sentimos atraídos el uno por el otro. De hecho, en el instituto, con quién tonteaba era con Axel. Siempre intuí que le gustaba.

—Supongo que reencontrarnos en un lugar tan popular como este pub tiene poco de señal. Pero me alegro de volver a verte —digo, mientras intercambiamos un abrazo rápido.

El pub que elegí para venir es nuevo y muy popular entre la gente de mi edad y mi estatus

social.

—Lo mismo digo, el otro día parecías bastante agobiado y apenas pudimos charlar. Quise llamarte después de eso, pero caí en la cuenta de que no tengo tu número—. Hace un mohín con los labios y me ofrece el móvil, que lleva en la mano—. ¿Me lo das?— Asiento y mientras le guardo mi contacto, desvía sus ojos de mí hacia Rhys. Parpadea un par de veces en su dirección, como si quisiera cerciorarse de lo que está viendo es real y no producto de su imaginación, y luego se lleva una mano al pecho—. Vaya, qué bien acompañado estás.

Gigi mira a Rhys fijamente y puedo notar el instante exacto en el que mi amigo empieza a sentir incomodidad. No me sorprende. Gigi siempre tuvo una forma de ser y comportarse muy invasiva. Tras unos segundos de silencio, Gigi sonríe y le ofrece una mano, en un gesto que parece indicar que quiere que le bese el dorso, como si fuera una reina.

—Hola, soy Georgia, aunque puedes llamarme Gigi.

—Rhys. Soy Rhys. —Cortado, Rhys coge los dedos de Gigi entre los suyos y le estrecha la mano en un movimiento rápido en lugar de besársela.

—Un nombre bonito para una bonita cara. ¿Todo en ti es igual de bonito? Intuyo que sí.

Rhys se atraganta con un trago de cerveza y yo me llevo una mano a la boca para reprimir una carcajada. Joder, quién me habría dicho que hoy algo o alguien me haría tener ganas de reír.

—¿Perdón? —pregunta en medio del ataque de tos.

Yo le devuelvo el móvil a Gigi con mi número en él tras haberme hecho una perdida para guardar el suyo y ella no duda en tendérselo a Rhys, que lo mira sin entender.

—¿Me das tu número de teléfono también? Me encantaría quedar contigo un día para tomar un café.

Rhys suelta una risotada extraña, entre incrédula y desconcertada.

—Ni de coña. No suelo dar mi número de teléfono a personas desconocidas.

—Pero yo no soy una persona desconocida, soy amiga de Trevor. —Me señala con una sonrisa—. Y eso automáticamente me convierte en tu amiga. Porque los amigos de mis amigos son también mis amigos. Y viceversa. Ahora, ¿me das tu número? Me gustas y quiero que salgamos juntos.

Rhys saca la cabeza por un lado para poderse comunicar conmigo, ya que Gigi le tapa la visión.

—¿De dónde has sacado a esta pirada?

—Fuimos juntos al instituto —respondo en un encogimiento de hombros.

—No estoy pirada, solo soy directa. Cuando algo me gusta, quiero tenerlo. ¿Ves este bolso? —Nos enseña el bolso blanco que lleva colgado del hombro mediante una cadenita—. Lo vi en un escaparate de camino a aquí, me gustó y le pedí al chófer que detuviera el coche para comprarlo. Siempre consigo lo que quiero.

—¡Pero yo no soy un bolso! A mí no puedes comprarme.

—Oh, seguro que sí que puedo. Todos tenemos un precio. Solo tengo que descubrir cuál es el tuyo.

Como ya he dicho antes, no suelo beber mucho. No me gusta y, además, beber me suelta la lengua. Es un daño colateral al estado de embriaguez. Por eso digo, creyéndome el más ocurrente del mundo:

—1.000 dólares la hora según la agencia de *Fake Boy*. 700 si contratas un pack de tres.

Rhys me lanza una mirada asesina e intenta asestarme una patada, pero está lejos y no acierta. Acaba dándosela a la pata de mi taburete y se queja dolorido.

La mirada de Gigi se ilumina.

—Oh, ¿trabajas en *Fake Boy*? Tengo amigas que han recurrido a sus servicios y han quedado encantadas. ¿Qué tengo que hacer para encontrarte en la plataforma?

—Nada. Ahora estoy de baja.

—Esperaré. Soy muy paciente. Y como ya he dicho, siempre consigo lo que quiero.

En ese momento, alguien de su grupo, la llama visiblemente cansada de esperar. Gigi se gira, pide perdón, se despide de nosotros apenada, asegurándole a Rhys que volverán a verse, y a mí que me llamará pronto, y se marcha. A pesar del suspiro de alivio que suelta Rhys, veo seguir con la mirada los movimientos de Gigi mientras se aleja.

—Qué amigas más raras tienes —musita.

Con un nuevo encogimiento de hombros, termino mi cuarto whisky, levanto el vaso y exclamo:

—¡Otro whisky, por favor!

***

Cuando despierto a la mañana siguiente quiero arrancarme la cabeza. En serio, despierto con tal migraña que me cuesta unos instantes despegar los ojos y ubicarme. No estoy en mi casa, estoy en la de Rhys. Y por consiguiente, no estoy en mi cama, estoy en la suya. De hecho, Rhys ronca a pierna suelta a mi lado. Ni siquiera recuerdo como llegamos aquí. Imagino que Rhys tuvo que cargar con los dos.

Lo primero que hago es revisar el teléfono, a ver si hay suerte y Ellie me ha escrito, pero un día más amanezco con el silencio como respuesta. Me froto los ojos con frustración y me levanto de la cama. Tras pasar por el baño para coger una aspirina, me dirijo a la cocina. Un olor conocido flota en el aire y me encuentro a Mike frente a los fogones. Se gira al escucharme y sonríe, cogiendo un poco de caldo de la cazuela que está en el fuego con una cuchara de madera para ofrecérmela.

—¿Sopa de abadejo? —pregunto anonadado.

—Es lo que toman para la resaca en las series coreanas —se explica él—. Pensé que sería un desayuno idóneo para Rhys y para ti. Me he levantado temprano para ir a comprar los ingredientes y prepararla. ¿Está buena?

El corazón se me hunde en el pecho ante la bondad de este muchacho. El cariño que siento por él está a la altura del que siento por Rhys. Estos dos hermanos son la demostración de que aún quedan en el mundo buenas personas.

Asiento a su pregunta y le ayudo a preparar la mesa. Desayunamos juntos, mientras él me habla de sus últimos descubrimientos culinarios, y su última obsesión: el kimchi.

—Existen 200 variedades de kimchi, y cada región tiene sus propios ingredientes y técnicas de fermentación. Además, ¿sabías que en 2013 la UNIESCO añadió el kimchi a su Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad? Eso es porque el kimchi no es solo importante como alimento, sino también una práctica que fomenta la comunidad y cooperación. ¡Y tiene muchos beneficios para la salud! Es rico en vitaminas A y B, y minerales como el hierro. Además, la fermentación produce bacterias beneficiosas para el sistema digestivo, lo que hace del kimchi un probiótico natural.

No puedo evitar sonreír, que alguien que no pertenezca a la cultura coreana tenga tanta información sobre el kimchi no deja de tener su gracia.

—La próxima vez que mi abuela haga kimchi te llevaré para que nos ayudes.

—¿En serio? —pregunta emocionado.

—¡Claro! Mi abuela y tú os llevaréis muy bien. También es una gran cocinera. Regentó un restaurante muy popular hasta que se jubiló.

Hablamos un poco más sobre la abuela y entonces Rhys entra en la cocina, interrumpiéndonos. Tiene tan mal aspecto como yo y se masajea el cráneo en movimientos repetidos que me hacen sospechar que tiene tanta resaca como yo. Se sorprende al verme.

—¿Qué haces tú aquí? —dice sentándose.

—¿No me trajiste tú?

—No que yo recuerde. Aunque, la verdad es que no recuerdo esa parte de la noche.

—Bienvenido al Club.

Intercambiamos una mirada llena de preguntas y Mike nos ofrece las respuestas.

—Os trajo una chica muy guapa. Me llamó al móvil para preguntarme si os conocía, y al decirle que era el hermano de Rhys me pidió la dirección y os trajo aquí en taxi. Dijo que se llamaba Gigi.

Rhys da un respingo y yo lo miro acusador.

—¿No se suponía que habías venido a cuidarme? Acabaste tan borracho como yo, ¡y eso que solo bebiste cervezas!

—Es que no aguanto muy bien el alcohol. No medí bien. Mierda. Ahora esa lunática sabe dónde vivo.

—Me ofrecí a pagarle el taxi, pero me dijo que ya se lo cobraría en especias. No entendí lo que quería decir. —Mike le sirve un plato de sopa con el ceño fruncido y Rhys gruñe—. No especificó qué tipo de especias quería que usaras para pagarle, ¡existen muchas para condimentar los platos!

—No se refería a ese tipo de especias —digo yo aguantándome la risa ante la literalidad de Mike.

—¿Tú no tenías su número? —Rhys me mira esperanzado—. Mándale un Bizum.

—Eso haré, aunque si Gigi quiere que le pagues en especias, le pagarás en especias. No conozco a nadie más perseverante que Georgia Archibald.

Rhys gruñe de nuevo y se mete una cucharada de sopa de abadejo en la boca, felicitando a Mike por como siempre. Comemos en silencio, envueltos en nuestros propios pensamientos,

mientras Mike friega los platos y ordena la cocina. Cuando termina, ocupa la silla que hay frente a mí y me mira fijamente con sus enormes ojos azules.

—He estado pensando en lo tuyo con Ellie —dice, tamborileando sus dedos sobre la mesa como si tocara una canción imaginaria en un piano—. Y creo que se me ha ocurrido algo que podría ayudarte a recuperarla.

—Espera ¿qué? —pregunto sobresaltado—. ¿Tú cómo sabes lo de Ellie? No recuerdo habértelo contado a ti. —Miro a Rhys, que niega con la cabeza como queriendo decir «yo no he sido».

—Pues sí lo hiciste. Ayer por la noche. Os preparé una taza de café a Rhys y a ti y mientras esperaba a que os lo tomarais me lo explicaste todo. Fue un poco difícil entenderte porque arrastrabas las palabras y llorabas a moco tendido.

—¿Lloraba a moco tendido?

Mike asiente.

—Nunca he visto a una persona llorar tanto. Busqué en Google si podrías sufrir una deshidratación por culpa de las lágrimas pero por lo visto eso es algo poco frecuente.

—¿Y dices que se te ha ocurrido que puedo hacer para recuperarla? —Cambio de tema, avergonzado por lo humillante de mi actitud, pero esperanzado por su comentario.

—Ah, sí. He estado dándole vueltas a vuestra historia, desde que os conocisteis hace años hasta ahora, y por la dinámica de vuestra relación pasada y su negativa a verte y a hablar contigo cara a cara, creo que la mejor forma de comunicarte con ella es por carta.

—¿Por carta? —pregunto sorprendido por su sugerencia.

—Vuestra historia empezó por carta, ¿por qué no usar ese recurso para llegar a ella de nuevo?

Lo pienso unos instantes. No se me había ocurrido esa posibilidad y de pronto, me parece tan obvia y lógica que me levanto de la silla como una exhalación. ¿Cómo es posible que no se

me haya ocurrido a mí?

—¡Eso es! Debo mandarle una carta a Ellie. —Me acerco a Mike y le doy un beso de abuela en la coronilla—. ¡Eres un genio!

Mike se ríe y yo salgo escopeteado de la cocina, me pongo los zapatos que encuentro tirados en la entrada y salgo del piso, saltando los escalones hasta la planta baja de dos en dos. La cabeza sigue doliéndome como si estuvieran taladrándome desde dentro, pero no me importa, porque por primera vez en estos últimos días, algo parecido a la esperanza late en mi interior.

Debo enviarle una carta a Ellie. Una carta explicándoselo todo. Por qué no aparecí aquel día. Por qué no regresé a buscarla cuando ya estaba bien. Por qué no le dije la verdad cuando la reencontré hace unos meses. Debo enviarle una carta y desnudar mi alma como nunca.

Solo la verdad podrá salvarme esta vez.

Capítulo 30

Ellie

Cierro el tarro de vidrio lleno de mermelada de melocotón y lo pongo junto al resto, a la espera de que mi madre los hierva para sellarlos al vacío. Luego los etiquetaremos para ser vendidos en los mercadillos y ferias de Connecticut, junto a otros productos artesanales de la granja. Lo hago soltando un suspiro melancólico, un suspiro que no pasa desapercibido por mi madre que me mira con preocupación.

Ha pasado una semana desde que descubrí que Trev era *Goyo* y un dolor agudo se ha instalado dentro de mi pecho, bajo el esternón. Sigo sintiéndome profundamente herida, y confusa, y enfadada, y decepcionada, y llena de tantas emociones contradictorias y enredadas que lo único que me apetece es hacerme un ovillo, escuchar música triste y abandonarme a la autocompasión mientras abrazo a Dolly la oveja que me regaló Trev y que he traído conmigo. Pero estoy en casa de mis padres y no puedo permitirme el lujo de hacer tal cosa. Ya están moscas porque haya venido a la granja por sorpresa y me pase el día perdida en mis pensamientos, desganada y con aire taciturno.

Vuelvo a suspirar y relleno un nuevo tarro con la deliciosa mermelada de mamá. Antes de que pueda cerrarlo, mamá se sienta frente a mí en la mesa de la cocina, me quita el tarro y lo pone a un lado.

—Hija, no puedes seguir así. Estoy harta de escucharte suspirar como si llevaras el peso del mundo sobre los hombros —me regaña con suavidad, colocando una mano sobre la mía—. Cuéntame qué pasa. —Entrecierra los ojos—. Has reñido con Trevor, ¿verdad?

—Mamá… —Me masajeo las sienes, intentando aliviar el dolor de cabeza que me acompaña desde hace días por pensar demasiado—. Te quiero, pero este no es un tema que pueda hablar

contigo.

—Si ese chico te ha hecho daño de alguna forma, dímelo. Lo pondré en su sitio —asegura muy seria—. Por mucho que él me guste como yerno, no voy a permitir que un hombre te lastime otra vez.

Sonrío un poco, aunque la sonrisa no me llega a los ojos. Nancy Woods es muy capaz de dar su merecido a cualquiera, de eso estoy segura.

—Gracias, mamá, pero esto es asunto mío. Deja que sea yo quién lo solucione.

—¿Eso significa que tiene solución? —Su voz suena aliviada—. Por tu forma de actuar como alma en pena pensé que habíais tenido un desencuentro irreconciliable.

Me encojo de hombros sin llegar a responder. Porque no lo sé, no sé si voy a ser capaz de perdonar lo que Trev ha hecho. Fue muy egoísta por su parte acercarse a mí de la manera en la que lo hizo, haciéndose pasar por otra persona primero, y luego sin contarme toda la verdad cuando tuvo la oportunidad. Siento que ha quebrado mi confianza, y ¿hay algo más difícil de reconstruir que eso?

Pero, a la vez, no puedo negar que lo quiero. Que lo quise hace diez años. Que vuelvo a quererlo ahora. Porque lo quise como *Goyo*, y lo quiero como Trev.

Ante esta encrucijada emocional, no puedo hacer otra cosa que volver a suspirar.

—Cariño, déjame decirte una cosa —dice mamá, sacándome de mis pensamientos—. Ningún amor es perfecto ni fácil. En toda relación lo que verdaderamente importa es que a pesar de las discusiones, los enfados, la desidia, las desilusiones, los errores y los malos momentos, volverías a elegir a esa persona entre cientos una y otra vez. Lo importante es que lo bueno compense lo malo. Si compensa, es que estás donde debes estar. Si no lo hace, puede que sea mejor poner punto y final antes de que sea demasiado tarde. —Mamá palmea mi mano un par de veces, en un gesto que pretende ser reconfortante—. No sé lo que ha pasado entre Trevor y tú, pero creo que la clave está en preguntarte si a pesar de todo, lo bueno sigue compensando lo malo.

Compartimos una mirada llena de cariño y en ese instante, el cartero asoma la cabeza por la ventana abierta, sobre el fregadero. Lo saludamos con un movimiento de mano. La sonrisa de Robert, el cartero sexagenario de Bright Valley, es tan brillante que tiene la capacidad de iluminar la estancia entera, incluso en un día nublado como el que se ha levantado hoy.

—Tengo una carta para ti, hija —dice entrando en la cocina cuando mamá le abre la puerta trasera—. Desde Nueva York.

Me ofrece la carta y yo la cojo con el ceño fruncido. ¿Una carta desde Nueva York? ¿Quién podría escribirme a mí? Cuando leo el remitente, el corazón se me detiene bajo las costillas antes de reanudar sus latidos con un ritmo caótico. Es una carta de Trev. La aprieto contra mi pecho, conteniendo el aliento y las lágrimas que se enredan en mis pestañas. Miles de recuerdos cruzan mi mente a toda velocidad, recuerdos que pertenecen a otra Ellie. A la Ellie adolescente emocionada cada vez que en clase el profesor le daba una carta a nombre de *Goyo.*

Mamá invita a Robert a un café y yo me disculpo para subir corriendo a mi habitación. Cojo la caja de latón donde guardo las cartas de *Goyo*, cartas que estos días he releído una y otra vez sin parar, y saco una de ellas. Comparo la letras. Definitivamente es la misma. La misma letra, elegante, pequeña y apretada. Y, entonces, sí, rompo a llorar.

Me rompo.

Una emoción descontrolada me araña las entrañas y dejo que las lágrimas broten por mis ojos y mojen mis mejillas. Acabo sentada en el suelo, con la nueva carta en la mano y la caja de latón en el regazo. No sé muy bien porque lloro, es como si de pronto mi cuerpo necesitara drenar toda la ansiedad y tristeza de los últimos días a través de las lágrimas.

Cuando consigo mantener el llanto bajo control, cojo la carta y la abro. Saco el papel del interior y lo extiendo sobre mí, ignorando el cosquilleo que se extiende por mi tripa cuando empiezo a leer.

Querida Ellie,

Espero de corazón que leas esta carta, porque necesito explicarte por qué hice lo que hice y no se me ocurre otra vía de comunicación que esta, teniendo en cuenta que no respondes a mis llamadas ni lees mis mensajes.

Quiero empezar pidiéndote perdón. Sé que lo hice todo mal, que nunca debí acercarme a ti callándome algo tan importante como nuestro pasado en común.

Créeme cuando te digo que no fue algo premeditado. En un primer momento, cuando te vi en aquel parque del West Side, estaba tan conmocionado al reconocerte que me dejé llevar por la inercia del reencuentro. Tú creíste que era el novio de alquiler que contrataste, y yo dije que sí porque cualquier opción que me permitiera pasar más tiempo contigo y saber de ti me parecía mejor que la opción contraria.

Luego todo se precipitó y pude acompañarte a tu pueblo, conocer el sitio desde donde me escribías, conocer tu casa y tu instituto. Fue emocionante ver con mis propios ojos ese rincón del mundo que fue mi único contacto con la realidad durante una época muy oscura de mi vida.

Ah. Y me hizo muy feliz descubrir que seguías guardando mis cartas y que fui tu primer amor. Porque tú fuiste el mío. Mi primer amor. La primera chica que me gustó de verdad. La primera chica de la que me enamoré.

Luego me inventé todo aquello de las citas porque quería seguir viéndote. Para entonces ya sabía que tenía que contarte la verdad, porque me estaba volviendo a enamorar de ti y me ardía el pecho de culpabilidad cada vez que te veía, pero no sabía cómo hacerlo, y más después de que me dijeras en el *K-Drama Experience* que no te interesaba seguir teniendo una relación con el *Goyo* de las cartas.

Quería decírtelo, Ellie. Te lo prometo. Quería decírtelo todo, y cuando supiste que yo era el CEO de Daebak y que no era novio de alquiler estuve a punto de hacerlo, pero… de nuevo me acobardé. El miedo de perderte me paralizó. Y decidí esperar un poco mientras disfrutaba de lo nuestro, porque es sin duda lo más bonito que me ha pasado en la vida.

Dicho esto, creo que *Goyo* también te debe una disculpa por no haber aparecido aquella tarde de verano en el jardín botánico. Cada vez que lo pienso me odio por haberte dejado plantada como lo hice, y más teniendo en cuenta que sí estuve allí, que sí te vi, que sí estuve contemplándote largo rato desde la distancia, luchando conmigo mismo para acercarme a ti. Vi tu expresión de decepción y tus ojos humedecidos, pero una fuerza

mucho más grande que el deseo de abrazarte se apoderó de mí. La fuerza del miedo.

No voy a victimizarme ni a culpar a las circunstancias por lo que hice. Simplemente no estaba preparado. Necesitaba curar el trauma antes de meterme de lleno en una relación contigo. De lo contrario, estoy segura de que te lo hubiera hecho pasar mal. Porque tú hubieras intentado salvarme, y yo por aquel entonces estaba demasiado ofuscado como para dejarme salvar. Estaba hecho mierda, con el autoestima por los suelos, una pierna con movilidad reducida que por aquel entonces no sabía si recuperaría, y la culpabilidad de la muerte de Axel enquistada en mi pecho.

Fueron muchos los años de terapia que necesité para salir del agujero. No fue fácil tampoco. Y no he sanado del todo. Hay grietas que son demasiado grandes y profundas como para que sea posible repararlas. Sin embargo, esta vez sí que estoy preparado para estar contigo. Y no solo eso. Estoy preparado para hacerte feliz. A pesar de mis grietas, Ellie, quiero y puedo hacerte feliz. Esta vez, sí.

Una vez dijiste que yo sabía dónde vivías, cómo se llamaba tu pueblo, y que hubiera sido fácil para mí encontrarte. Tienes razón, y confieso que lo pensé más de una vez. Pero no me sentí legitimado para hacerlo. ¿Cómo iba yo a irrumpir en tu vida sin más? ¿Con qué derecho? ¿Y si eras feliz y yo removía lo que no debía? Quería ser emocionalmente responsable.

Así que, encontré al amor de mi vida, lo dejé ir y esperé a volver a encontrarlo.

Y lo hice. Volví a encontrarte. Porque siempre fuiste mi destino.

En fin, mi amor, ¿qué te parece si cerramos el ciclo de *Soli* y *Goyo* y abrimos el de Ellie y Trevor? Quedemos en el mismo sitio que hace 10 años y encontrémonos el último día de abril en el Jardín de Rosas Peggy Rockefeller del Jardín Botánico de Nueva York antes del cierre. Prometo aparecer esta vez.

Saranghae

Tu Trev

Tras la última palabra, el corazón me late con tanta fuerza que me llevo una mano al pecho de forma inconsciente.

Hay algo mágico en la forma de escribir de Trev. Es imposible no conectar con él, con sus emociones y sus vivencias. Ese fue el motivo por el que me enamoré de *Goyo* la primera vez. Sus cartas eran capaces de atravesar mis diques de contención, burlar todas mis defensas y llegar

al interior de mi alma sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Sus palabras te acarician, te susurran y te abrazan, ¿quién es capaz de resistirse a algo así?

Además, ha vuelto a usar una frase de Aterrizaje de emergencia en tu corazón, con ese «encontré al amor de mi vida, lo dejé ir y esperé a volver a encontrarlo», ¿por qué tiene que ser tan condenadamente romántico? Y ¿cómo voy a seguir enfadada con él después de eso?

Pienso en lo que ha dicho mamá antes: «la clave está en preguntarte si a pesar de todo, lo bueno sigue compensando lo malo». Trev ha tomado muy malas decisiones estos últimos meses, lo inició todo con una mentira, pero… ¿quién soy yo para juzgarle? Yo misma recurrí a la mentira con mis padres para que me dejaran tranquila. Hay veces que las mentiras son la única salida que vemos en circunstancias desesperadas. Además, pesar de esa mentira, Trev me hizo feliz. Y puestos en una balanza, los momentos buenos ganan por goleada a los momentos malos.

Estoy segura de que, al final, conseguiremos recuperar la confianza quebrada. Sin más mentiras. Soltando capas. Tocando hueso.

Y con esa revelación, me levanto, miro el calendario y me preparo mentalmente para nuestra próxima cita, este mismo fin de semana.

Capítulo 31

Trevor

Me paro delante del espejo que cuelga de las paredes de mi vestidor y observo mi reflejo con gesto complacido.

Dentro de unas horas tengo la cita con Ellie y tras dudarlo un poco me he decantado por esta ropa. Se trata de un traje en color negro debajo del cual me he puesto una camisa blanca, y he combinado el conjunto con unos zapatos de piel también en color oscuro. Tal vez se trata de un atuendo demasiado formal para acudir al Jardín Botánico, pero la persona que voy a encontrar allí es tan especial que se merece esto y mucho más. Tampoco estoy seguro de que ella vaya a venir. Ni siquiera sé si ha llegado a leer la carta que le escribí. Pero quiero pensar que sí lo ha hecho. Que ha leído mi carta, que me ha perdonado y que en este preciso instante se está preparando para encontrarse conmigo con la misma ilusión de la primera vez.

Me llevo las manos al cuello donde descansa el nudo de la corbata y tras ajustarlo para que quede perfecto oigo el sonido del interfono.

Alzo una ceja y voy hacia el vestíbulo preguntándome quién demonios debe ser. No es que suela tener muchas visitas y hoy no es precisamente el día más idóneo para que la cosa cambie. Me paro delante del portero automático y cuando veo el familiar rostro de Rhys al otro lado de la pantalla, no puedo evitar esbozar una sonrisa. Aprieto el botón de apertura para dejarle pasar y le espero apoyado en el marco de la puerta de mi apartamento.

No tardo en oír el sonido del ascensor y acto seguido aparece Rhys con su chaqueta de cuero favorita sobre los hombros y una bolsa en la mano.

Otra sonrisa de oreja a oreja se abre paso a través de mis labios, pero la bloqueo al instante.

Echo de menos la compañía de Rhys y me alegra tanto verle, que incluso le abrazaría. Pero tengo un estatus masculino que mantener.

Me envía un saludo desenfadado con la mano al que respondo con un gesto de cabeza y cruza el umbral. Tras cerrar la puerta me vuelvo hacia él y me lo encuentro dando una vuelta sobre sí mismo con cara de sorpresa.

—Vaya, así que aquí este es el apartamento de lujo donde vive Trevor Park. Tienes buen gusto para la decoración, lo reconozco.

—El buen gusto lo tiene la decoradora que contraté junto con la factura de cinco dígitos que me cobró después —confieso en tono divertido mientras me acerco a su lado—. ¿A qué debo el placer de tu visita? Es toda una sorpresa verte aquí. Más que nada teniendo en cuenta que la última vez que nos vimos aseguraste que estabas hasta los cojones de mí.

Rhys ignora mi comentario y levanta el brazo mostrándome la bolsa.

—Vengo a traerte el nuevo invento culinario de Mike y ya de paso ofrecerte mi apoyo moral para tu esperado reencuentro con Ellie. —Me guiña un ojo con aire seductor y se dirige a la cocina mientras yo sigo sus pasos—. ¿A qué hora es la cita por cierto?

Deja la bolsa sobre la encimera y saca un par de tuppers de su interior.

—Pues le dije a Ellie que nos viéramos poco antes del cierre del Jardín Botánico y en esta época eso es a las seis —le explico—. Con lo cual me presentaré allí sobre las cinco y poco. No quiero que Ellie llegue antes y me tenga que esperar. —Fijo la mirada en los tuppers y levanto uno para ver el contenido a través del cristal—. Eso siempre y cuando ella aparezca por allí claro está, pero mi yo optimista quiere pensar que así será… ¿Qué es lo que ha cocinado Mike, por cierto? Tiene muy buena pinta.

—Otro plato a base de kimchi del que no recuerdo el nombre, pero en vistas de que aún estás así, será mejor que te olvides de probarlo ahora. —Rhys se cruza de brazos y me dirige una

mirada de reprobación—. ¿Por qué demonios no te has arreglado todavía? ¿No decías que querías llegar con tiempo a la cita?

Arrugo la frente en su dirección y tras dejar el tupper sobre la encimera me miro la ropa.

—¿A cuento de que dices que no me he arreglado? Llevo puesto un traje a medida. ¿Sabes lo que vale?

—Lo que valga me es indiferente. Vas a una cita, no a una reunión de trabajo.

—Oye…, ¿desde cuándo no se puede llevar un traje a una cita? Es una prenda muy elegante.

—A ver, sí, por supuesto que es elegante —concuerda conmigo Rhys—. Pero tú hoy no puedes ir elegante sin más. Tienes que ir un paso más allá.

La arruga de mi frente se intensifica.

—¿Qué quieres decir?

—Venga ya, tío… Me refiero a que es más que probable que hoy vayas a hacer realidad tu sueño de encontrarte con Ellie en esos jardines. Y teniendo en cuenta que los dos lo estabais esperando tanto, dudo que os olvidéis de esta cita en la vida. Así que todo tiene que ser perfecto incluido el outfit con el que vas a aparecer allí.

Asiento con calma analizando sus palabras. Yo soy el primer interesado en que Ellie no se olvide nunca de este día, así que cualquier consejo que me ayude en ese sentido es bienvenido. Y más si proviene de alguien con tanta experiencia en el mundo de las citas como Rhys.

—Está bien… ¿Entonces qué sugieres?

***

Veinte minutos más tarde vuelvo a encontrarme delante del espejo de mi vestidor, solo que esta vez no estoy solo y la imagen que estoy viendo no me convence en absoluto. No por los pantalones y los zapatos, que son muy parecidos a los otros que llevaba antes, sino por la parte de arriba. Rhys ha escogido una camisa blanca con mangas caídas y corte relajado que tenía olvidada en el armario. La verdad es que se trata de una prenda de esas que compré por impulso y nunca me he sentido cómodo con ella. Las mangas son demasiado anchas, al igual que la apertura del cuello. Con lo cual si no te pones algo debajo transmite una imagen…, como lo diría, bastante indecorosa. O al menos eso es lo que siempre me ha parecido a mí.

—Oye, ¿en serio tengo que ir así? —le digo a Rhys con la vista clavada en la piel de mi pecho que queda expuesta—. ¿Sin nada más encima?

—Sí, ¿a qué es genial? —Sus labios dibujan una sonrisa de satisfacción que contrasta con mi expresión dubitativa.

—¿Y si me resfrío? —Nada más decir esto la mirada que me dirige Rhys me confirma que he sonado ridículo, pero estoy demasiado nervioso como para ponerme a filtrar lo que digo—. ¿Qué pasa? Por la noche todavía hace frío…

—Pues si tienes frío te aguantas y punto. Eres un hombre hecho y derecho. Actúa como tal.

Asiento intentando empaparme de su confianza, pero así vestido estoy fuera de mi elemento y no me resulta tarea fácil.

—No sé, tío —murmuro al cabo de un momento—. Me da miedo hacer el ridículo delante de Ellie.

—¿El ridículo? —Los labios de Rhys esbozan una sonrisa incrédula—. Joder colega, ¿pero tú te has visto? Con tu atractivo natural y esta ropa pareces un príncipe de ensueño. Un príncipe moderno muy follable. Esas son las palabras que lo definen a la perfección, sí.

Sus palabras me hacen sonreír pero la alegría se esfuma igual de rápido que ha venido.

—Me conformo con que Ellie no piense que voy de camino a convertirme en el exhibicionista del año.

Rhys niega con la cabeza y me agarra por los hombros obligándome a mirarle.

—Ey, tu novia se va a alegrar lo que no está escrito cuando te vea así vestido, créeme, tengo experiencia en ello. Así que yo de ti no me comería más la olla pensando en tu aspecto. Más bien preocúpate por cómo me vas a agradecer que te haya venido a echar un cable—. Nada más decir esto me suelta y se deja caer en el banco aterciopelado situado en medio del vestidor—. Una cena en un japonés estaría genial. Aunque procura no pasarte con la bebida. Cuando estás borracho eres un plasta de narices.

—Mira quien fue hablar —le suelto reprimiendo una sonrisa sin mucho éxito y mientras le miro no puedo evitar que algo cálido y reconfortante burbujee dentro mi pecho.

La misma sensación de calidez que me ha embargado cada vez que Rhys ha hecho algo por mí, y que por lo visto ha venido para quedarse.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —Me pregunta de repente él.

Salgo de mi ensoñación y me siento a su lado.

—Por nada, es solo que hacía mucho que no tenía a alguien con quien compartir estas cosas. Ya sabes… Un amigo —confieso con la vista puesta al frente—. ¿Recuerdas a Axel, el chico del que te hablé? Él era como un hermano para mí, crecimos juntos y cuando murió fue como si también hubiera muerto una parte de mí mismo. Supongo que por eso me resultó tan difícil superar su muerte y… Bueno, desde entonces no había tenido otro amigo de verdad. Alguien en el que poder confiar al cien por cien. Y tengo que reconocer que volver a revivir esa sensación me hace sentir muy bien.

Me trago el nudo que se ha instalado en mi garganta y sonrío ligeramente. Cuando miro de

reojo a Rhys compruebo que él también está esbozando una de sus sonrisas torcidas. Luego asiente con la cabeza y murmura:

—Siendo sincero yo también estoy gratamente sorprendido. Llevaba tanto tiempo preocupado por subsistir y conseguir dinero que me había olvidado de que hay otras cosas igual de importantes en la vida. Entre ellas entablar amistad con un pijorro de Central Park y ver series coreanas hasta las tantas de la madrugada. Hay que ver la de vueltas que da la vida…

—Tú lo has dicho —le digo sonriendo más abiertamente y no añado nada más porque tengo la sensación de que no hace falta. Hay momentos en que sobran las palabras y este es uno de ellos.

Un silencio cargado de muchas cosas se instala entre nosotros hasta que Rhys lleva la vista a su reloj de pulsera y suspira:

—En fin, te dejo que yo también tengo que prepararme para una cita. Aunque en mi caso yo no tengo tantas ganas de asistir como tú. Pero el dinero manda... —Se pone de pie y yo le imito con un nuevo pensamiento rondándome la cabeza.

Una idea a la que llevo días dándole vueltas y que tiene que ver directamente con Rhys. De hecho, estaba esperando al momento adecuado para hacérsela saber, pero de repente algo me dice que ese momento ha llegado ya.

—Ey, espera un momento —le pido sin más dilación—. Antes de que te vayas me gustaría comentarte algo. Tranquilo, iré rápido.

Rhys asiente metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Vale. ¿De qué se trata?

Me aclaro la garganta y no espero ni un segundo más en poner voz a mis pensamientos.

—Pues verás. Como ya te comenté, los nuevos platos preparados de Daebak han tenido muy

buena acogida entre los consumidores, y la idea es seguir ampliando la línea de productos. El problema es que voy hasta arriba de trabajo y no sé si llegaré a todo. Por eso había pensado que tú me podías ayudar un poco en ese sentido. Siempre y cuando a ti te parezca bien.

Rhys parpadea con incredulidad como si mis palabras le hubieran descolocado.

—Espera un momento, a ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que quieres que trabaje contigo?

—Sí, eh, perdona que te lo suelte tan de sopetón —me disculpo esbozando una sonrisa nerviosa—. Pero es que nunca me ha resultado fácil encontrar gente de confianza para trabajar conmigo codo con codo, y sé que en ese aspecto puedo contar contigo al 100%. Me lo has demostrado estos últimos meses. El sueldo ya lo concretaríamos, pero superaría a lo que te pagan en la agencia, eso por descontado. Y si Mike sigue sacando buenas notas podría beneficiarse de las becas de estudios que ofrezco a los hijos de mis trabajadores.

Rhys se me queda mirando como si todavía no se acabara de creer mis palabras.

—¿Hablas en serio?

Hago un gesto de asentimiento.

—Por supuesto no tienes que responderme ahora —le aclaro—. Sé que es una decisión importante y tienes derecho a pensártela todo lo que haga falta.

Un sinfín de emociones se suceden en el rostro de Rhys al mismo tiempo que procesa todo lo que le acabo de decir. Todavía parece sorprendido y desconcertado, pero una sonrisa de alivio no tarda en adueñarse de sus labios.

Y entonces sé que me va a decir que sí.

Carta n.º 40. Última carta.

De *Goyo* para *Soli*

Querida Soli,

Esta será mi última carta. Están a punto de darme el alta y he convencido a la enfermera para que me deje escribirte una última vez.

Hay muchas cosas que aún no te he dicho, y voy a aprovechar esta oportunidad para hacerlo. Voy a vaciarme del todo, Soli. No quiero guardarme nada. No contigo.

La razón por la que he estado en el hospital tanto tiempo es porque, tal como te he comentado con anterioridad, sufrí un accidente automovilístico. Fue un accidente muy grave, Soli. El coche quedó siniestro total.

Cuando pienso en aquel día, siento un dolor tan fuerte en el pecho que me cuesta respirar. Era un día cualquiera en la vida de un joven de 17 años que lo tenía todo para ser feliz: buenos amigos, éxito con las chicas, un futuro prometedor en el fútbol y seguridad en sí mismo. ¿Quién me hubiera dicho entonces que todo eso se iría al carajo en menos de 24 horas?

La culpa de lo que ocurrió la tiene aquella maldita fiesta en casa de uno de los chicos del equipo. Yo ni siquiera quería ir, no me gustaban ese tipo de fiestas. Pero Axel me convenció.

Axel era mi mejor amigo, aunque yo lo sentía como un hermano. Era la familia que escogí, la persona en la que más confiaba en el mundo. Nos conocimos en el jardín de infancia y desde entonces fuimos inseparables. Siempre fuimos a la misma clase y juntos nos apuntamos al equipo de fútbol. Yo como quarterback y él como receptor. Compartíamos el sueño de acabar jugando juntos en la liga profesional.

La cuestión es que Axel quería ir a la fiesta porque iba una chica con la que quería enrollarse, y yo acabé cediendo porque había discutido aquella mañana con mi padre y necesitaba desconectar.

Mi padre no veía con buenos ojos que quisiera dedicarme al fútbol, quería que siguiera con el negocio familiar cuando él se jubilara, así que las cosas entre nosotros estaban muy tirantes e incómodas todo el

tiempo.

La cuestión es que aquella noche me pasé bebiendo. Yo no bebía nunca, el entrenador nos lo tenía prohibido, pero eso no impidió aquella noche que enlazara una cerveza tras otra.

Cuando la noche terminó estaba tan borracho que era imposible que yo condujera mi coche de regreso a casa. Me había comprometido a llevar a Axel a casa, solíamos turnarnos en esas fiestas. Fue muy irresponsable por mi parte beber teniendo en cuenta esto, lo sé.

Sugerí a Axel pillar un taxi juntos, que podía regresar a por el coche al día siguiente, pero él dijo que no hacía falta, que apenas había bebido y que podía conducir él por mí.

Y esa decisión marcó su destino.

Todo lo que voy a contarte a continuación lo sé porque me lo han contado, porque yo lo recuerdo todo de forma fragmentada. En algún punto, entre las calles 30 y 34, un coche se saltó un ceda y se estrelló contra nosotros, empotrándose contra el lado del conductor. Nuestro vehículo dio algunas vueltas de campana, porque iba a gran velocidad, antes de quedar detenidos en medio de la carretera.

Perdí la consciencia varias veces, pero recuerdo los cristales rotos, los metales retorcidos del coche atrapándome en su interior, la sensación de asfixia, el peso sobre mi pierna derecha, y el sonido ensordecedor de los servicios de emergencias que vinieron en nuestra ayuda. Aunque, la imagen que no consigo sacarme de la cabeza, la imagen que me quita el sueño, la imagen que me atormenta desde entonces, es la imagen de Axel, ensangrentado, en una posición imposible entre el amasijo de hierros que nos envolvía.

Axel murió prácticamente en el acto, Soli. Axel murió y yo sobreviví. Murió porque tomó mi sitio en el puesto del conductor. Si yo aquella noche no hubiera bebido, probablemente él seguiría vivo y yo estaría muerto.

Desde entonces me siento culpable casi todo el tiempo. Siento que estoy viviendo de prestado, que Axel merecía vivir y que yo debía morir. Que el destino se equivocó con nosotros.

Supongo que por eso acepté lo que ocurrió a mi pierna derecha como una condena merecida. Y es que, es por mi pierna derecha por lo que he estado tanto tiempo en el hospital. Quedó destrozada después del accidente y los cirujanos han necesitado varias operaciones y meses de terapia para salvarla. Me quedan aún más meses de rehabilitación por delante, y ya me han dicho que nunca podré volver a moverla como antes

del accidente. Que me olvide de jugar al fútbol de forma profesional, que como mucho podré hacerlo como amateur y sin forzar la pierna demasiado tiempo.

Han sido meses muy difíciles, Soli. Llevaba 57 días sin hablar con nadie cuando recibí tu primera carta. Por eso la enfermera me puso el nombre de « Silencio » en coreano, y por eso yo sugerí que te llamaras *Soli*, sonido, porque fuiste el sonido que rompió mi silencio en una de las etapas más duras y tristes de toda mi existencia.

A lo largo de estos meses, te has convertido en algo más que mi amiga por correspondencia. Lo sabes, ¿verdad?

Eres mi destino, Soli.

Cada vez que recibo una carta tuya, siento que el destino me retuvo aquí por ti. Para conocerte. Para volver a sentir y a vivir a través de tus cartas.

Si yo hubiera muerto aquel día, nunca nos hubiéramos conocido.

Y ahora se supone que debemos decirnos adiós. ¿No es una locura? ¿Cómo se dice adiós a tu destino?

Supongo que el mismo destino volverá a juntarnos. Sería bonito coincidir en un lugar como el Jardín Botánico de Nueva York. Dicen que el Jardín de Rosas Peggy Rockefeller está precioso en verano, porque muchas de ellas están en plena floración. Reencontrarse en esos jardines suena como un sueño, ¿no crees? Imagina ir allí el último día de julio, a la hora del cierre, con una rosa amarilla, por si el destino decide jugar bien sus cartas.

En fin, voy a dejarlo aquí.

Gracias por haberme mantenido aferrado a la vida en un momento en el que me sentía desconectado de ella.

Saranghae

Tu Goyo

Capítulo 32

Ellie

Nunca me habría imaginado que sería tan difícil encontrar una rosa amarilla en Nueva York. Sé que esta vez no es necesario que acuda a la cita con una flor, puesto que Trev y yo ya nos hemos visto innumerables veces y nuestro aspecto ya no es un secreto, pero he pensado que sería una bonita manera de revivir el pasado que compartimos. Así que al final, gracias a mi cabezonería, no me ha quedado otra que entrar en un montón de floristerías y caminar lo que no está escrito, hasta que por fin he dado con una rosa de ese color. Por suerte he sido previsora y he salido de casa con tiempo, y calzando unas merceditas de charol que siempre me han resultado muy cómodas. Pero aun así no he podido evitar otros imprevistos, como, por ejemplo, la lluvia.

Una lluvia que ha empezado a caer cuando he entrado en el taxi en forma de llovizna, y que ha ido *in crescendo* hasta acabar en un chubasco que lo ha colapsado todo a su paso. Con lo cual por culpa del atasco que se ha formado, he tardado más de cuarenta minutos en hacer un trayecto que en otras circunstancias me habría tomado mucho menos tiempo. Y cuando por fin el taxi me deja enfrente del Jardín Botánico compruebo con el corazón acelerado que solo quedan veinte minutos para el cierre.

No pierdo ni un segundo más en plantarme delante de la taquilla y pedir una entrada. Como era de esperar dada la hora que es y que el tiempo no acompaña, la chica que está al otro lado del mostrador me mira extrañada, pero me acaba vendiendo el pase sin ningún impedimento.

Le doy las gracias y me dirijo a paso rápido al acceso de la zona este del Jardín Botánico. Una vez dentro del recinto intento recordar cómo se llegaba al Jardín de Rosas Peggy Rockefeller, pero hace tanto tiempo desde la última vez que estuve aquí, que al final no me

queda otra que recurrir al mapa que me han proporcionado. Me echo la bronca interiormente por no tener una mente más privilegiada y tras comprobar la ruta, vuelvo a ponerme en movimiento.

Al menos parece que la tormenta está remitiendo y se ha reducido a unas cuantas gotas que caen de forma aislada. Cruzo corriendo el puente Hubbard, donde me encuentro con unas pocas personas que de buen seguro se dirigen hacia la salida y dejo atrás lo que parece un invernadero. Al cabo de poco me desvío del exuberante camino principal para ir a parar a un jardín repleto de lilas. Su dulce fragancia penetra en mis fosas entremezclándose con la de la tierra mojada y calma un poco la agitación que siento. Llevo en este estado desde que leí la carta de Trev. Inquieta, nerviosa, expectante y eufórica, de la misma manera que le ocurrió a mi yo del pasado. Y en todos estos días, que por cierto se me han hecho eternos, no he sido capaz de pensar en otra cosa que no fuera Trev y las ganas que tengo de encontrarme con él hoy aquí.

Recorro sin descanso un sendero sinuoso, sintiéndome cada vez más acalorada por el esfuerzo de hacerlo tan rápido, hasta que a lo lejos veo por fin la entrada del jardín de rosas. Voy hacia allí mientras la anticipación calienta mi estómago en forma de miles de mariposas y mi respiración se acelera hasta niveles extremos. Cruzo la entrada donde una majestuosa escalera de granito me da la bienvenida. Me detengo un momento para otear el horizonte en busca de Trev, pero a simple vista no veo nada más que senderos desiertos delimitados por rosales en plena floración. Bajo los escalones intentando no resbalarme en el proceso y una vez accedo al jardín sigo caminando en dirección a la parte central.

Miro hacia el cenador abovedado que me espera a unos cuantos metros, pero desde la posición en la que estoy todavía sigo sin ver a Trev.

De repente me asalta un pensamiento que me hace aminorar el paso.

¿Y si Trev no ha venido? ¿Y si sus miedos han vuelto a dominarle y acabo reviviendo la traumática experiencia de la primera vez?

Agito la cabeza diciéndome a mí misma que eso no puede ser, que esta vez no va a ser así, y

empujo el pensamiento desagradable hacia algún lugar inaccesible para que deje de molestarme. No voy a dejar que nada, ni siquiera mis miedos irracionales, me estropeen este día.

Sigo caminando entre rosales que curiosamente han sido apodados con el nombre de personajes famosos a lo largo de la historia y, cuando estoy a punto de llegar a la glorieta, le veo por fin. A Trev.

Está de espaldas a mí con la vista puesta en el lado contrario del jardín, pero no tarda en darse la vuelta y verme también a mí. Y tengo la sensación de que el tiempo se detiene a nuestro alrededor.

Una sonrisa se abre paso a través de los labios de Trev en el mismo momento en que nuestros ojos se encuentran. Yo también le sonrío y a medida que salvo la escasa distancia que nos separa, me asalta otro fogonazo de pensamientos. Aunque esta vez son de los buenos.

El primero es que nunca había visto a Trev con un aspecto tan impresionante. Con esa camisa en color blanco de mangas caídas y esos pantalones ajustados parece literalmente un príncipe salido de un cuento de hadas, o en términos más gráficos, una versión actual y mejorada del protagonista *hot* de una novela romántica histórica. Lo siguiente que pienso es que nunca nadie me había mirado como lo está haciendo él en este preciso instante. Con una mezcla de intensidad, admiración, cariño y amor que me calienta por dentro. Y por último este pensamiento conecta con otro pensamiento que provoca que mi corazón se hinche como un globo. Y es que tengo la absoluta certeza de que le quiero.

Entro en la glorieta y me paro frente de él. No sé si es por lo guapo que está, pero de repente me siento algo cohibida.

—Hola —me saluda con su voz de ensueño algo tomada, y en ese momento me doy cuenta de que tiene la camisa y el pelo un poco mojados por la lluvia y me asalta la culpabilidad por haberle hecho esperar. Tal vez incluso le he hecho creer que no iba a venir, lo cual me hace sentir todavía peor.

—Siento la espera —me apresuro a decir—. Pero he pillado un atasco viniendo hacia aquí, y todo por culpa de que antes me he empeñado en buscar una rosa amarilla. —Le enseño la rosa medio espachurrada a causa de las prisas, y de repente el capullo se suelta y esta pasa a mejor vida—. ¡Oh! mierda… Qué desastre. —Me agacho para recogerlo del suelo, pero Trev se me adelanta.

—Tranquila, valoro tu detalle. —Aprieta los labios en un esfuerzo por no reírse, pero su sonrisa acaba ganando la partida. Y esta me parece tan bonita y sincera que me da por pensar que no me importaría volver a hacer el ridículo, si con eso consigo que sonría así otra vez.

Y todavía estoy inmersa en ese pensamiento cuando él levanta la mano y constato que su intención es ponerme el capullo en el pelo. Me quedo quieta mientras él se dedica a introducir lo que queda del tallo detrás la goma con la que hoy he sujetado mi coleta baja, y en cuanto acaba murmura:

—Así mejor… —Me lo quedo mirando sin decir nada porque su cercanía me ha dejado algo traspuesta, pero él se lo toma en otro sentido y añade—: Esto…, que conste que no lo he dicho porque no estuvieras ya bien. Me gusta mucho como te queda este recogido que te has hecho y el vestido también. Nunca te había visto tan guapa de hecho. La espera ha valido la pena con creces…

Ahora soy yo la que esbozo una sonrisa y me digo a mí misma que tengo que darle las gracias a Aria por haberme ayudado a elegir este vestido en el centro comercial. Es de estilo vintage con el cuello de pico y la falda larga en evasé, y lo cierto es que el color es casi idéntico al de camisa de Trev.

—Gracias —murmuro—. Tú también estás muy guapo.

Una vez digo esto se impone entre nosotros un breve silencio que en realidad habla de muchas cosas. De perdón y segundas oportunidades. De ilusión y posibilidades.

—Entonces… —musita Trev al cabo de unos segundos rompiendo con la quietud del momento—. ¿Qué te pareció la carta que te envié?

«Tu carta estuvo a punto de provocarme un paro cardiaco de lo mucho que me gustó», estoy a punto de contestarle, pero al final hago una mueca y decido hacerme un poco la dura.

—Bueno… No estuvo mal del todo, supongo.

—¿Qué no estuvo mal del todo? —Trev alza una ceja fingiendo estar muy ofendido—. Oye, no sé si te diste cuenta pero puse toda mi alma y mi corazón en esa carta. Esperaba un poco más de efusividad por tu parte.

—Me di cuenta, sí, pero también incluiste una de las frases de mi serie favorita porque sabías que me ablandaría, y eso es jugar sucio. —Me cruzo de brazos aparentando indignación al mismo tiempo que Trev esboza una lenta sonrisa de comprensión.

—Oh, así que es eso —murmura asintiendo suavemente—. Pues tienes que saber que no usé la frase con esa intención, sino porque me pareció que definía nuestra épica historia de amor a la perfección.

Una sonrisa acorde con la felicidad que me produce escuchar esas palabras de su boca intenta adueñarse de mis labios.

—¿Estás seguro de que lo nuestro se puede comparar a eso? Piensa que es ficción y está todo muy exaltado.

Trev da un paso hacia mí y conecta sus ojos con los míos.

—Nunca he estado más seguro de algo —me asegura y tras cogerme de los brazos acerca su cuerpo al mío—. Eres el amor de mi vida, Ellie. Y aunque te dejé ir siempre tuve la esperanza de volver a encontrarte, porque de alguna manera percibía que tu destino estaba ligado al mío. Eso es lo que de verdad siento y te lo repetiré mil veces más si hace falta: Sí somos destino.

Me muerdo el labio, embargada por la emoción y al cabo de unos segundos encuentro mi voz para decir:

—Y yo me alegro de que lo hayas hecho —confieso—. A pesar de todo. Me alegro de que me encontraras, la volvieras a cagar y acabaras derribando mis barreras con esa maldita carta tan romántica.

Trev sonríe como si estuviera aliviado y un nuevo brillo no tarda en adueñarse de sus ojos. Carraspea y su voz suena queda cuando murmura:

—¿Significa eso que ya no estás enfadada conmigo?

Ruedo los ojos.

—¿Tú qué crees? De lo contrario no me habría pateado medio Nueva York en busca de una rosa amarilla, ni habría aparecido aquí así vestida con el día que hace —le contesto y antes de que pueda precisar lo que está haciendo me coge de la mano y empieza a caminar llevándome con él.

Arrugo la frente entre contrariada y divertida al mismo tiempo.

— ¿Y ahora a dónde vamos?

—A tener nuestro propio final de kdrama.

—¿Qué? —suelto riendo, pero Trev se limita a seguir caminando a paso rápido con su propia sonrisa impresa en los labios, y no deja de hacerlo hasta que llegamos a mitad del puente.

Y antes de que le llegue a preguntarle qué demonios estamos haciendo aquí plantados me dirige una mirada cómplice, aprieta su cuerpo al mío, coge su cara entre sus manos y me besa. Me besa con pasión e intensidad rodeándome con sus cálidos y fuertes brazos. Me besa como lo hacen los protagonistas de mis novelas y como lo he visto hacer tantas veces en mis series favoritas. Y por primera vez en mi vida estoy de acuerdo con el dicho ese tan conocido que dice:

La realidad supera la ficción.

Epílogo

Ellie

Un año después

@Pagesofpassion. @elliepark ¡Enhorabuena por la boda! Tu marido y tú os veis increíbles en la foto. Por cierto, me encantó conocerte en la firma de libros en Strand Book Store, ¡eres inspiradora!

@LucyMacKinnon. Madre mía, qué pareja más bonita. Espero que regreses de la Luna de Miel a Seúl con muchas ideas para nuevas historias. Por cierto, fue un placer entrevistarte para la revista *Pink Ladies*, quedemos para hacer un café a tu vuelta.

@Loversanddreamers. ¿Para cuándo una novela con tu marido como muso? ¡¡Se parece un montón a Cha Eun Woo!!

@BeccaKing. He amado cada página de tu último libro. Me ha gustado tanto que no dejo de recomendarlo cuando alguien entra en mi librería y me pide una comedia romántica. ¡Suerte que al fin te has lanzado al mundo editorial! De lo contrario, muchos nos hubiéramos perdido tus preciosas historias.

@Captivatedhearts. ¿Cómo conseguiste tu propio coreano de kdrama? Yo también quiero uno así.

Después de revisar los comentarios pendientes de mi última publicación en Instagram donde subí una foto de la boda con Trev, intento concentrarme en las maravillosas vistas de Seúl que pueden verse desde los pies de la Torre Namsan. Trev sonríe a mi lado, con el brazo enlazado en mi cintura y los ojos fijos en el paisaje urbano.

Ha sido un año maravilloso, en el que hemos podido amarnos sin ningún secreto de por medio. Poco después de nuestra reconciliación, Trev me llevó a conocer a sus padres y sus abuelos, y me convertí en un miembro más de la familia Park. Quiso mostrarme cada una de sus facetas para que pudiera confiar en él al 100% y he adorado cada una de ellas, incluso las difíciles y vulnerables. Gracias a él también decidí dejar atrás el miedo a la exposición y terminé aceptando la propuesta de una editorial para publicar una novela de forma tradicional. La novela salió hace unos meses, ha sido un éxito de ventas, y a pesar de que salir de mi zona de confort no siempre ha sido fácil, no me arrepiento de haberlo hecho. Las charlas con mis lectoras, las firmas, los coloquios y sus muestras de apoyo y cariño han sido un regalo maravilloso que compensa con creces todo lo demás.

Trev también ha seguido prosperando en su trabajo, y con la ayuda de Rhys, al que convirtió en asistente personal, lo tiene incluso más fácil. Me hace feliz que haya encontrado a alguien al que poder llamar amigo, con el que poder ir a ver partidos de fútbol juntos, de copas, o simplemente pasar el rato sin más pretensiones.

En definitiva, ha sido un año glorioso, de grandes cambios, y de grandes retos. Casarnos fue el último de ellos. Trev me pidió matrimonio en Suiza, donde fuimos a ver algunos de los escenarios de *Aterrizaje de emergencia en tu corazón*, y lo hizo con una rosa amarilla y la promesa de seguir esforzándose por cuidar y proteger mi corazón todos los días de su vida.

Sacudo la cabeza y regreso al presente. Hace un rato hemos subido a lo alto de la torre, donde las vistas panorámicas de Seúl eran aún más impresionantes, y ahora hemos colgado un candado con nuestros nombres en las verjas de los miradores junto al resto. Sin embargo no podemos irnos aún. Trev quiere buscar otro candado antes de coger el funicular de regreso.

—Pero ¿qué tiene ese candado de especial? —pregunto, intrigada—. ¿Y cómo piensas reconocerlo? Debe haber millones de candados repartidos entre las distintas plataformas. ¿Estás seguro de que estamos en la correcta?

Trev asiente y sigue acuclillado buscando en la zona que, según él, guarda el misterioso candado que buscamos.

—Recuerdo perfectamente que lo dejé por aquí.

—¿Lo dejaste? ¿Se trata de un candado que colgaste tú?

Asiente de nuevo y eleva sus ojos hacia los míos en una expresión tan dulce que mi corazón se convierte en delfín y da una voltereta en el aire. Lleva puesta la bufanda blanca que le regalé en el Festival del pueblo, y su hermoso rostro resalta ante el color y la textura de la lana.

Me agacho a su lado y le ayudo a buscar.

—¿Y qué pone en el candado?

—Ya lo verás.

—¿Y cuándo lo colgaste?

—En uno de mis días de permiso cuando hice el servicio militar.

Según me explicó, para mantener su nacionalidad coreana tuvo que hacer el servicio militar durante 18 meses después de terminar la carrera y antes de asentarse como CEO de Daebak.

Me muerdo el labio reprimiendo una sonrisa. Siempre que recuerdo las fotos que he visto suyas vestido de militar, me pongo un poco tontorrona. Estaba tan sexy, con el pelito corto y el traje, que despierta en mí muchas fantasías morbosas.

—¿Y recuerdas de qué color era?

—Azul.

—¿Y qué pone?

Mi insistencia le hace reír.

—Lo descubrirás cuando lo encontremos.

Hago un mohín impaciente. No es que sea impaciente por naturaleza, pero tanto empecinamiento por encontrarlo ha despertado mi curiosidad. Nos pasamos un buen rato descartando candados azules cuándo, finalmente, Trev da con el indicado.

—Aquí está.

Me acerco a él, leo las palabras escritas en el candado y siento que las emociones se anudan en mi garganta. Lo miro fascinada e incrédula a la vez. Porque en el candado, viejo, desgastado, puede leerse: «Soli y Goyo. Gracias por ser el sonido que rompió mi silencio, Soli».

—Pensé que si algún día por casualidad subías aquí y encontrabas este candado, comprenderías que mis sentimientos por ti siempre fueron sinceros. A pesar de todo. Qué tontería, ¿verdad?

—Para nada es una tontería. Es precioso.

Compartimos una mirada larga, llena de significado y nos besamos. Su lengua acaricia la mía, nuestras narices se tocan y todo mi interior se remueve en un burbujeo incesante. Puede que hayamos tardado en volver a coincidir en esta vida, pero lo hicimos. A fin de cuentas, sí éramos destino.

—Trev…

—¿Sí?

—¿Recuerdas la nueva novela que estoy escribiendo? Creo que necesito inspiración para cierta escena *spicy* que no tengo muy clara…

Trev se ríe contra mi boca y su risa hace vibrar cada célula de mi cuerpo.

—Será mejor que regresemos al hotel, entonces.

Volvemos a besarnos, nos despedimos del candado con la promesa de regresar de nuevo algún día y con los dedos entrelazados nos dirigimos al funicular para descender de la Torre

Namsan y seguir disfrutando de nuestra maravillosa Luna de Miel en Seúl.

¡No te pierdas nada!

Cuando empecé a escribir esta historia estaba ilusionada. Me encantan los K-Dramas y me encantan las historias donde el pasado y el presente se entremezclan, ¡así que fue emocionante dar rienda suelta a esta trama! Ojalá haya sabido transmitirte un poco el vaivén de emociones que me ha atravesado el pecho mientras me dejaba llevar por el romance de Trevor y Ellie. Escribir esta novela ha sido una experiencia preciosa, espero que el viaje haya sido igual de bonito para ti.

La cuestión es que me he quedado tan prendada de su mundo y sus personajes que he decidido dejarme llevar también por la historia de Rhys. Tengo muchos proyectos en lista, así que os recomiendo seguirme en mis redes sociales para estar al día de todo.

También quiero aprovechar para agradecer a Amber King su ayuda. Me encanta comentar K-Dramas con ella, pero me gusta aún más enriquecer mis proyectos a su lado. Gracias, amiga.

Por último, si aún no lo has hecho, te animo a visitar https://ellavalentine.me/. Podrás descargarte gratis un relato largo si te suscribes a mi boletín, uno muy hot y cuqui. Prometido.

¿Me acompañas en la siguiente aventura?

Te espero.

Con amor,

Ella Valentine

Aquí mis redes sociales:

Instagram: https://www.instagram.com/ellavalentineautora/

Facebook: https://www.facebook.com/ellavalentineautora/

También puedes seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8

Novelas anteriores

—Serie Manhattan in love

Un acuerdo con Mr King: leer aquí

Una Julieta para Mr Romeo: leer aquí

El deseo oculto de Mr Right: leer aquí

Seduciendo a Mr Quinn: leer aquí

Un desafío para Mr Parker: leer aquí

—Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: leer aquí

Mi jefe es sexy y highlander: leer aquí

Maldito seas highlander: leer aquí

No te resistas al highlander: leer aquí

—Serie Multimillonario &

Multimillonario & Canalla: leer aquí

Multimillonario & Rebelde: leer aquí

Multimillonario & Libre: leer aquí

—Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: leer aquí

La chica que cazaba estrellas fugaces: leer aquí

La chica que leía novelas de amor: leer aquí

—Autoconclusivas

Maldito jefe perfecto: leer aquí

Novio ficticio: leer aquí

Posdata: te odio: leer aquí

Multimillonario, soltero y sexy: leer aquí